

# PERSEGUIDA POR SU PASADO

CASSIE MILES



e lit

PERSEGUIDA  
POR SU PASADO

*Cassie Miles*



 HARLEQUIN™

# Índice

[Perseguida por su pasado](#)

[Argumento](#)

[Créditos](#)

[Acerca de la autora](#)

[Personajes](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

## **Argumento:**

*Un oscuro pasado se interponía entre ellos...*

*Cuando el sheriff Mace Sheridan acudió a la escena del crimen, no sólo encontró pruebas reveladoras, sino también a una hermosa mujer atrapada en su propio infierno. Nicole Ferris, camarera de un pequeño pueblo, no quería recibir ayuda de nadie, pero el afán protector de Mace lo urgía a llevársela a su rancho.*

*A Mace no le gustaba que Nicole evitase responder las preguntas sobre su vida privada. Sin embargo, deseaba asegurarle que con él estaría a salvo, sin importarle los secretos que tuviera. Cuanto más avanzaba Mace en la investigación, más conscientes eran él y Nicole de una terrible verdad... El pasado nunca se podía dejar atrás. ¿Les impediría eso tener un futuro juntos?*

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2004 Kay Bergstrom. Todos los derechos reservados.  
PERSEGUIDA POR SU PASADO, N.º 67  
Título original: Restless Spirit  
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises Ltd.  
Este título fue publicado originalmente en español en 2004.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-9170-845-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

## **Acerca de la autora**

Desde la terraza de su torre de apartamentos, Cassie disfruta de la vista de la cúpula dorada del Capitolio del Estado de Colorado y de la primera línea de sierra de las Rocosas. De haber podido añadir el mar, habría gozado del mejor de los mundos posibles. El sur de Colorado, escenario de *Perseguida por su pasado*, es una región fascinante con unas panorámicas espectaculares y con una fuerte influencia indígena norteamericana, procedente de las cercanas reservas Navajo, Hopi y Ute Mountain.

## Personajes

**Nicole Ferris:** Camarera en el Café de Elkhorn. Huye de las grandes ciudades, así como de los oscuros secretos de su infancia y de un pasado no tan lejano.

**Mace Sheridan:** Sheriff del condado de Sterling, Colorado. Mitad indio Ute y ranchero, se considera el primer responsable del bienestar de su comunidad.

**Joey Wentworth:** El compañero de casa de Nicole es un artista frívolo e irresponsable, que sin embargo la ayudó cuando más necesitaba un amigo.

**Blake Wentworth:** Tío de Joey y directivo de la compañía de petróleos Wentworth.

**Luke Heflin:** El agente especial del FBI encargado de resolver los crímenes sucedidos en Elkhorn.

**Barry Thompson:** Ayudante de Mace y antiguo compañero en el departamento de policía, genio de la informática.

**Don Blackbird:** Un tipo del pueblo que conoce algunos de los secretos de Joey.

**Jewel Sheridan:** La hermana de Mace, deseosa de que siente la cabeza de una vez.

**Derek Brewer:** Un abogado millonario de Denver, que se casó con Nicole simplemente para que adornara su vida.

## Capítulo 1

El motor del pequeño Ford Escort soltó un petardeo y se apagó. Nicole Ferris aparcó en el arcén. Los faros iluminaban el negro asfalto de la carretera, que atravesaba los campos cubiertos de nieve para desaparecer montaña arriba.

— ¡Vamos, cariño! — intentó arrancar de nuevo —. Tú puedes.

El coche hizo un amago, en vano. Nicole miró el nivel de gasolina. ¿Vacío? ¡Pero era imposible! Apenas el día anterior el tanque estaba casi lleno, y solamente había ido y vuelto del trabajo. ¿Cómo podía haberse agotado tan rápidamente?

De repente lo vio todo claro.

Joey.

Aquella mañana, Joey le había pedido prestado su coche mientras cambiaban el aceite al suyo, mucho más lujoso. Joey Wentworth, su compañero de casa, debía de haberle agotado el depósito. ¡Y no le había dicho nada! ¡Era como para matarlo!

Aquella no era la primera vez... Ni siquiera la segunda, ni la tercera, que le había demostrado lo muy caprichoso, irresponsable y estúpido niño rico que era. ¿Pero qué podía hacer ella al respecto? Nicole no podía romper con Joey, porque no era su novio, sino simplemente un compañero de casa. Y no podía echarlo, porque su familia era la propietaria de la cabaña en la que vivían.

La solución era hacer las maletas y mudarse, pero se cansaba de sólo pensarlo. Quedarse allí, en la bendita Elkhorn, Colorado, era cien veces mejor que ponerse a buscar casa de nuevo. Resignada, apagó los faros y bajó del coche. Hacía un frío terrible.

No había cabinas telefónicas, ni taxis. No pasaba un solo noche.



Eran más de las once de la noche y nadie se aventuraba a salir tan tarde en una noche de Octubre. Nadie excepto Nicole, apenas más que una mancha en el inmenso paisaje blanco de Colorado, vestida con una parka roja sobre su uniforme rosa de camarera del Café Elkhorn, especializado en fritos. Pollo frito. Pan frito. Después de cinco meses trabajando allí, llevaba el olor a grasa pegado a la piel, a la ropa, al pelo...

Calculó que solamente se encontraría a unos cinco kilómetros de la cabaña, pero ya se estaba helando de frío. Y se sentía cansada, y hambrienta. No había tenido tiempo para comer durante toda aquella frenética tarde de lunes, con el partido de los Broncos retransmitido por televisión.

Habían perdido. Veinticuatro a dieciséis. Y Nicole se había tomado aquella derrota personalmente. *«¡Perdedores! Todos somos unos perdedores en medio de una noche fría, cuando el amanecer no es más que una promesa inverosímil»*, pensó, deprimida, mientras se obligaba a caminar por la embarrada carretera.

Finalmente distinguió la luz de la ventana de la cocina, en su cabaña. El coche de Joey estaba aparcado bajo unos pinos, lo que quería decir que estaba allí, bien tranquilo y a resguardo del frío, completamente ajeno al trastorno que había causado. Sacó las llaves del bolso, pero no tuvo necesidad de abrir la puerta. Estaba entornada, dejando escapar el calor. Un despilfarro de energía típico de Joey. Entró.

— ¡Joey, otra vez me la has jugado! Eres un...

Cuando encendió la luz, se quedó de piedra. El salón era un caos. Las estanterías estaban derribadas, las mesas volcadas, los libros y revistas regados por el suelo. El sofá, boca abajo. Los leños de la chimenea habían sido convertidos en astillas. El aparato de televisión y el de vídeo estaban en el suelo, en medio de la habitación.

¡Les habían robado! ¿Pero por qué estaba allí la televisión? ¿Seguirían los ladrones dentro de la casa? Aguzó los oídos. No oía

nada, más allá del sonido de su propia respiración acelerada.

Lamentablemente, no vivía nadie cerca. La cabaña estaba aislada, y las otras que había en aquella zona solían quedarse vacías en invierno. El coche de Joey estaba aparcado en la puerta, así que teóricamente debería encontrarse en casa... Quizá los ladrones lo habían herido, o dejado inconsciente. Tenía que encontrarlo.

– ¿Joey?

Se dirigió a la cocina, pisando las revistas desperdigadas y los cojines destripados. Al parecer, no la habían tocado. Los mostradores estaban limpios y ordenados. Sólo había unas huellas de barro en el suelo de madera. Abrió un cajón y sacó un cuchillo. Empuñando con una mano la hoja de acero, descolgó el teléfono y marcó el número de emergencias.

– ¿Diga? – inquirió una voz masculina.

– Soy Nicole Ferris. Vivo en la cabaña Wentworth y...

Estaba asustada y furiosa. Acalorada y congelada de frío a la vez. Se había sentido así tantas veces antes... Un escalofrío le recorrió la espalda.

– ¿Nicole, la de la cafetería?

– Sí. Nos han robado – intentó dominar el temblor de su voz –. La casa está destrozada.

– Tranquilícese. ¿Hay alguien herido?

– No lo sé.

– ¿Hay alguien allí, con usted?

– No lo creo – sentía la cabaña vacía –. ¿Qué hago? ¿Echo un vistazo?

– No se mueva. Deme su dirección.

– Coyote Road. Siete, tres, siete.

– No cuelgue. Voy a avisar al *sheriff*.

Nicole escuchó la conversación apagada de los dos. El operador debía de estar oyendo una emisora de música *country*. Era una canción de Patsy Cline: «¿Quién lo lamenta ahora?» Ella. Ella lo lamentaba. Se estremeció. ¿Y si no habían sido ladrones? ¿Y si Derek la había encontrado?

Ahogó un sollozo. Se había escapado de su marido, había huido, se había escondido de él. No podía enfrentarse de nuevo con Derek, no podía soportar sus abusos, sus maltratos... «¡Oh, Dios! ¿Y si está aquí?», se preguntó. ¿Y si había encontrado a Joey y le había agredido?

Su angustia crecía por momentos. Tenía que proteger a Joey. Joey no era un tipo duro, ni fornido. Era un artista. Por muy inmaduro e irritante que fuera su comportamiento, casi venía a ser para Nicole como el hermano que nunca había tenido.

— Nicole, soy yo otra vez — le informó el operador —. El *sheriff* está en camino. Todo saldrá bien.

— Tengo que buscar a Joey.

— No cuelgues. Nicole, soy Barry Thompson. Me has visto en la cafetería. Llevo gafas.

Se acordaba. Llevaba gafas de montura de acero, era calvo y tenía barba.

— Ya me acuerdo.

— Quiero que te quedes al teléfono y que mires a tu alrededor. Dime lo que ves.

Miró hacia la puerta que comunicaba la cocina con el porche trasero. Seguía cerrada, con el cerrojo echado.

— ¿Nicole? ¿Sigues ahí?

Pero no podía quedarse allí contestando a preguntas estúpidas. Tenía que buscar a Joey.

— Ahora mismo vuelvo.

— ¡Nicole, no! ¡No lo hagas...!

Apoyó el auricular en el mostrador. Empuñando el cuchillo, se dirigió a su pequeño dormitorio, en la parte anterior de la cabaña. Los cajones de la cómoda estaban en el suelo, y la ropa de cama desgarrada. El joyero del tocador, vacío. No le importaba. No poseía ninguna joya de valor. Ya no.

Entonces vio algo que le aceleró el corazón: Una caja de cigarros con el dibujo de una princesa azteca en la tapa. Siempre la guardaba en el fondo de una cesta de la ropa sucia, que en aquel momento estaba esparcida por el suelo. Era el escondite de su dinero en efectivo. Cerca de dos mil dólares, todos sus ahorros desde que llegó a Elkhorn. Estaba vacía.

— ¡Maldita sea!

Enfiló por el pasillo hasta el dormitorio que Joey también utilizaba como taller. Aunque ocasionalmente posaba para él, jamás había entrado en aquella amplia habitación sin su permiso.

— ¿Joey?

Le sudaban las palmas de las manos. Con la mano izquierda, giró el picaporte y empujó la puerta. Inmediatamente encendió la luz. A primera vista, todo parecía en su lugar, con sus herramientas colocadas en los estantes y sus largos pinceles asomando en sus jarras.

Olía fuertemente a trementina. Los lienzos estaban amontonados contra las paredes, debajo de los ventanales. En una esquina, la cama sin hacer de Joey. El suelo de baldosas estaba manchado de mil colores, desde gamas de verde y oro hasta rojo. Un rojo sangre.

Cerca del centro de la habitación había manchas frescas, como si alguien hubiera pisado un charco de pintura, arrastrando los pies. Eran de color rojo.

Rezando fervientemente para que sólo se tratara de pintura, se arrodilló. Le temblaban los dedos. Nada más tocar las manchas rojas, supo que era sangre. Presa de un ataque de náusea, se limpió los dedos en el suelo y miró a su alrededor. Había varios cuadros de

paisajes. Y un retrato.

Cuando se incorporó, se sentía mareada. Como si estuviera caminando por una cuerda floja, se acercó a la pintura de una mujer con una larga trenza rubia. Como paisaje de fondo, un cementerio poblado de demonios. Reconocía sus propios ojos azules y su boca de labios llenos, de gesto serio. Por debajo de su cuello, el autor había dibujado sus órganos internos. El corazón era completamente negro. Las manos con que se apartaba la piel, descubriéndoselo, eran como garras. ¿La habría visto Joey así? ¿Tanto la aborrecería para haberla pintado de esa manera?

Se le revolvió el estómago. Había perdido a su mejor amigo. Corrió al cuarto de baño para vomitar en el lavabo. Hacía frío, como si entrase corriente. Con mano temblorosa, descorrió la cortina de la bañera. La ventana estaba rota. Por allí debía de haber entrado el ladrón, rompiendo el cristal mientras Joey se hallaba concentrado trabajando. ¡Pobre Joey! Joey, que pensaba que su corazón era negro como el carbón...

Todavía empuñando con fuerza el cuchillo, Nicole se derrumbó en el suelo, apoyándose en la bañera. Fue así como la encontró el *sheriff* Mace Sheridan. Lo reconoció de la cafetería, donde solía comer a menudo, dejando siempre una generosa propina.

Con la pistola en la mano y su sombrero Stetson calado hasta los ojos, su enorme figura se recortó en el umbral del cuarto de baño.

– ¿Nicole?

– Hay sangre en el estudio.

– ¿Qué ha pasado?

– No lo sé.

– ¿Estás herida?

«*Sólo en mi corazón*», pensó. «*En mi negro corazón*».

– No.

– Me alegro. Nicole, quiero que me des ese cuchillo.

¿Qué pensaría que iba a hacer con él? ¿Atacarle? Apenas tuvo fuerzas para entregárselo por el mango.

– Bien. Tú quédate aquí mientras yo echo un vistazo.

Nicole asintió, estremecida. Sabía que debería levantarse y enfrentar la situación. Pero era imposible. Cerró los ojos. Tendría que soportar una investigación policial. Ya había pasado por eso antes, cuando la detuvieron dos veces antes de alcanzar la mayoría de edad.

Las preguntas de la policía la ponían nerviosa, incluso cuando no había hecho nada. Detestaba las confrontaciones que la hacían sentir furiosa y frustrada. Las dos eses, a las que se podría añadir una tercera: la de «*fracaso*», la palabra que resumía adecuadamente los veintiséis años de su vida.

Se dijo que aquello no debería estar sucediendo. Había creído que estaba a salvo en Elkhorn, pero todo se estaba derrumbando. Su santuario tan cuidadosamente levantado se estaba desmantelando, ladrillo a ladrillo.

– Nicole.

Al sonido de su nombre, se sobresaltó como si acabara de despertarse de una pesadilla.

– ¿Puedes levantarte?

– Quizá.

Le tendió la mano. Nicole alzó la mirada a su rostro bronceado. Sus pómulos salientes y sus ojos castaños revelaban su origen amerindio, indígena. Una de las camareras de la cafetería le había comentado una vez que procedía de la tribu de los Ute. Llevaba un collar indio, de plata.

– Vamos – la urgió –. Agárrate a mi mano.

Aunque lo había visto docenas de veces antes, no se había fijado en lo guapo que era. Si le hubiera quedado un mínimo de amor propio,

se habría levantado por sí misma. Pero no le quedaba ni una gota de orgullo. Aceptó su ayuda.

– Tranquila. Todo saldrá bien. Ya lo verás...

Intentó mantener el equilibrio, pero le temblaban las rodillas. Se apoyó contra él.

– No puedo moverme.

– Tómame todo el tiempo que necesites.

Le dio una cariñosa palmadita en un hombro.

Tanta amabilidad la conmovió. Una lágrima le resbaló por una mejilla, y enterró el rostro en su abrigo. En vez de apartarla de sí, la abrazó tiernamente. Era una sensación tan maravillosa... Ojalá hubiera tenido a alguien en quien apoyarse, en quien confiar...

Pero ese era un lujo que jamás se había permitido. Ni siquiera mientras vivió con Derek y tuvo todo el dinero del mundo... ¡Derek! Tenía que evitar que la encontrara. Su supervivencia dependía de que lograra mantener en secreto su identidad. No debía bajar la guardia. Ni siquiera delante de un *sheriff*. Sobretudo con un *sheriff*.

– Ya estoy mejor, *sheriff* – pronunció, apartándose.

– Llámame Mace.

– De acuerdo, Mace. Me preocupa mi compañero de casa. Joey Wentworth. No está aquí.

– El coche que está aparcado afuera no es tuyo, ¿no?

– ¿Cómo sabes que no es el mío?

– Porque el tuyo es un Ford Escort. Lo vi aparcado en el arcén, cuando venía hacia aquí.

Así que el *sheriff* la había estado vigilando. Sabía cuál era su coche, Nicole no podía dejarle saber mucho más. Se abrazó, apoyándose contra la pared de azulejo.

– Tengo frío.

—Vamos a tu habitación.

Cuando fue a tomarla del brazo para sacarla del cuarto de baño, Nicole retrocedió.

—Ya puedo sola.

—Mejor —le señaló el pasillo—. Tendrás que cambiarte esa ropa empapada y entrar en calor. Puede que te encuentres en un estado de *shock*.

—No lo creo —avanzó tambaleante por el pasillo—. Cuando tenía once años, me rompí el tobillo y me pasó eso. Me acuerdo muy bien de cómo me sentí, y no fue como ahora.

Aquello había sido como flotar en una nube, lejos de todo dolor. Y en aquel momento era agudamente consciente del frío y de la náusea permanente que se le había instalado en el estómago.

—Conque te rompiste el tobillo... —dijo Mace con tono afable—. ¿Un accidente de esquí?

—No —su padre la había empujado escaleras abajo. No pensaba decírselo—. No estoy bajo los efectos de un *shock*. Estoy cansada, y hambrienta...

Una vez en su dormitorio, quiso abrir el armario para recoger la ropa, pero su agotamiento se lo impidió. Con un gemido, se derrumbó sobre la cama. Estaba empapando la colcha con la parka, pero no le importaba.

—Escucha, Nicole. Todavía no he examinado el escenario del delito. Quiero que te cambies de ropa y que no toques nada. ¿Entiendes?

—Sí.

Pero no se movió.

—¿Quieres que llame a una ambulancia?

—No, estoy bien —se obligó a sentarse—. Bueno, empecemos con la investigación... ¿Tienes alguna pregunta que hacerme?



—Sí. ¿Quién hizo eso?

Derek. Su nombre apareció en la pantalla de su mente como si fuera un letrero de neón. Pero no podía revelarle sus sospechas al *sheriff*. Se aclaró la garganta.

—No tengo ni idea de quién ha podido ser el culpable. Un ladrón, supongo. ¿No te parece?

—Cuéntame lo que pasó después de que salieras esta noche del trabajo.

—Me quedé sin gasolina. Creía que tenía medio depósito lleno, pero le había prestado el coche a Joey y no me lo repuso. Me quedé tirada en la carretera por su culpa. Estaba tan enfada que me habría gustado...

Estuvo a punto de decirle que le habría gustado matarlo con sus propias manos. En sentido metafórico, por supuesto. Teniendo en cuenta la situación en que se encontraba, no habría sido un comentario muy prudente.

—¿Qué era lo que te habría gustado?

—No tiene importancia. Cuando llegué a la cabaña, la puerta estaba entornada. Luego me encontré con todo este desastre. Fui a la cocina y marqué el número de emergencias.

—¿Fue entonces cuando agarraste el cuchillo?

—Sí. Pensé que Joey podría estar herido, y lo busqué. Cuando vi las manchas de sangre en su estudio, fue... Horrible. Vomité en el lavabo. Poco después entraste tú.

—¿Qué te hizo pensar que Joey estaba herido?

—Me pareció que se había producido una pelea. No hay más que ver el estado de la cabaña.

—¿Hay algo que eches en falta?

—Todo mi dinero —señaló la caja de habanos—. Allí guardaba mis ahorros, en el fondo de la cesta de la ropa.

— ¿Cuánto?

— Unos dos mil dólares.

Recogió con cuidado la caja agarrándola de un extremo, y la guardó en una bolsa plástica que sacó de un bolsillo del abrigo.

— ¿Alguien más conocía esta caja, aparte de ti?

— Nadie.

— Haré que analicen las huellas. ¿Hay algo más que eches en falta?

— Mi joyero está vacío. Pero no guardaba nada de valor. Baratijas.

— ¿Qué hay de Joey? ¿Guardaba él algo de valor en la cabaña?

— La verdad es que no lo sé. Yo jamás entraba en su estudio si no era por invitación suya. Y siempre cuando posaba de modelo para él.

— ¿Es artista?

— Pintor. Y muy bueno.

Lo dijo más por un sentido de la lealtad, que porque fuera cierto. Joey era un artista competente, pero no era precisamente un Rembrandt.

— ¿Vende sus obras?

— Expone en algunas de las galerías más prestigiosas de Denver.

Eso sí era verdad. Joey le había dicho que su tío Blake, director ejecutivo de la compañía de petróleos Wentworth, había adquirido varias pinturas suyas.

Mace se quitó el sombrero Stetson y se pasó una mano por su pelo negro y brillante.

— Por lo que me has dicho hasta ahora... No se han llevado nada importante. Excepto tu dinero en efectivo, claro.

— Sí.

— Bueno, te dejaré aquí cambiándote de ropa mientras me ocupo de la escena del delito. Ya sabes, buscar huellas y todo eso... —se

dirigió hacia la puerta del dormitorio, pero en el último momento se giró en redondo—. Por cierto... ¿Qué tal te llevabas con tu novio?

—Joey no es mi novio. Somos compañeros de casa.

—¿Tuvisteis recientemente alguna discusión?

Nicole frunció el ceño. ¿Por qué le estaba preguntando por su relación con Joey?

—No. Nos llevábamos bien.

Había un gesto de decisión casi severo en sus rasgos duros, como tallados en piedra. Estaba determinado a descubrir todos sus secretos. Por tanto, era un hombre peligroso.

Nicole se dijo que tenía que escapar de Elkhorn. Tan pronto como se asegurara de que Joey estaba a salvo... Se marcharía de allí. A toda prisa.

## Capítulo 2

Fuera de la cabaña, Mace caminó por el borde del sendero de entrada para no pisar las marcas de neumáticos en el barro, que podían servir de prueba en la investigación del caso. No por primera vez, pensó que aquel supuesto robo en la cabaña Wentworth, podía ser más que un delito una simple travesura.

Mucho se temía que aquellos dos compañeros de casa habían mantenido una discusión, y que luego Joey había montado un estropicio en la cabaña para darle una lección a Nicole. Desgraciadamente había ido demasiado lejos al llevarse todos sus ahorros, por lo que habría que perseguirlo para recuperar el dinero. Lo cual no quería decir que Nicole fuera una víctima inocente. Mace sabía que le estaba mintiendo. Estaba claro que esa mujer escondía algo.

Fue a su todoterreno y sacó el equipo de huellas y una cámara para fotografiar la escena del delito. Llamó a Barry por el móvil.

– Estoy en la cabaña Wentworth – le informó.

– ¿Algún problema?

– Un presunto robo. Ningún herido de gravedad – ya le daría más tarde todos los detalles–. Quiero una orden de busca para Joey Wentworth. Se ha marchado sin su coche, un BMW 2002.

– ¡Vaya! Abandonar un coche así es como cometer un delito y medio – rió Barry entre dientes–. ¿Qué tal está Nicole?

– No muy bien.

– Es una preciosidad. Pero no muy simpática.

«Una preciosidad mentirosa», comentó Mace para sus adentros.

– Barry, necesito que me busques a Joey en el ordenador.

– Claro. Y compararé sus huellas con las del FBI. Si quieres, también puedo comprobar sus antecedentes en el Centro Nacional de Información Criminal.

– Todavía es demasiado pronto para eso – masculló Mace –. Una cosa es que un tipo como Joey desaparezca, y otra que esté planeando desencadenar una oleada de crímenes en Elkhorn.

– Enseguida tendré los datos.

La voz de Barry sonaba demasiado animada para tratarse de una medianoche de lunes, pero así era el compañero de Mace: Un auténtico buho. En cuestión de trabajo, sus preferencias horarias oscilaban entre las diez de la noche y las siete de madrugada. Solía quedarse cada noche en comisaría, pegado a su aparato de radio, que invariablemente tenía sintonizado en una emisora de música *country*. Barry transformaba los informes medio elaborados de los otros agentes en coherentes directivas para el día siguiente. Era como el cerebro que gobernaba el músculo de la ley.

Lo primero que hizo Mace cuando fue elegido *sheriff* tres años atrás, fue contratar a Barry y traérselo del departamento de policía de Denver, donde habían sido compañeros.

– No tiene fianza ninguna – le informó en aquel momento su amigo y compañero –. Estoy mirando sus antecedentes en el ordenador. Nada aparte de un par de multas por exceso de velocidad. A juzgar por la foto de su permiso de conducir, yo diría que es un novato.

Un pobre inocente.

– Pinta al óleo. Nicole dice que es muy bueno.

– Un chico que va de artista y conduce un cochazo, ¿eh? Suena a niño rico y mimado.

– Gracias, Barry. Me encargaré de la investigación y dejaré el papeleo para después.

– Como quieras.

De vuelta en la cabaña, Mace se puso unos guantes de látex para no contaminar con sus huellas el escenario del delito. Con una cámara digital tomó fotos de las huellas de barro de Nicole en el suelo de la cocina. Aunque no estaba muy seguro de lo que estaba buscando, revisó cajones y armarios, e incluso echó un vistazo al cubo de la basura. Todo parecía perfectamente normal.

Nicole no tardó en aparecer en la cocina. Se había puesto unos vaqueros y un suéter azul a juego con sus ojos. No sabía exactamente qué pensar de ella. Cuando entró en la cabaña y la vio con el cuchillo en la mano, la creyó capaz de asesinar a alguien. Pero luego se derrumbó en sus brazos y se aferró a él con una desesperación que superaba con mucho el impacto producido por un simple robo. A partir de aquel preciso instante, una extraña y tácita corriente de comunicación había circulado entre ellos.

– Estoy preparando café y un sandwich – le informó Nicole con tono seco –. Si quieres algo, tendrás que servírtelo tú mismo. No soy de las que se llevan el trabajo a casa.

– Oh, tranquila, haz todo lo que tengas que hacer en la cocina. Yo estoy aquí, recogiendo pruebas.

– ¿Has encontrado algo?

A pesar de su despreocupada actitud, Mace detectó un fondo de emoción en su pregunta.

– Nicole, seré sincero contigo. Creo que Joey está detrás de este robo.

– Te equivocas. Él jamás me robaría. Somos amigos.

Mace había visto el horrible retrato del estudio, en el que ella aparecía como una especie de reina fantasmal. No le había parecido precisamente la obra de un amigo suyo...

– Además – continuó Nicole –, Joey está cargado de dinero. Su

familia es la dueña de Petróleos Wentworth, una multinacional. ¿Cómo iba a molestarse en robarme una cantidad tan insignificante?

– Dos mil dólares no me parece una cantidad insignificante – replicó Mace, apoyándose en el marco de la puerta y cruzándose de brazos.

– Eso es porque tú no eres rico – repuso a su vez mientras llenaba la cafetera –. La gente como Joey vive de una manera completamente distinta que tú y que yo. Joey sería capaz de ponerse un suéter de cachemira para irse a cortar leña con él.

Sonaba como si tuviera cierta familiaridad con los suéteres de cachemira. Mace no pudo evitar preguntarse por sus antecedentes familiares. Lo único que sabía de ella era lo que había observado durante el último par de meses que llevaba trabajando en el Café Elkhorn.

No era muy habladora con los clientes, pero diligente y afable en su trabajo. Y era un verdadero placer verla, ya que se movía con la gracia de una bailarina. Era limpia y ordenada. Siempre llevaba su larga trenza rubia sin un solo cabello fuera de lugar. En aquel momento, sin embargo, estaba despeinada, con la trenza medio deshecha. Mace pensó en lo hermosa que estaría con aquella sedosa melena suelta...

– Antes de que te vinieras a Elkhorn... ¿A qué te dedicabas?

– Siempre he sido camarera.

– ¿En Denver?

– Denver, San Francisco, Seattle...

– Siempre en ciudades – aquello tenía sentido. Parecía realmente una chica habituada a la gran ciudad –. ¿Alguna vez has trabajado en otra cosa?

– No.

Mace decidió aventurarse en su vida personal.

— ¿Has estado casada?

— Perdóname, pero... ¿Qué tiene que ver mi estado civil con el robo?

«*Tal vez mucho*», contestó Mace para sus adentros. A un marido o a un amante celoso podría no haberle gustado nada la idea de que tuviera un compañero de casa del sexo masculino. Aunque estaba casi seguro de que Joey había sido el culpable de aquel estropicio, necesitaba considerar otras opciones. Tenía la sensación de que se le estaba escapando algo en la investigación. Algo importante.

— ¿Cuánto tiempo llevas viviendo con Joey?

— No sé por qué, pero tengo la impresión de que sigues pensando que entre nosotros hay algo más. Te lo repito: simplemente somos compañeros de casa. Yo le pago el alquiler cada mes y él me deja quedarme aquí —apretó los labios—. ¿Por qué crees que fue Joey quien me robó?

— Por un par de cosas. Un ladrón cualquiera se habría llevado la televisión y el vídeo.

— Ya he pensado en eso. Pero apuesto a que los ladrones cambiaron de idea cuando descubrieron mis ahorros.

— ¿Cómo te parece que entraron en la cabaña?

— ¡Es evidente! Forzaron la ventana del cuarto de baño.

— ¿Estás segura?

— Por supuesto —le espetó.

Aunque se esforzaba por fingir indiferencia, Mace podía percibir su preocupación. Estaba asustada. Le sostuvo la mirada, muy serio.

— Presta atención, Nicole. Te lo explicaré.

— Soy toda oídos.

— No hay cristales rotos en la bañera. Los fragmentos estaban al otro lado, lo que quiere decir que la ventana fue rota desde dentro.



— ¿Y qué?

— Nadie penetró en la cabaña por esa ventana. Y no hay huellas en el suelo embarrado del otro lado. Así que tampoco nadie salió por allí — se interrumpió, permitiéndole que fuera asimilando los hechos—. ¿Entiendes lo que estoy diciendo? Tu amigo Joey rompió la ventana para hacernos creer que se había tratado de un ladrón.

Nicole se volvió para abrir la nevera y sacar pan blanco, mostaza y queso. Aquella cena tan frugal explicaba cómo había podido ahorrar dos mil dólares trabajando de camarera en el Café Elkhorn.

— Y hay otra cosa... — continuó Mace—. De haberse tratado de un ladrón común, ¿cómo es posible que llegara a causar semejante destrozo sin dejar una sola huella de barro? Lleva nevando todo el día. Pero las únicas huellas que hay aquí son las tuyas.

— ¿Qué hay de la sangre del estudio de Joey?

— Es una mancha insignificante. Yo suelo sangrar más cuando me corto afeitándome. De modo que si hacemos caso a las evidencias... Yo diría que tu cabaña es la falsa escena de un delito.

— ¿Entonces... Qué crees que hizo Joey?

— A juzgar por ese retrato tuyo tan horrible que tiene en su estudio, sospecho que estaba algo molesto contigo. Es posible que tuvierais una discusión...

— Ya te dije que no — insistió ella.

Y se concentró de nuevo en preparar los sandwiches, untando el pan con mostaza y añadiéndole queso. Sus movimientos eran lentos y deliberados, como si necesitara distraerse con aquella actividad. Mace suponía que estaba intentando ganar tiempo, pero no entendía el motivo. ¿Qué estaba escondiendo? ¿Por qué quería proteger a Joey?

— Háblame de tu compañero de casa. Aparte de pintar, ¿se dedica a algo?

— Pasa mucho tiempo en Denver. A veces recibe clases de arte. Supongo que eso lo convierte en un estudiante.

– Demasiado mayor para seguir en la escuela, ¿no?

– Tiene veintiséis años. La misma edad que yo.

– ¿Cómo os conocisteis?

Nicole se llevó el sandwich a los labios y le dio un pequeño mordisco, para limpiarse parsimoniosamente con una servilleta. Su táctica de evitar preguntas y retrasar las respuestas resultaba evidente. Mace se preguntó si sería la primera vez que se enfrentaba a un interrogatorio policial. Mientras esperaba a que respondiera, abrió un armario, sacó una taza y se sirvió un poco de café. Aquello era un concurso para ver quién aguantaba más tiempo sin hablar.

Luego se apoyó desganadamente en el marco de la puerta, mirándola. Si por él hubiera sido, habría podido quedarse allí toda la noche. No tenía ninguna prisa.

Nicole le lanzó una mirada nerviosa. Y otra más. Hasta que al fin dijo:

– Perdona, se me ha olvidado tu pregunta.

– Estoy de tu lado, Nicole. Quiero ayudarte a que recuperes ese dinero.

– Cierto. Ese es tu trabajo.

– No, es mi elección –la corrigió–. Estoy obligado a reunir pruebas, rellenar informes e intentar encontrar tu dinero.

– Pues lo que te decía yo, es tu trabajo –insistió ella–. ¿No es eso lo que hacen los polis?

– Pero la cantidad de esfuerzo que dedico a esta investigación es elección mía. Si este supuesto robo resulta ser una trifulca entre compañeros de casa, la verdad es que no me gustaría dedicarle mucho tiempo.

– Pero Joey ha desaparecido –le recordó.

– Un suceso interesante, pero fácilmente explicable. Tal vez esté pasando la noche con un amigo. O se haya largado a Denver.

—O quizá esté tendido ahora mismo en una cuneta, con el cráneo abierto.

—Lo dudo, teniendo en cuenta el escenario del delito —repuso Mace, tomando un sorbo de café—. Mira, no me pongas las cosas aún más difíciles. Simplemente responde a mis preguntas. ¿Cómo conociste a Joey Wentworth?

—En Denver. Me habló de esta cabaña, y aproveché la oportunidad de venirme aquí.

Mace no se creyó la historia.

—Por lo que sé, Elkhorn no figura en la lista de los diez destinos favoritos del país. Nadie viene a propósito a este lugar.

—Necesitaba un descanso. Quería irme a algún lugar tranquilo.

Mace pensó que los turnos de noche en el Café Elkhorn encajaban difícilmente con la idea de unas tranquilas vacaciones.

—Dame una razón algo más concreta. La primera vez que viniste a Elkhorn, ¿estabas saliendo con Joey?

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? No somos amantes. Nunca lo hemos sido. Mace, no quiero ponerte las cosas difíciles, pero sinceramente no puedo creer que Joey me haya robado el dinero y haya montado todo este estropicio. Eso es absurdo.

—Muy bien. Mirémoslo desde otro punto de vista. ¿Sabes de alguien más que pudiera hacerte daño?

—No —se apresuró a responder con demasiada rapidez, ruborizándose—. No se me ocurre nadie.

Allí estaba la mentira. Mace lo vio tan claro como un relámpago en una noche de verano. Tenía miedo de alguien.

—Puedes contármelo.

—No hay nada que contar.

En aquel momento sonó el teléfono de la cocina, y el autocontrol

de Nicole estalló en pedazos. El sandwich se le cayó al suelo.

– ¿Contesto?

– Es tu casa, ¿no?

Descolgó, aliviada por la interrupción. Las preguntas de Mace se estaban acercando demasiado a la verdad.

– ¿Diga?

– Nicole, soy yo.

– ¡Joey! ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

– Me han secuestrado.

Tenía la voz débil, como si hubiera estado llorando.

Nicole se quedó consternada. Jamás había imaginado algo parecido.

– Quieren ochocientos mil dólares. Tienes que llamar a mi tío Blake, a Denver. Por favor, Nicole...

– ¿Estás bien? – recordó la sangre que había visto en el suelo de su estudio –. ¿Te han hecho daño?

– No, mucho.

Pero podía percibir el dolor en su voz. Se lo imaginó atado de pies y manos. No era lo suficientemente fuerte para soportar un maltrato físico.

– Joey, diles que no recibirán ni un céntimo si te hacen algún daño – pronunció, furiosa.

– No estoy en situación de exigir nada. Nicole, tú eres la única en quien puedo confiar. Hazlo por mí. Haz exactamente lo que te dicen. Te están vigilando.

– ¿Están cerca de la cabaña? – inquirió, estremecida.

– Ochocientos mil. Llama al tío Blake y dile que traiga el dinero a Elkhorn.

Y colgó. Nicole se vio asaltada por una multitud de emociones contradictorias. Se sentía asustada, furiosa... ¡Aquello era una locura! Mace le quitó el auricular de los dedos temblorosos.

– Joey ha sido secuestrado.

– Dime exactamente lo que te ha dicho.

– Le han hecho daño – masculló. Nicole odiaba la violencia con todas sus fuerzas—. ¿Cómo han podido...? Joey no es más que un niño. Apenas tiene...

– La misma edad que tú. ¿Cuáles son las exigencias?

– Ochocientos mil dólares. Se supone que tengo que llamar a su tío en Denver y pedirle que traiga el dinero.

– ¿Qué más?

– Me están vigilando.

Desconcertada, miró por la ventana de la cocina. ¿La estarían vigilando en aquel preciso momento, escondidos en el bosque?

– Aún deben de seguir en la zona – pronunció Mace—. ¿Te dio Joey alguna indicación del lugar al que lo habían llevado?

– No.

– Quiero que escribas la conversación que acabas de mantener, palabra por palabra. Y que apuntes cada impresión. Cada sonido.

Sacó su móvil y fue al salón a hacer llamadas. A juzgar por su tono frío y enérgico, Nicole sabía que estaba poniendo a las fuerzas de la ley en movimiento, convocando a todos los cuerpos, incluidos quizá los federales. Y en una investigación del FBI, su identidad quedaría desvelada. Interrogarían a todos sus socios y conocidos... Derek entre ellos. Aunque no hubiera tenido nada que ver con el robo y saqueo de la casa, tan pronto como se enterara de que estaba en Elkhorn, iría a buscarla. Y la obligaría a regresar con él.

Tenía que escapar antes de que fuera demasiado tarde. Llamaría al tío de Joey a Denver, y sin perder ni un segundo, se marcharía del

pueblo antes de que llegaran los federales. De repente tiró a Mace de la manga.

– Mi coche. ¿Podría alguien llenar el depósito y traérmelo aquí?

– Mañana te lo traerán – respondió, y siguió dando órdenes por teléfono.

– Por favor... – insistió –. Necesito mi coche.

Mace terminó de hablar y cortó la comunicación.

– Esta noche no vas a ir a ninguna parte.

– ¿Por qué no? ¿Es que me vas a detener?

Leyó la sospecha en sus ojos castaños. De pronto parecía realmente un policía. Frío, duro. Y acusador.

– ¿Hay alguna razón por la que debiera hacerlo?

– Claro que no. Yo no tengo nada que ver con el secuestro de Joey.

– Ochocientos mil dólares – soltó un silbido de admiración –. Eso es mucho dinero.

Casi soltó una carcajada.

– No hay dinero en el mundo que pudiera pagar...

– ¿El qué, Nicole?

Se estaba traicionando. Tenía que mantener oculta su identidad a toda costa. Su vida dependía de ella.

– Yo no soy una secuestradora. Ni una delincuente.

– ¿Quién eres tú, Nicole?

– Nadie. Una camarera del Café Elkhorn. Su instinto de supervivencia terminó imponiéndose y disimuló sus temores tras una máscara de indiferencia. Por dentro, sin embargo, seguía siendo una niña asustada, maltratada...

– No tengo por qué responder a tus preguntas. Quiero un abogado.

Mace le señaló el teléfono.

– Llama a uno.

– Espera un momento... ¿No se supone que eres tú quien tiene que facilitármelo?

– En la ciudad, sí – sonrió.

– ¿Me estás diciendo que en Elkhorn las cosas son diferentes? ¿Que aquí tenéis un código de justicia distinto?

– Mira, si quieres hacer una llamada de madrugada al juez de guardia, o al fiscal del distrito, adelante. Pero no estás arrestada.

– Entonces puedo marcharme.

– Por supuesto. Pero los secuestradores volverán a llamar. Y querrán hablar contigo. Aunque no sea tu novio, supongo que no querrás dejar tirado a Joey, ¿verdad?

Oyó entrar a alguien. Eran los agentes de Mace. Un secuestro en Elkhorn sería todo un acontecimiento. Y ella estaría en el ojo del huracán. Atrapada. Si huía, Joey lo pagaría. No podía abandonarlo.

– Tienes, razón, Mace. No puedo abandonar a Joey. Él confía en mí.

– Te agradecería que te quedaras en la cocina mientras hablo con mis agentes en el salón.

– ¿Y si suena el teléfono?

– No lo toques mientras no tengamos una oportunidad de rastrear la llamada.

Cuando Mace salió de la cocina, fue como si se hubiera llevado toda la energía de Nicole. Se apoyó sobre el mostrador, agotada. Quien corría un peligro inmediato no era ella, sino Joey. Por muy irritante que fuera como compañero de casa, la necesitaba. Y ella se lo debía. La primera vez que se vieron fue en Denver. En un cementerio.

Nicole había ido a llevar flores a la tumba del ama de llaves de su

marido, Marlene, que había muerto de un ataque al corazón. Había sido una mujer buena y cariñosa, a la que echaba terriblemente de menos.

Como su padre había muerto cuando ella solamente contaba siete años, y su madre lo había seguido poco después, estaba muy acostumbrada a los rituales de duelo. Y los sentía de verdad.

– Que descanses en paz, Marlene.

Había pronunciado en voz baja mientras dejaba un ramo de flores sobre la lápida.

De repente Joey apareció a su espalda.

– ¿Su madre?

– Una amiga.

Se levantó y lo miró. La apariencia de Joey no podía ser más extraña. Era flaco como un palo de escoba, con el cabello largo y despeinado y ojos azules de mirada extraña, penetrante. Le señaló un mausoleo al otro lado de la carretera que atravesaba el cementerio.

– Yo he venido por mis padres. Murieron los dos. En un accidente de avión, en las afueras de Aspen.

– Lo siento.

– Eso fue hace diez años –bajó la mirada al suelo–. ¿Sabe? Todavía estoy enfadado con ellos.

– ¿Por qué?

– Por mi herencia. No me consideraron lo suficientemente responsable como para gestionarla. Está bloqueada en una cuenta que no puedo tocar hasta que cumpla treinta años. Lo único que tengo es un salario mensual y una vieja cabaña en Elkhorn.

– ¿Elkhorn? ¿Dónde está eso?

– En medio de la nada. Es un lugar estupendo para todo aquel que quiera esconderse del mundo.



Eso era precisamente lo que quería Nicole. A partir de aquel momento, se mantuvo en contacto con Joey. Quedaron a tomar café un par de veces. Cuatro meses después, cuando se separó de Derek, se reunió con su nuevo y extraño amigo en Elkhorn.

Había llegado el momento de devolverle aquel favor. Joey necesitaba su ayuda y no podía abandonarlo.

## Capítulo 3

En la puerta de la cabaña Wentworth, Mace se reunió con sus agentes Philips y Greenleaf para ponerlos al tanto de la situación.

Hank Philips, un joven flacucho de pelo castaño, demasiado largo para los cánones del cuerpo, apenas podía disimular su entusiasmo.

— ¡Maldita sea, Mace...! ¿Se trata de un secuestro de verdad?

— Eso parece.

El otro agente, Mike Greenleaf, era medio Ute, como Mace. Tenía fama de mujeriego. Señalando la cabaña con la cabeza, preguntó:

— ¿Debo ocuparme de Nicole?

— ¡Diablos, no! —dijo Philips—. Deberíamos dedicarnos a buscar pruebas. ¿Cuánto dinero piden los secuestradores?

— Ochocientos mil dólares —respondió Mace.

Los dos agentes intercambiaron una mirada de complicidad. Aunque Mace sabía que eran buenos agentes, diligentes y disciplinados, en el fondo no eran más que dos chicos de pueblo llenos de buenas intenciones, pero faltos de experiencia en resolver crímenes.

— Tranquilos.

— Ya, eso es muy fácil de decir... —repuso Philips—. Probablemente tú te habrás hartado de tratar con millones de casos de este tipo, durante tu etapa de inspector de homicidios en Denver.

— No te creas...

— Bueno, ¿por dónde empezamos? Tengo un equipo de huellas en el maletero.

Mace pensó que no convenía contaminar más el escenario del delito.

–No, vosotros quedaos aquí. Y mantened los ojos bien abiertos. Puede que los secuestradores aún sigan en la zona.

–A la orden.

–Cuando venga Barry, me lo mandáis dentro.

–Lo que tú digas, Mace. Eres el jefe.

«¿El jefe?», se preguntó Mace, mientras se dirigía de vuelta a la cabaña.

Era consciente de que no se merecía en absoluto estar al mando de la operación. Se había equivocado completamente a la hora de interpretar la escena del crimen. Manejando las pruebas, se había mostrado tan torpe como un novato en su primer caso. Se sentía un verdadero estúpido, y no podía culpar a nadie más que a sí mismo.

Maldiciendo para sus adentros, se detuvo en seco. Un fuerte viento se había levantado de las montañas barriendo el cielo de nubes. A la luz de la luna, la verdad quedaba distorsionada. La noche era siempre el paraíso de los tramposos.

De niño, Mace había visitado a menudo la reserva del condado Sterling, y escuchado de labios de su abuelo, Tata Charlie, la historia de la liebre que una noche disimuló sus grandes orejas con dos plumas y se puso a jugar con los confiados guerreros de la tribu, acercándose demasiado al campamento. Hasta que a la luz de la fogata, todo el mundo pudo ver que no era más que una triste liebre. Una vez cazada, como premio a su temeridad, sirvió de cena a los propios guerreros.

«El hombre sabio siempre espera pacientemente a que el tramposo cometa un error, antes de intentar capturarlo», pronunció para sus adentros, evocando las palabras de su abuelo. Mace necesitaba ser sabio. Y paciente. Recordando las enseñanzas de Tata Charlie, decidió olvidarse de su orgullo herido y preocuparse solamente de buscar la

verdad.

En la cocina de la cabaña, encontró a Nicole apoyada en el mostrador, comiendo otro sandwich. Sabía que no debería estar allí, yendo de un lado a otro y tocando cosas. Nicole era, en el mejor de los casos, un testigo. Y en el peor, un sospechoso.

— ¿Qué pasará ahora? —le preguntó.

— Llamaré a la oficina del FBI en Denver. A partir de ese momento, el caso pasará a sus manos. Los secuestros entran dentro de su campo.

— No pareces muy contento con la perspectiva.

— ¿Por qué habría de estarlo?

Frunció el ceño.

— Si el FBI se encarga, el secuestro dejará de ser asunto de tu incumbencia.

— Lo es todo lo que sucede en este condado.

— Vaya, vaya, Mace... —arqueó las cejas—. Detecto en tu persona un sentido excesivamente desarrollado de la responsabilidad.

— Es mi carácter —no iba a disculparse por ello. Ni ante Nicole ni ante nadie—. Yo creía que querías aclarar lo sucedido. Y rescatar a Joey.

— Por supuesto —afirmó ella.

Pero seguía jugando un papel tramposo, elusivo, evitando las preguntas directas.

— Se ve que no te hacen mucha gracia los polis.

— En eso tienes razón —se terminó su sandwich—. Pero me preocupa mucho lo que pueda sucederle a Joey. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

— Puedes empezar por decirme la verdad.

— Yo no te he mentado.

Mace recordó su nerviosismo cuando le preguntó si había alguien que quería hacerle daño.

—Tú no te pusiste a trabajar de camarera en el Café Elkhorn porque necesitaras un descanso. Tú estabas huyendo de alguien. ¿De quién?

Nicole frunció los labios, obstinada.

—El secuestro de Joey no tiene nada que ver conmigo.

Mace escrutó su expresión. Por un instante, no pudo evitar distraerse con su belleza. Aunque no llevaba maquillaje y se recogía el pelo con una sencilla trenza, Nicole era tan bella como una estrella de cine. Sus rasgos eran perfectos. Y su radiante belleza podía ser el disfraz idóneo de la mentira.

—¿Tienes antecedentes delictivos, Nicole?

—Me arrestaron un par de veces antes de cumplir los dieciocho — admitió—. Cosas sin importancia. Estuve en una fiesta en la que todo el mundo fue detenido por desorden público. Y en la otra ocasión me sorprendieron invadiendo una propiedad ajena.

Por su experiencia en el departamento de policía de Denver, Mace se imaginaba perfectamente los motivos que habría podido tener una menor para allanar una propiedad.

—Te habías escapado de casa, ¿verdad?

—Todavía no tenía ni diecisiete años. Pero ya era lo suficientemente mayor para andar por mi cuenta.

—Legalmente no. Vamos, dime de quién te estás escondiendo. Una vez que llame al FBI, descubrirán todos tus secretos.

—Los federales no me asustan —replicó—. Al menos no tanto como tú.

Mace alcanzó a distinguir un brillo de miedo en sus ojos.

—¿Por qué te asusto yo?

– Eres diferente al resto de los polis. Ellos sólo quieren otro arresto en su lista. Tú no eres así. Tú vas detrás de la verdad.

Era el mejor cumplido que le habían hecho en su vida. Aun así, seguía sospechando de ella.

– ¿Estás jugando conmigo?

– Nunca lo sabrás – sonrió Nicole.

– Nunca es mucho tiempo. Pero yo soy un hombre paciente.

Y acabaría descubriendo la verdad. Aunque eso significase cazarla como a la tramposa liebre del cuento. Volviéndose, sacó su móvil y llamó a la oficina del FBI en Denver. Al cabo de varios minutos logró que le pusieran con la persona adecuada, el agente especial Luke Heflin.

– ¿Qué le hace pensar que se trata de un secuestro, *sheriff*?

– Tenemos un desaparecido, Joey Wentworth, y una demanda de rescate de ochocientos mil dólares.

– ¿Dónde lo secuestraron?

– Su compañera de casa encontró la cabaña destrozada y llamó a la policía – Mace se volvió para mirar a Nicole – . Estaba aquí cuando se produjo la llamada exigiendo el dinero.

– ¿Habló usted con los secuestradores?

– No. Y todavía no nos hemos puesto en contacto con la persona de Denver que supuestamente, tiene que traer el dinero a Elkhorn.

Mace ya estaba previendo lo que serían los pasos siguientes: Mantener la cabaña cerrada y bajo vigilancia, hasta que un equipo científico del FBI se hiciera cargo de las investigaciones, e instalar un rastreador de llamadas telefónicas.

– Hay que llamar inmediatamente a la persona que tiene que entregar el dinero – afirmó Heflin.

De repente Nicole se acercó a Mace.

– Perdone, necesito decirte algo...

– ¿Qué?

– Joey me dijo que fuera yo quien hablara con su tío. Me encargó que siguiera sus instrucciones. Estaba desesperado. Soy yo quien tiene que llamar.

Mace puso al tanto al agente Heflin de sus preocupaciones. El federal decidió telefonar al tío de Joey y conectar las tres líneas.

– Dígale que se ponga al teléfono.

Mientras le tendía su móvil, Mace fue perfectamente consciente de que a partir de aquel momento, había perdido la iniciativa. Los federales estaban al mando.

Nicole se acercó el teléfono al oído. Aunque seguía esforzándose por mantener una apariencia tranquila, estaba terriblemente nerviosa. Tenía la frente perlada de sudor.

El tío de Joey, Blake, era el director ejecutivo de Petróleos Wentworth. En su calidad de hombre rico y famoso, podía conocer a su ex marido, en Denver. Trabrar contacto con Blake Wentworth, podía por tanto, acercarla un paso más a Derek.

Heflin habló con Blake y le informó del presunto secuestro. Luego le presentó a Nicole.

– He hablado con Joey por teléfono.

– ¿Y quién diablos es usted?

– Me llamo Nicole Ferris.

Aunque su apellido de casada era Brewer, jamás lo había utilizado. No había forma de que pudiera relacionarla con Derek por el nombre.

– ¿Por qué la llamó Joey?

– Soy su compañera de casa. Llevo desde la primavera en su cabaña, pagándole la renta.

– Jamás me habló de usted.

En silencio, Nicole le dio las gracias a Joey. Le había pedido que no le hablara a nadie de ella, y al parecer, había sido fiel a su palabra.

—Espere —dijo Blake—, ¿es usted la chica de las pinturas? ¿La rubia de la trenza?

—Sí, he posado para Joey.

—Tengo uno de los lienzos. Es el mejor que ha pintado Joey. Si es usted como la pintura, tiene que ser bellísima.

—Gracias —repuso, extrañada.

Aquel hombre parecía casi desinteresado por el peligro que podía estar corriendo Joey.

—Señor Wentworth —intervino el agente especial Heflin—, Nicole tiene información sobre los detalles del secuestro de su sobrino.

—Muy bien —pronunció Blake con tono irritado—. Adelante con la mala noticia. ¿Cuánto piden de rescate?

—Ochocientos mil dólares —respondió Nicole—. Se supone que tiene que traer el efectivo a Elkhorn y esperar nuevas instrucciones.

—¿Y si no lo hago?

Nicole estaba asombrada. ¿Cómo se le ocurría siquiera la idea de resistirse?

—La vida de Joey está en peligro. Puede que ya esté herido. Yo encontré una mancha de sangre en el suelo de su estudio.

Blake Wentworth soltó un juramento.

—Agente Heflin, ¿qué me aconseja?

—¿Puede reunir esa cantidad?

—Sí. Los padres de Joey murieron, y yo soy quien está a cargo de su testamento. Crearon un fondo para Joey, y yo puedo acceder al dinero en un caso de emergencia. Aun así, no será fácil retirar una cantidad tan alta.

—¿Tendrá el dinero para mañana?



– He de hablar con mis abogados. Por cierto, mi póliza de seguros tiene una cláusula contra secuestros. También podríamos explorar ese recurso.

– ¿Cómo es que tiene una póliza contra secuestros?

– Soy el director ejecutivo de Petróleos Wenworth. Trabajamos en varios países del Tercer Mundo, donde el riesgo de actividades terroristas es considerable. Firmé esa póliza para proteger a mi familia y a mis colaboradores directos, pero no estoy muy seguro de que cubra a Joey.

– Ojalá fuera así – comentó Heflin.

– Lo comprobaré.

– Mientras tanto, le aconsejo que siga las instrucciones del secuestrador. Reúna el dinero y prepare el viaje a Elkhorn para mañana.

Blake soltó otro juramento. Parecía más irritado que preocupado. Aquella actitud tan cruel, le recordaba a Nicole el rechazo que ella misma había sufrido en su infancia, y sintió una nueva punzada de compasión por Joey. Quizá tuviera más cosas en común de lo que había imaginado en un principio con su mimado y caprichoso compañero de casa. En cierto sentido, Joey debía de haber padecido tanto como ella cuando su madre volvió a casarse y su padrastro convirtió su vida en un infierno.

Nicole continuó escuchando la conversación entre Blake y Heflin mientras quedaban para encontrarse en Elkhorn. Su indignación crecía por momentos. Aquellos dos hombres parecían estar tratando una simple cuestión de negocios...

– Disculpen – los interrumpió –. ¿Me necesitan para algo más?

– De momento no – contestó el agente –. Por favor, vuelva a ponerme con el *sheriff*.

Intercambió una mirada con Mace cuando le pasó el teléfono. Contrariamente a la actitud de Blake y del agente del FBI, en los ojos

oscuros del *sheriff* ardía un brillo de preocupación. Habría preferido mil veces que él se encargara del caso.

Segundos después, Mace estaba abismado en la conversación, nuevamente olvidado de ella. Nicole aprovechó la oportunidad para contemplarlo. Tenía un pulgar enganchado en un bolsillo de los vaqueros, y su chaqueta abierta revelaba su amplio torso. Llevaba un collar de diseño Ute, con cuentas azules y negras. En el centro colgaba un diminuto oso de plata, el símbolo indígena de la buena suerte.

Fue bajando la mirada. Vestía ropa de civil, pero iba tan arreglado como si llevara uniforme. El último botón de su camisa estaba perfectamente alineado con la hebilla de plata de su cinturón. Llevaba las botas brillantadas. Tenía unas piernas muy largas...

De repente tomó conciencia de que le estaba mirando la abultada bragueta, y desvió la vista. No podía permitirse sentirse atraída por él. Cualquier pensamiento sensual debía ser inmediatamente desechado. A pesar de ello, se le había acelerado el pulso. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se había sentido así. Casi se había olvidado de algo tan sencillo como excitarse mirando a un hombre guapo. La vida le había enseñado que los hombres eran sus enemigos. Que eran como animales. Jamás había tenido una relación que no hubiera terminado mal, en el puro dolor.

No podía dejar de mirarlo, de admirar su perfil duro, de rasgos enérgicos. Y sus ojos castaños. Su boca, además, la cautivaba. ¿Cómo sería besarlo? ¿A qué sabría? Se preguntó si su torso sería velludo o lampiño...

«*¡Por el amor de Dios, déjalo ya!*», se ordenó. Ella no era mejor que el tío Blake, o que el agente del FBI, que parecían más concentrados en sus propios asuntos que en el bienestar de Joey. Una relación con Mace, sexual o de cualquier otro tipo, estaba descartada. Tenía que abandonar Elkhorn lo antes posible. Una vez que Joey estuviera a salvo, se marcharía. Volvería a huir.

Oyó entrar a alguien en la cabaña y echó un vistazo al salón. Barry

Thompson dejó un par de cajas de metal en medio de la habitación destrozada, se quitó parsimoniosamente su sombrero de cowboy, y se pasó una mano enguantada por el cráneo pelado. Con su chaqueta de lana a cuadros, sus pantalones vaqueros y su espesa barba, no daba en absoluto el tipo de un oficial del departamento del *sheriff*.

– ¿Qué tal, cariño? – le preguntó, sonriendo.

– Vamos tirando.

– No te preocupes – se quitó sus gafas de montura de acero, que se le habían empañado de vaho—. Si alguien puede aclarar este enredo, ese es Mace.

Nicole tenía la misma confianza. Lástima que el FBI lo hubiera marginado del caso.

– Creo que son los federales quienes están al mando.

– ¡Vaya! Eso no va a gustarle nada al *sheriff*. Ni un poquito.

– Parece que se ha tomado muy en serio este caso. Como si le preocupara de verdad.

– A veces se preocupa demasiado – comentó Barry.

– ¿Qué quieres decir?

– Siempre se ha llevado el trabajo a casa. Mace y yo fuimos compañeros en el departamento de policía de Denver. Jamás se daba por vencido antes de haber aclarado hasta la última pista.

– ¿Y el FBI?

Barry se le acercó para decirle con tono confidencial:

– Si no responden a sus expectativas, se las arreglará para puentearlos. Ya lo verás. Mace es muy consciente de la diferencia entre las fuerzas de la ley y el significado de la justicia. Un buen poli sigue la ley, pero también improvisa cuando es necesario. Un burócrata jamás se aparta de la norma.

– ¿Quieres decir que Mace puede llegar a vulnerar la ley?

—¡Oh, yo no he dicho eso, cariño! —arrodillándose en el suelo, abrió una de las cajas—. Una vez lo vi forzar las normas para librar a un niño del maltrato de sus padres. Y otra vez libró de la cárcel a una mujer acusada de pequeños hurtos en tiendas... Pero hasta que no volvió a Elkhorn, Mace no pudo poner en práctica su concepto de particular justicia humanitaria.

En aquel preciso instante, Mace terminó de hablar por teléfono y se reunió con ellos. Parecía preocupado, ceñudo.

—Los federales llegarán mañana. Y también Blake Wenworth, con el dinero del rescate.

—¿En avión? —inquirió Barry.

—Así es. Así que no vamos a analizar científicamente la escena del delito. Lo que sí que vamos a hacer es un barrido de micrófonos.

—¿Por qué? —inquirió Nicole.

—Los secuestradores te dijeron, a través de Joey, que te estaban vigilando. Tal vez nos estén escuchando también.

Llevó a Barry a la cocina y le señaló el teléfono de pared.

—Llamaron por ese aparato. Registra las llamadas y deriva la línea a mi casa.

—¿Tu casa? —exclamó Nicole—. Pero yo necesito contestar el teléfono si Joey vuelve a llamar.

—Cierto. Te voy a llevar a mi casa.

Definitivamente, trasladarse a la casa de Mace no entraba en sus planes. Necesitaba seguir libre, preparada para salir corriendo si las investigaciones tomaban un giro incómodo...

—Prefiero quedarme aquí. Esta es mi casa.

—Y el escenario de un delito. Tendrás que irte.

—Entonces me quedaré en un motel —¿pero cómo lo pagaría? No disponía de otro dinero que el que sacaba por las propinas cada noche—. Creo que el departamento del *sheriff* debería pagarme un

alojamiento ya que...

– Un motel no es seguro a no ser que esté vigilado, y a mí me faltan hombres para eso. Te vendrás a casa conmigo para que pueda protegerte.

– ¿Por qué supones que puedo estar en peligro?

– No quiero correr riesgos. En mi casa estarás perfectamente. Podrás ducharte, relajarte y dormir en una cama muy cómoda.

¿Su cama? Sacudió la cabeza para ahuyentar las sensuales imágenes que aquella perspectiva le evocaba, como por ejemplo la de Mace yaciendo desnudo entre sábanas blancas... O su pelo negro...

– No. No me parece una buena idea.

– Mi hermana Jewel vive conmigo. Así que no necesitas preocuparte por tu reputación.

– ¡He encontrado algo! – exclamó Barry en aquel momento, enseñándoles un diminuto disco de metal –. Es un micrófono de onda corta.

Nicole se estremeció visiblemente.

– Los secuestradores... ¿Estaban escuchando?

– ¡Oh, sí! – Barry parecía muy satisfecho de sí mismo –. No es un micrófono sofisticado. Estas cosas se venden en muchas tiendas de electrónica. Para aficionados.

Pero la idea de que la hubieran espiado, fueran aficionados o profesionales, no podía inquietarla más. Aquel diminuto objeto venía a materializar todas las amenazas que pendían sobre ella.

– De acuerdo, Mace. Iré a tu casa.

– Recoge tu abrigo.

– ¿Y el resto de mi ropa?

– No toques nada. Mi hermana tiene tu misma talla. Ella te prestará todo lo necesario.

Nicole entró en su dormitorio y recogió su parka roja, que aún seguía mojada. Miró a su alrededor, contemplando el destrozo causado. Le parecía extraño que hubiera estado viviendo allí.

Aunque Mace le había ordenado que no tocara nada, tenía unas pocas pertenencias que no podía dejar atrás: Una vieja bufanda de lana que le había tejido su abuela, un pequeño diario encuadernado en piel, y una fotografía enmarcada de la boda de sus padres. Besó el cristal de la foto. Le gustaba verlos juntos, jóvenes, felices, ajenos a su cruel destino. Ambos estaban muertos. Demasiado pronto se habían reunido en el cielo.

Lo guardó todo en su bolso y corrió a reunirse con Mace. Había perdido a muchas personas queridas. Prácticamente las más importantes de su vida. Una vez más, rezó en silencio para que Joey se salvara.

## Capítulo 4

Aquella no era la primera vez que viajaba en un coche patrulla, con sus luces rojas y azules. Ya lo había hecho antes... Pero nunca en el asiento delantero.

– ¿Qué tal te encuentras? – le preguntó Mace, mientras recorrían la carretera flanqueada de altos pinos.

– Bien. Joey se salvará, ¿verdad?

– Si este secuestro obedece puramente a razones económicas y Blake Wentworth está dispuesto a pagar, las posibilidades de que Joey salga con bien del apuro son altas. Pero si existen otras variables, no puedo predecir nada.

Pasaron al lado de su pequeño Escort azul, aparcado en el arcén. Nicole pensó irónica, que hacía apenas unas horas la mayor de sus preocupaciones había sido quedarse sin gasolina...

– ¿Qué quieres decir con eso de «*otras variables*»?

– Rencores. Venganza... – se encogió de hombros—. No sé. Esa escena del delito no me termina de convencer. Y no me gusta dejar cabos sueltos.

Nicole se dijo que toda su vida era una serie de cabos sueltos. Siempre intentaba huir antes de que alguien enlazara esos cabos para anudárselos al cuello y ahorcarla...

– Si esos tipos entraron en la cabaña para secuestrar a Joey, ¿por qué se dedicaron a destrozarla?

– Porque estaban buscando algo – sugirió ella.

– Pero habíamos convenido en que no había nada de valor, excepto tu dinero.

Nicole se dijo que tenía razón. El escenario del delito no encajaba con la hipótesis del secuestro.

—¿Y por qué rompieron la ventana para hacer creer que se trataba de un robo?

—Buena pregunta —pronunció Mace.

—Háblame del micrófono —le gustaba conversar con él. Parecía interesado por sus opiniones—. Desde el principio albergaste la sospecha de que querían escuchar nuestras conversaciones. ¿Por qué?

—Eso es lo que habría hecho yo. Intentar conocer la estrategia del adversario.

—Me aterra pensar que esos tipos han estado escuchando hasta la última palabra de nuestra conversación —de repente, Nicole se acordó de otro detalle que le había mencionado—. No había huellas de barro en el suelo de la cabaña, y los secuestradores no entraron realmente por la ventana. ¿Crees que pudo tratarse de algún conocido de Joey?

—Hay una explicación más sencilla. Quizá se presentaron allí y llamaron a la puerta. ¿Sería capaz Joey de abrir a un desconocido?

—Probablemente. A menudo se olvida de cerrar con llave. Soy yo quien tiene que recordárselo —Nicole era una maniática de cerrar puertas y ventanas. A menudo las revisaba varias veces por miedo a haberse olvidado—. Joey es mucho más confiado que yo.

—No me extraña. No debe de ser un chico muy despabilado. Al contrario que tú, supongo, dados tus antecedentes.

La estaba probando de nuevo, intentando sonsacarle información sobre su pasado. Se sintió decepcionada por aquel cambio de tema. Por un momento había llegado a creer que estaban del mismo lado, intentando desentrañar un delito en igualdad de condiciones. Pero aquel intento de volver a su historia personal, le recordaba que pese a estar viajando en el asiento delantero de un coche patrulla, Mace seguía considerándola una sospechosa.

—Tú no confías en mí, ¿verdad?



Mace no dijo nada. Seguía concentrado en la carretera, iluminada por la luna.

Aunque siempre le había costado mucho sincerarse y contarle su vida a la gente, su adolescencia se le antojaba tan lejana que no le importó hablar de ello. Así que decidió darle al *sheriff* lo que quería.

– Ciertamente, la vida en la calle me espabiló a la fuerza.

– ¿Por qué abandonaste tu hogar?

– Es una larga historia. Mi padre falleció en un accidente cuando yo tenía siete años, y mi madre jamás se recuperó del trauma. Cayó en una profunda depresión, no comía, no podía dormir... Cada noche me sentaba al lado de su cama y le leía, aunque debería haber sido al revés. Era como si nos hubiesen cambiado los papeles.

– ¿Qué tipo de libros le leías?

– Todo. Clásicos de la literatura, novelas románticas y de misterio... Cualquier cosa que pudiera animarla un poco.

Los recuerdos que Nicole conservaba de aquella época eran amargos y dulces a la vez. En ocasiones había llegado a sentirse íntimamente unida y conectada con su madre, compartiendo un mismo dolor. Pero la mayor parte del tiempo, sin embargo, Nicole había tenido la sensación de estar andando a tientas en la oscuridad, esforzándose por encontrar a su verdadera madre en aquella mujer triste y apagada, casi una extraña.

– Lo perdimos prácticamente todo –continuó–. Luego ella se casó con mi padrastro. Él pagaba las facturas y nos rescató de la miseria, pero era un canalla. Me odiaba.

– ¿Te maltrataba?

– No me pegaba muy a menudo –después de que la tirara por las escaleras, rompiéndole un tobillo, los servicios sociales lo habían mantenido bajo vigilancia. A partir de entonces, había tenido buen cuidado de que su maltrato no dejara cicatrices visibles–. Aunque mi madre estaba bastante desconectada de la realidad, se habría dado

cuenta si eso hubiera sucedido –recordaba bien su rostro feo y desagradable, rojo de rabia–. Mi madre murió cuando yo tenía quince años, de un ataque al corazón. Sobrevivió al ataque durante una semana entera. También le estuve leyendo durante ese tiempo.

Había registrado en su diario las últimas palabras de su madre. Incapaz de hablar, le había garabateado algunas notas, principalmente preguntas. Nicole le había escrito las respuestas.

–Entonces huiste de tu padrastro –dedujo Mace.

–Lo más rápido que pude. Lo pasé un poco mal hasta que aprendí a sobrevivir en las calles de San Francisco. Luego me hice camarera.

–Y te trasladaste a Denver.

–Hubo un par de ciudades más entre medias. Pero sí, terminé en Denver.

Y conoció a Derek. Pero no iba a contarle esa parte de la historia.

–¿Y luego qué?

–Me cansé de tanta ciudad y me vine aquí con Joey. Eso es todo.

Mace se volvió para mirarla.

–Veo que tú tampoco confías en mí.

Nicole se dijo que era un hombre muy sagaz. Cada vez que esquivaba alguna pregunta, lo notaba. De repente le sonó el móvil. Mientras hablaba, Nicole se fijó en la ruta que llevaban. Antes de llegar al cruce del centro de Elkhorn, Mace giró hacia las montañas. Minutos después apagaba el teléfono.

–Barry ha rastreado la llamada de Joey. Procedía de un móvil registrado a nombre de un tipo que murió hace unos seis meses.

Mace estaba empezando a pensar que se trataba de delincuentes profesionales. Lo suficientemente inteligentes como para usar un móvil de ese tipo e instalar un micrófono en la cabaña. Le habría encantado medirse con ellos, pero no era tarea suya. Al día siguiente el FBI se haría cargo de todo y él quedaría relegado a la posición de

simple observador.

– ¿Puede averiguar Barry la localización de ese teléfono?

– No, a no ser que esté comunicando. En ese caso podría triangular la señal y sugerir una localización aproximada. Si Joey vuelve a llamar, intentaremos prolongar la conversación todo lo posible.

– ¿Pero cómo podré recibir yo esa llamada?

– Barry ha desviado el teléfono de la cabaña a la línea privada de mi casa. El teléfono también sonará en la oficina del *sheriff* y la conversación quedará grabada.

– ¡Vaya! – exclamó, admirada—. Barry es muy bueno en estas cosas...

– Es un genio – convino Mace.

– ¿Está saliendo con alguien?

– ¿Ya le estás buscando novia? – bromeó Mace, sonriendo. Tres años atrás, cuando Barry se presentó en Elkhorn, su hermana Jewel le organizó una serie de citas ciegas, a cuál más desastrosa—. Barry puede encontrar chica él solito. Ya es un hombre adulto.

– Pero incluso los adultos necesitan un empujoncito de cuando en cuando.

– Quizá sea feliz viviendo solo, haciendo las cosas a su modo...

– No. Simplemente cree que es feliz.

Mace soltó un suspiro resignado.

– En la naturaleza de las mujeres está el ser casamenteras. Siempre ha sido así, y lo seguirá siendo. Cada primavera, las tribus Ute celebran la Danza del Oso, que comienza con las mujeres escogiendo a sus parejas. Aunque los hombres fingen ignorarlas, al final siempre los cazan. Por mucho que se resistan, cada guerrero acaba con la mujer que lo ha elegido.

– Un rito juicioso y razonable – comentó Nicole.

Mace soltó una carcajada.

—Sí. Creo que todos los hombres deberíamos reconocer nuestra impotencia ante las artes femeninas...

—¿Has estado casado alguna vez?

—Una. Y no funcionó. Se dice que los polis son unos pésimos maridos.

A Mace no le importaba que pudiera calificarse de poco profesional el hecho de mantener una conversación de aquel tipo con una posible sospechosa. Su instinto le decía que había tomado la decisión adecuada al llevársela a casa. Si era un testigo cuya vida peligraba, en su hogar estaría perfectamente a salvo. Y si estaba relacionada de alguna manera con el delito, podría vigilarla a la espera de que estableciera un nuevo contacto con los secuestradores.

Eran más de las dos de la madrugada, una hora muy poco apropiada para hacer un recorrido guiado por el rancho Sheridan, pero a Nicole le gustó lo que vio mientras Mace la guiaba a través de la cocina y un salón de estilo sureño. Tras recorrer un pasillo de paredes encaladas, decoradas con fotografías de caballos, abrió la puerta del fondo y la hizo entrar en una sencilla pero encantadora habitación.

—Dormirás aquí. Hay un cuarto de baño contiguo con todo lo necesario. Sírvete tú misma.

—Gracias. Es muy bonita.

—El teléfono está en la mesilla. No creo que los secuestradores contacten contigo esta noche, pero si llaman, sonará este aparato.

—¿Qué haré entonces?

—Contestar. Y entretenerlos todo lo posible —abrió el cajón superior de una cómoda de madera de cerezo—. Aquí tienes camisetas, por si quieres usar una para dormir. Encontrarás un albornoz en el armario.

—Vaya, este dormitorio está mejor equipado que muchos hoteles de cinco estrellas.

—En verano solemos tener muchas visitas —le explicó Mace—. Criamos caballos, y mi hermana se encarga de alojar a los alumnos de un par de escuelas de equitación. Mi habitación está al lado —se dirigió hacia la puerta—. Si necesitas cualquier cosa, no vaciles en llamarme.

—¡Mace!

Se volvió hacia ella, arqueando las cejas.

—¿Qué?

—Gracias por todo.

Una sonrisa asomó a sus labios, incrementando aún más su atractivo. Pensó que era uno de los hombres más guapos que había visto en su vida.

—Que duermas bien.

Abandonó el dormitorio, y Nicole soltó el aliento que había estado conteniendo hasta aquel instante. Ahora lo entendía todo. La cercanía de Mace era la causa de aquel acaloramiento, de aquella tensión. Algo nada desagradable, por cierto...

Cuando se marchara de Elkhorn, atesoraría en su recuerdo aquellos momentos pasados con él, para evocar cada detalle. Para entonces, estaría en un lugar nuevo, donde nadie se preocuparía de su bienestar o de su seguridad. Miró a su alrededor, demasiado agotada para apreciar la alfombra de estilo navajo o el colorido edredón. Ante todo, necesitaba dormir.

Se quitó la ropa, se puso una camiseta de la cómoda, apagó la luz y se acostó. Las sábanas olían a limpio, a fresco. Acababa de apoyar la cabeza en la almohada cuando escuchó el inequívoco ruido de un papel, muy cerca, casi al lado de su oído.

Encendió de nuevo la lámpara de la mesilla. Había una nota

encima de la almohada, escrita a bolígrafo. Se incorporó para leerla:

*«Nos encontraremos a las tres de la madrugada. A cinco postes de la valla del buzón. No se lo digas a Mace. Si lo descubre, estoy muerto. Joey.»*

El corazón le dio un vuelco. La estaban vigilando. ¿La estarían escuchando también? Se llevó una mano a la boca, dominando el impulso de chillar o de estallar en sollozos. Si había un micrófono en aquella habitación, no quería que la oyeran. ¿Cómo se las habrían arreglado para entrar allí y dejarle una nota? Aquel era el rancho del *sheriff*. ¿Cómo se habían atrevido los secuestradores a entregarle aquel mensaje?

Quería llamar a Mace a gritos, entregarle aquella nota de papel amarillo y dejarlo a cargo de la situación... Pero podían oírla. Y matarían a Joey si no hacían lo que le había ordenado.

Miró su reloj. Eran las dos y veintitrés de la madrugada. Si estaba decidida a cumplir con la exigencia de los secuestradores, tenía que actuar con rapidez. Cerró los puños y golpeó la almohada con todas sus fuerzas. ¡Aquello no era justo! Ella quería permanecer del lado de la ley... Del lado de Mace. Aun así, no se atrevía a desobedecer las instrucciones de la nota. La vida de Joey dependía de ello.

Tendría que encontrar una forma de salir de la casa sin alertar a Mace. ¿Y si las puertas estaban cerradas con llave? ¡La ventana! Saldría por la ventana de su dormitorio. Descorrió las cortinas, consciente de que los secuestradores podían estar observándola en aquel preciso momento. Quitó el cerrojo y subió la media ventana. Había suficiente espacio para que pudiera escapar...

De repente la puerta se abrió par en par y apareció Mace, pistola en mano, desnudo de cintura para arriba. La luz dorada de la mesilla se derramaba sobre su torso musculoso y bronceado.

Le entraron ganas de lanzarse a sus brazos. No quería traicionarlo. Quería compensarlo de alguna forma por la amabilidad que le había demostrado. Ansió desesperadamente que confiara en ella.

— ¿Qué pasa? — inquirió, muy serio.

Nicole dejó disimuladamente la nota sobre la cama.

– Yo... Quería dormir con la ventana abierta.

Mace bajó el arma. Un brillo de sospecha ardía en sus ojos oscuros.

– Esta noche hace frío. ¿Estás segura de que quieres abrir la ventana?

– Me gusta el aire fresco.

Se quedó frente a ella, contemplándola. Resultaba obvio que no la creía. Pero la vida de Joey dependía de su habilidad para convencerlo...

– Me gusta tu uniforme, Mace. ¿Te acuestas siempre con pistola?

– No pretendas engañarme, Nicole.

– Mi comentario sobre tu uniforme ha sido completamente sincero – y decía la verdad. Pensó que tenía un cuerpo magnífico –. Seguro que no soy la primera mujer que te lo dice.

Irguió los hombros, y el dibujo de sus músculos la dejó fascinada, hipnotizada. Su piel tenía un maravilloso tono cobrizo... Del exacto color de la tierra. Aunque le había lanzado aquel cumplido para distraerlo, ella misma estaba cayendo bajo su efecto. De hecho, no podía dejar de mirarlo. Ansiaba tocarlo, y sentir aquellas manos en su cuerpo... Se le hizo un nudo en el estómago. Bajo la camiseta, los pezones se le endurecieron.

– Buenas noches – masculló Mace.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, Nicole se derrumbó sobre la cama. ¡Increíble! Después de lo de Derek, estaba segura de que el sexo había dejado de interesarla para siempre. Pero Mace la había encendido, excitado.

Por desgracia, la posibilidad de una relación con él estaba absolutamente descartada. No podía quedarse en Elkhorn.

Miró su reloj. Sólo le quedaban quince minutos para verse con Joey. No había tiempo para pensar. Entró en el cuarto de baño y abrió

el grifo de la ducha mientras se vestía, para disimular el ruido. Ya sólo faltaban ocho minutos para las tres. Se deslizó por la ventana.

Una vez fuera se agachó, escuchando. ¿Volvería a entrar Mace en su habitación? ¿La sorprendería intentando escapar? Casi deseaba que así fuera. De esa forma no podría satisfacer las demandas de los secuestradores...

Podía oír el silbido del viento entre los árboles. La noche hervía de ruidos. Desde los establos cercanos a la casa, los caballos resoplaban de cuando en cuando. Rápidamente rodeó una esquina de la casa. Una vez ante el sendero de entrada, revisó de nuevo su reloj. Solamente le quedaban unos minutos.

Corrió hacia la carretera por el largo sendero empedrado. Sin aliento, llegó ante el buzón. Cinco postes de valla... ¿Hacia la izquierda o hacia la derecha?

Hacia la derecha no veía nada. A la izquierda había una mancha de pinos. Aquel debía de ser el lugar donde Joey confiaba en encontrarla. Corrió con todas sus fuerzas hacia allí. Entonces lo vio.

—Quédate donde estás —le advirtió Joey—. Me dispararán si te acercas demasiado.

A la luz de la luna, parecía un espectro. Su rostro no tenía color. Llevaba las muñecas atadas. El otro extremo de la cuerda estaba atado a un poste de la valla. Dio un paso hacia él.

—No te acerques. Están escuchando. Llevo un micrófono encima.

—No pueden matarte —pronunció ella, avanzando otro paso—. Si te matan, jamás conseguirán el dinero del rescate.

—Escúchame, Nicole. Tienen rifles de largo alcance. Y visión nocturna. Podrían dispararme en una pierna, o en un brazo.

Lo que significaba que a ella también podían dispararle. Se quedó paralizada, sin atreverse a moverse ni a mirar a ningún lado. De pie en el borde de la carretera, a la luz de la luna, representaba un objetivo



muy fácil. No podía esconderse.

Le temblaban las rodillas. Un simple terror parecía haberse impuesto a su determinación de rescatar a Joey. Era tan incapaz de salvarlo a él como de salvarse a sí misma. Impotente, evocó el recuerdo de su padrastro y de Derek, maltratándola, castigándola sin motivo, por capricho. Y el dolor volvió a latir en cada herida recibida, cicatrizada.

– Nicole, se supone que tengo que decirte algo...

– Dímelo – apenas podía hablar.

– No puedes huir. Sé que quieres hacerlo, pero no puedes. Tienes que quedarte.

– ¿Por qué?

– Ellos quieren que entregues el dinero del rescate. Saben que no eres una poli. Confían en que harás todo lo que te pidan.

– Pero yo...

– Tienes que hacerlo – le rogó Joey –. Tienes que ser valiente. Por mí...

Pero Nicole no era ninguna heroína. No tenía la fortaleza suficiente. Ni los recursos necesarios.

– Lo siento, Joey.

– No tienes elección – en aquel momento, en absoluto contraste con el terror de Nicole, parecía absolutamente controlado, dueño de sí mismo. Como si hubiera desplegado una valentía insólita en su carácter –. Si no haces lo que dicen, te matarán.

Por eso la había convocado allí. Para transmitirle una amenaza.

– Por favor, Nicole. Dime que lo comprendes.

– Sí.

– Prométeme que no huirás.

Su instinto, su intuición le decía que huyera. Ahora, en aquel

preciso momento.

–Nicole, te están observando. Y escuchando hasta la última palabra.

Jamás en toda su vida se había sentido tan vulnerable, tan expuesta.

–No huiré. Te lo prometo.

–Bien –su rostro pálido, demacrado, pareció relajarse. Alzó sus manos atadas como si fuera a ponerse a rezar—. Sabía que no me dejarías en la estacada.

–¡Oh, Joey! –se le escapó un sollozo—. Siento tanto que hayas tenido que pasar por esto...

–Saldré del apuro –señaló con la cabeza la casa del rancho—. Y ahora vuelve con Mace, antes de que descubra tu ausencia.

Quería abrazarlo, consolarlo. Eran dos víctimas inocentes, atrapadas por fuerzas oscuras e implacables...

–No te abandonaré.

–¡Vete! –insistió Joey.

Se volvió hacia la casa. Las piernas le fallaban. Le parecía imposible cubrir aquella distancia. La lógica le decía que los secuestradores no le dispararían en ese momento. Se había comprometido a colaborar. Aun así, podía sentir sus ojos clavados en ella.

Cuando llegó al buzón, empezó a caminar lentamente por el sendero, midiendo cada paso. La muerte y el peligro la acechaban por doquier. Para sobrevivir, tendría que ser valiente Y no sabía si eso sería posible...

Una vez en su dormitorio, se quitó la parka y los zapatos y se acostó vestida. Temblaba de miedo. La estaban observando. Y escuchando. Tenía que obedecer, porque la alternativa no era otra que la muerte.

## Capítulo 5

Escondido tras las ramas de un árbol, cerca de la valla del rancho, Mace observaba y esperaba. Absolutamente inmóvil, como una sombra más bajo la luz de la luna. Llevaba su revólver calibre treinta y ocho bajo la camisa oscura que se había echado sobre los hombros cuando descubrió que Nicole se había escapado por la ventana.

La había seguido sin hacer el menor ruido. Pero una vez en el claro que rodeaba el rancho, no había podido acercarse a la mancha de pinos. Desde aquella distancia, apenas había alcanzado a escuchar algunos retazos de la conversación que había mantenido Nicole con el secuestrado Joey Wentworth. Lo suficiente, sin embargo, como para saber que llevaba un micrófono y que le estaban apuntando con rifles de largo alcance y visión nocturna.

Por suerte, Mace tenía los oídos bien entrenados. Al parecer, Joey quería que Nicole hiciera algo por él. Tenía miedo, y su voz era tan débil que no había podido escuchar sus palabras. La vio regresar a la casa, pero permaneció al acecho. Ya hablaría más tarde con ella. En aquel momento necesitaba seguir la pista de los secuestradores.

Solo, al lado del poste de la valla, Joey murmuró una frase incoherente. Basculó su peso de un pie a otro, como si estuviera cansado. Mace advirtió que llevaba unas pesadas botas de montaña. Aparentemente, sus secuestradores le habían dado tiempo para vestirse antes de llevárselo.

Dos hombres vestidos de negro con pasamontañas, surgieron del otro lado de la carretera. Uno llevaba un sombrero de cowboy. Iban armados con rifles de mira telescópica.

— Ya era hora... — se quejó Joey —. ¡Me estoy helando!

— ¡Cállate! ¿Quieres que te oiga el *sheriff*?

— ¿Por qué no habéis traído el coche? — gimió.

Mace conocía la razón. Aquella carretera era muy poco frecuentada de noche. Evidentemente, los secuestradores no habían querido levantar sospechas. Y sin embargo, habían sido lo suficientemente imprudentes como para atraer a Nicole hasta allí. ¿Acaso eran estúpidos? ¿O consumados profesionales demasiado seguros de sí mismos?

Lo desataron rápidamente. Los tres empezaron a caminar por el centro de la carretera desierta, hacia el oeste. Vigilar a Joey no parecía preocuparlos mucho, probablemente porque no tenía ninguna posibilidad de escapar.

Se dedicó a seguirlos. Calzado con sus mocasines, sus pasos eran absolutamente silenciosos. Si hubiera llevado encima su rifle, quizá se habría arriesgado a rescatar a Joey. Pero su treinta y ocho no le servía para enfrentarse a dos profesionales bien armados.

De repente los tres hombres se detuvieron, quedándose inmóviles como estatuas. El vaquero alzó la cabeza, como olisqueando el aire.

— He oído algo...

Para entonces Mace ya se había echado al suelo en el borde de la carretera, al amparo de las sombras. Tenía la cara y el cuello pegados al frío suelo. Contuvo el aliento.

— Yo no veo nada — dijo Joey.

Y continuaron andando.

Mace se levantó lentamente. Para evitar ser visto, tenía que recurrir a todas las habilidades que no había aprendido precisamente en la academia de policía, donde se graduó entre los primeros. En lugar de ello, evocó las excursiones que había hecho de niño con Tata Charlie por la reserva, cuando cazaba conejos y alces con arco y flechas. Esa noche, sin embargo, andaba al acecho de una presa mucho más peligrosa.

Cuando uno de los secuestradores volvió la cabeza, Mace se escabulló de nuevo escondiéndose detrás de un tronco. Si Nicole lo hubiera avisado de que estaban cerca, habría llamado pidiendo refuerzos. Pero ya era demasiado tarde para pensar en eso.

El cruce ya estaba a la vista. Unas luces rojas relampaguearon por un instante y los tres hombres se dirigieron hacia allí. A la luz de la luna, Mace identificó la silueta de un jeep Wagoneer modelo antiguo, de color negro o azul oscuro. Necesitaba acercarse más para distinguir su matrícula...

Mientras Joey y los secuestradores subían al vehículo, Mace se escondió detrás de una fila de buzones. El motor del jeep se puso en marcha y se encendieron todos los faros. Mace pudo leer la matrícula de Nuevo México antes de que se alejara.

Se irguió, contemplando la carretera vacía. A lo lejos se oía el solitario aullido de un coyote. Sonrió. Aunque todavía no había ganado la partida, acababa de conseguir una pista muy importante...

Acurrucada bajo el edredón, Nicole intentaba dormir en vano. Estaba demasiado alterada. No era justo. Después de una vida entera de abusos había aprendido a convivir con el terror, y el descanso del sueño, aun en las peores circunstancias, jamás le había sido negado. Pero esa vez era otro el motivo de su insomnio: La culpa.

Había obrado mal. Nunca debió haberse encontrado con Joey sin avisar a Mace. ¿Cómo podía esperar que confiara en ella cuando lo había traicionado de esa manera? Por otra parte, ella misma necesitaba un aliado. No le haría daño tenerlo de su lado cuando al día siguiente llegaran los federales.

Estaba levantado. Podía oírlo pasear por la habitación, al otro lado de la pared. Los remordimientos eran cada vez más intensos. «*Díselo*», le gritaba una voz interior. Apartó el edredón. Todavía vestida con el suéter y los vaqueros, caminó descalza hasta el cuarto de baño y abrió el grifo de la ducha para disimular sus movimientos en caso de que

los secuestradores estuvieran escuchando. Inmediatamente salió al pasillo.

Una vez frente a la puerta de la habitación de Mace, vaciló. Si golpeaba la puerta o lo llamaba por su nombre, los secuestradores la oirían. Por la rendija se veía una luz. Debía de seguir despierto. Decidida, giró el picaporte y abrió.

Mace estaba en medio de la habitación. Llevaba una camiseta blanca y un pantalón de pijama. Tenía un móvil en la mano. Cuando la vio, su expresión cambió de la sorpresa a la furia. Nicole se llevó un dedo a los labios, ordenándole silencio. Con la otra mano, le indicó que la siguiera.

– ¿Qué diablos...?

– Shhh...

Mace recogió una camisa de franela del respaldo de una silla y la siguió al pasillo. Ya en el salón, encendió una lámpara.

– Hay micrófonos en mi habitación – susurró ella, y le tendió la nota de Joey.

La leyó rápidamente, frunciendo el ceño.

– Aquí no dice nada de micrófonos.

– Encontré la nota en mi habitación. En mi almohada. Es lógico que dejaran un micrófono instalado.

Mace estaba consternado.

– Han entrado en tu habitación. En mi casa.

– Hice lo que Joey me pedía en la nota – le informó en voz baja –. Salté por la ventana y fui a verlo.

– Ya puedes hablar alto. Hace ya rato que se han marchado los secuestradores – se volvió para marcar un número en el móvil –. Barry, envíame dos agentes. Que no sean Philips y Greenleaf. Esos dos tienen que quedarse en la cabaña Wentworth. Tengo un número de matrícula que quiero que revises. De Nuevo México – le dio el

número—. Llámame en cuanto lo tengas.

—Lo siento —se disculpó Nicole—. Debí habértelo dicho en el momento, pero tenía mucho miedo por Joey. La nota decía que si te avisaba, él lo pagaría...

—Contaban con tu miedo. ¡Maldita sea, Nicole! Tú eres una chica inteligente. Si me lo hubieras dicho, yo habría podido...

—No había tiempo —ya estaba empezando a arrepentirse de habérselo dicho—. Sólo disponía de unos minutos para llegar hasta la valla.

—Y tu intuición te dijo que no confiaras en mí, ¿verdad? No confiar nunca en un poli —se puso la camisa—. Pues tomaste la decisión equivocada.

—Ya te he dicho que lo siento.

—Da gracias a que no estás muerta —pronunció con los ojos brillantes, tensa la mandíbula—. Esos tipos tenían rifles de largo alcance. Habrías sido el blanco más fácil del mundo.

—¿Cómo es que sabes todo eso?

—Porque te seguí.

Debió haberlo adivinado. Mace no era ningún estúpido. Había sospechado de ella desde que la descubrió levantada, al lado de la ventana abierta.

—¡Dios mío! Si te hubieran visto, nos habrían matado a todos.

—Pero no me vieron —replicó, no sin cierto orgullo—. Dime exactamente lo que te dijo Joey.

—Me dijo que no huyera. Que si no seguía sus instrucciones, ellos me matarían.

—¿Qué instrucciones?

—Quieren que sea yo quien entregue el dinero del rescate. Porque están seguros de que no soy una poli.

Suspirando profundamente, Mace se dejó caer en un sillón, frente a la chimenea. Se la quedó mirando como si esperara algo de ella. Pero... ¿Qué?

El silencio se prolongaba, interminable. Nicole se aclaró la garganta.

– ¿Por qué no dices nada?

– Estoy pensando.

– Pues piensa en voz alta.

– Los secuestradores se han comportado de manera temeraria. Si me lo hubieras dicho, yo habría pedido refuerzos y habríamos podido atraparlos. ¿Qué sentido tenía asumir tanto riesgo?

– No lo sé. Querían asustarme, asegurarse de que los obedeciera. Joey me hizo prometer que no huiría antes de que terminara todo esto.

– ¿Por qué pensaba que huirías?

– Bueno, no sería la primera vez – todo empezó cuando se escapó de la casa de su padrastro. A partir de entonces, cada vez que se enfrentó con una situación problemática, huyó. La última, con Derek. Aunque Joey no conocía el nombre de su marido, sabía que se estaba escondiendo de alguien que la había maltratado – . Joey me conoce.

– Pero los secuestradores no.

– Quizá le dijeron a Joey que planeaban usarme para entregarles el dinero, y él los puso al tanto de... Mis costumbres.

– Ahora no puedes huir.

Aquellas palabras le provocaron una punzada de pánico.

– Para ti es muy fácil de decir, sentado tranquilamente aquí, en tu preciosa casa. En cambio, la única manera que yo conozco de sobrevivir es desaparecer. Si soy invisible, nadie podrá hacerme daño.

– Yo me ocuparé de que nadie te haga daño. Te lo prometo, Nicole.



Lo miró, incrédula. ¿Cómo podía hacerle una promesa semejante? El mundo era un lugar muy peligroso. E imprevisible. Tenía que saberlo.

Aun así, sabía que Mace era sincero. Haría todo lo que estuviese en su mano por protegerla. Un rayo de esperanza atravesó su corazón. Llevaba toda la vida huyendo, de desastre en desastre. «*La vida es dolor*». Se había acostumbrado a aquella frase. Aun así, ¿era posible que finalmente se hubiera encontrado con un hombre que no quisiera hacerle daño?

– Créeme. Hablo en serio.

– No puedo – las palabras salieron solas de su garganta –. Nadie ha estado nunca de mi lado.

– ¿Ni siquiera tus padres?

– La suya fue la peor traición de todas. Murieron.

– Yo no pienso morir – sonrió, irónico –. Eso no está previsto en el guión.

Quiso devolverle la sonrisa, pero era como si se le hubiesen paralizado los músculos de la cara. El miedo la tenía atenazada. Si se atrevía a confiar, a tener esperanzas, se exponía a que el dolor fuera mucho mayor.

– Tú no puedes garantizar mi seguridad.

– Hagamos un trato, Nicole. Tú me cuentas la verdad, y yo me aseguraré de que no te pase nada. ¿De acuerdo?

Y se levantó del sillón, con la mano tendida hacia ella. Él era su salvador. Una especie de salvavidas en medio de un océano de peligros.

Le estrechó la mano, y una extraña tensión fluyó a lo largo de su brazo, como una corriente eléctrica. A pesar de su cansancio y de lo tarde que era, se sentía llena de energía. Se acercó más a él, casi esperando que la abrazara...

De repente, una voz femenina le preguntó desde el umbral.

—¿Mace? ¿Qué pasa?

Nicole se apartó, mientras Mace le presentaba a su hermana, Jewel, antes de hacerle un breve resumen de la situación. Lo escuchó sin hacer comentarios. Era una mujer hermosa, alta y esbelta. Como Mace, tenía el pelo negro y los ojos oscuros, de mirada inteligente.

—¿Ha entrado alguien en la casa? —preguntó—. ¿Aquí? ¿Estás seguro?

—Dejaron una nota en la habitación en la que estaba durmiendo Nicole —le dijo Mace—. ¿Te acordaste de cerrar con llave?

—Ahora mismo no lo sé muy bien, pero a partir de ahora me aseguraré de hacerlo, desde luego.

—He pedido que vengan dos agentes. Están en camino. Ellos se encargarán de revisar puertas y ventanas.

—Muy bien —atándose el cinturón de la bata, Jewel se dirigió a la cocina—. Será mejor que prepare una cafetera.

—No seas demasiado amable con ellos. Quiero dormir algo esta noche —Mace se volvió hacia Nicole y la tomó del brazo—. Vamos. Tienes que acostarte.

Le gustaba que se preocupara por ella. Y su contacto resultaba aún más reconfortante.

—Encantada de conocerte, Jewel —gritó en dirección a la cocina—. Lamento que te hayamos despertado.

—No fue culpa tuya —contestó—. Nos veremos por la mañana.

Nicole dejó que Mace la guiara por el pasillo decorado con fotografías de caballos.

—Tu hermana parece una mujer encantadora.

—No te dejes engañar por las apariencias. Tiene un carácter muy duro. Jewel lo gobierna todo aquí, incluida mi persona.

A Nicole le costaba creer que alguien pudiera darle órdenes.

Cuando entraron en la habitación, Mace cerró la ventana y volvió a sacarla al pasillo.

– Lo lamento, pero tenemos otro escenario criminal a analizar.

– Aparte de que puede haber micrófonos... – susurró ella.

– Dudo que los secuestradores usen transmisores de larga distancia, pero es mejor no correr riesgos. Haré que Barry revise la casa entera – la llevó a su habitación –. Esta noche dormirás aquí.

– ¿En tu cama? ¿Y tú dónde...?

– En cualquier otra. Descansa. Mañana será un día muy largo.

Le dio una palmadita en el hombro. Por un instante, Nicole pensó que se acercaría lo suficiente para darle un beso en la mejilla. Una vez más, como le había sucedido hacía unos minutos, se inclinó involuntariamente hacia él.

– ¡Oh, el teléfono! – recordó de pronto –. Necesito el teléfono, en caso de que Joey me llame.

– Bien pensado. Te lo traeré.

Cuando se marchó del dormitorio, Nicole aprovechó para desvestirse, quedándose en ropa interior. ¡Su cama! Iba a dormir en la cama de Mace. ¿Qué tipo de sueños tendría...? Se acostó rápidamente. Las sábanas estaban impregnadas de su olor... Un aroma a limpio, a campo, a fresco... Se lo imaginó acostado a su lado, protegiéndola.

Llamaron a la puerta. Nicole se arropó hasta la barbilla.

– Adelante.

Mace entró con el móvil en la mano. Lo dejó sobre la mesilla, al lado de un reloj digital. Luego la miró arqueando una ceja, con expresión interrogante a la vez que irónica. Como si le estuviera haciendo una tácita pregunta que no tuviera nada que ver con la investigación. En aquel momento, había dejado de ser un policía. La estaba mirando como un hombre miraría a una mujer.

– Buenas noches, Nicole.

La intimidad de su tono la hizo estremecerse.

– Buenas noches – repuso, sosteniéndole la mirada.

Incluso después de que se marchara de la habitación, podía percibir su presencia. La esperanza le inflamaba el corazón, como un fuego de campamento alejando la amenaza de los lobos. Tan pronto como cerró los ojos, se quedó dormida. La culpa había dejado de atormentarla.

La cegó el sol que entraba por una rendija de las cortinas. Miró el reloj de mesilla. Eran más de las ocho de la mañana. Aunque por unos instantes se había permitido disfrutar de la sensualidad de estar acostada en la cama de Mace, la angustia no tardó en hacer presa en ella. Ese día tenía que llegar el FBI, al igual que Blake Wentworth, el tío de Joey. Y los secuestradores esperaban que ella les entregara el dinero del rescate. Aquello iba a ser como escapar del fuego para ir a parar a las brasas.

Se levantó rápidamente, se puso su ropa del día anterior y entró en el cuarto de baño. Tenía el pelo hecho un desastre. Tomó un cepillo e intentó arreglárselo como pudo.

Siempre se había sentido muy satisfecha de su cabello, rubio natural. Espeso y ondulado, le llegaba casi hasta la cintura. Pensó en dejárselo suelto. Seguramente a Mace le gustaría.

Frunció el ceño al mirarse en el espejo. Se dijo que no debería intentar seducirlo. Cada vez que recurría a sus mañas femeninas, se metía en problemas... Como botón de muestra, lo que le había sucedido con Derek. Abogado de éxito, había sido un cliente habitual del restaurante donde ella estuvo trabajando en Denver. Jamás se había dignado mirarla. Hasta que una noche, por bromear, se había puesto a flirtear con él de la manera más inocente del mundo. Antes de que tomara plena conciencia de lo que estaba sucediendo, ya estaban casados. Se había convertido en su esposa trofeo... Y en su

saco de boxeo.

Se hizo rápidamente una trenza. Nunca más volvería a practicar el refinado arte de la seducción. Ni con Mace ni con nadie. Recogió su móvil, lo cual le recordó que los secuestradores podían llamarla en cualquier momento. Lo harían tarde o temprano. Y la informarían de cómo tendría que entregarles el dinero. Luego, una vez cumplida la misión, abandonaría Elkhorn para siempre.

En la cocina encontró a Jewel sentada ante una gran mesa de madera de arce, revisando un libro de contabilidad. El sol de Octubre entraba a raudales por las ventanas.

— ¿Te apetece un café?

— Me has leído el pensamiento —repuso Nicole—. Ya me lo preparo yo.

— No, tú siéntate —le ordenó Jewel—. ¿Pasteles estilo inglés o pan casero de plátano?

— Pan, por favor —dejó el móvil sobre la mesa y se sentó—. Mace me dijo que criabas caballos.

— Ahora mismo tengo una docena de cabezas, desde un purasangre árabe hasta un dócil borrico. Los crío, los entreno, los cuido y los vendo —le puso delante la taza de café, el azucarero y una jarra de leche—. Me gusta el negocio.

— ¿Siempre has vivido aquí?

— Cuando tenía doce años, me fui a Kentucky a trabajar en unas cuadras de caballos de carreras. Mi sueño era convertirme en jockey —de pie ante el mostrador, cortó una rebanada de pan—. Luego cumplí los trece y crecí diez centímetros en un año. Y se acabó mi futuro. Si me hubiera quedado con tu estatura, por ejemplo, habría podido correr el Derby.

— ¡Qué ironía! Yo siempre quise ser más alta.

— Nadie está satisfecho con lo que tiene —le sirvió el pan y se sentó a su lado—. Para seguir respondiendo a tu pregunta, estuve

viviendo en muchos sitios aparte de Elkhorn, pero este es mi hogar. Hace tres años, volví para quedarme. Mi padre necesitaba que lo cuidaran, ya que le habían diagnosticado una grave enfermedad.

– Lo siento.

– Falleció hace año y medio. Era un hombre tan fuerte... Es duro ver envejecer a tus padres.

Nicole pensó que ella en cambio, habría dado cualquier cosa por ver envejecer a los suyos.

– ¿Mace también se trasladó aquí a la vez que tú?

– Casi –Jewel cerró el libro de contabilidad–. Al principio, me sentí culpable de alejarlo de su carrera como inspector de homicidios en Denver. Pero creo que tenía ganas de abandonar el departamento, con todas sus reglas y restricciones. Como *sheriff*, ahora disfruta de mucha mayor libertad.

– Ya lo he notado.

– No le va a gustar nada recibir órdenes del FBI.

Nicole recordó que la noche anterior, Mace le había comentado que era Jewel quien le daba las órdenes. Y también le había dicho que era una mujer dura, algo que no parecía en absoluto. Más bien parecía una mujer inteligente, autónoma y juiciosa. Mordió la rebanada de pan de plátano.

– Exquisito.

– No queda mucho. Anoche, los agentes traían apetito. Mace dejó a un par de ellos aquí para que vigilaran la casa –señaló su móvil, que seguía sobre la mesa–. ¿Esperas que te llame alguien?

– Pues sí. Los secuestradores. Barry desvió a este número las llamadas dirigidas a mi cabaña.

– ¡Vaya! No puedo creer que todo esto esté teniendo lugar en el tranquilo y soñoliento Elkhorn.

Nicole comió otro pedazo de pan y bebió un sorbo de café. Luego

se limpió cuidadosamente con la servilleta.

– Tienes modales muy elegantes – comentó Jewel.

No había tono alguno de condena en su voz. Simplemente estaba constatando un hecho.

– Bueno, soy una maniática del orden y de la pulcritud – admitió Nicole –. Todo en su sitio, y un sitio para todo.

– ¿Fue así como te educaron?

– Precisamente al contrario. Mi infancia y adolescencia fueron un caos. Por eso ahora necesito orden. Me proporciona una sensación de control.

– El control es importante – repuso Jewel –, pero a mí me gusta cuando las cosas se salen un poquito de madre. Ya me entiendes, eso siempre constituye un desafío. Como domar un potro salvaje.

– ¿Es así como controlas a Mace? ¿Cómo un potro salvaje?

– ¡Oh, querida! Espero que no te estés enamorando de él...

– ¿Sale con alguien?

– Actualmente, no. Lleva una buena temporada sin salir. Está demasiado ocupado protegiendo al condado entero para complicarse la vida con una mujer.

De repente, se recordó que Mace no era hombre para ella. Una hipotética relación no tenía ningún futuro. Necesitaba olvidarse de él. Tenía que marcharse de Elkhorn lo antes posible...

De repente sonó el móvil. Se lo quedó mirando sin aliento. ¿Qué le había dicho Mace que hiciera? Que respondiera. La conversación quedaría grabada. Y que entretuviera a sus interlocutores todo lo posible, para dar tiempo a localizar la llamada.

– Tranquila... – Jewel le tocó un brazo con gesto reconfortante –. Adelante, contesta.

– ¿Diga?

—No podías mantener la boca cerrada, ¿verdad? Tenías que contárselo al *sheriff*.

—Lo siento, Joey —murmuró, extrañada. Sorprendentemente, parecía más furioso que aterrorizado—. ¿Te encuentras bien?

—¿Ya ha llegado el dinero del rescate?

—No lo sé —se preguntó cómo podría distraerlo para que siguiera hablando—. Si quieres esperar, tal vez podría contactar con alguien para...

—No intentes engañarme. Llamaré después.

Y cortó la comunicación.



## *Capítulo 6*

En el aeródromo de las afueras de Elkhorn, Mace aparcó su todoterreno al lado de la pequeña oficina. Habitualmente el único hangar estaba desierto, pero aquel día había una media docena de personas. Había corrido el rumor de que iban a llegar los federales, y le gente del pueblo quería echar un vistazo. Una investigación del FBI sobre un secuestro era todo un acontecimiento en el condado.

De hecho, Mace venía a ser uno más de aquellos curiosos. Nadie lo había invitado a ir al aeródromo, pero de todas formas había acudido a recibir al avión que traía al agente Devlin y a su equipo de especialistas federales.

Aquella mañana, Mace bajó del todoterreno y se caló sus gafas oscuras. Hacía un día espléndido. Ideal para cazar. Por un instante se sintió tentado de agarrar su mochila y su rifle, y desaparecer hasta que aquel circo del FBI despejara el campo. Sería una manera de evitar la humillación resultante de la cantidad de errores que había cometido hasta el momento... Incluida su inútil persecución de la noche anterior.

La matrícula de Nuevo México había resultado ser otra pista falsa. Lo único que sabía hasta el momento, era que los secuestradores eran por lo menos tres, y que conducían un jeep Wagoneer modelo antiguo, negro o azul oscuro. No podía aportar ninguna descripción, aparte de que eran altos y de que uno de ellos llevaba un sombrero de cowboy sobre su pasamontañas.

Pero lo peor de la aventura de la otra noche había sido intentar desentrañar el comportamiento de Nicole. Aunque creía que había reaccionado así por miedo, sabía que le costaría trabajo convencer a los federales de que no era la principal sospechosa. De repente sonó su

móvil. Era Barry.

– Han llamado a Nicole – le espetó.

– ¿Pudiste localizar la llamada?

– No hubo suerte. Era el móvil otra vez, y la conversación fue demasiado corta. No conseguía triangular la posición.

– ¿La grabaste? – inquirió Mace.

– Claro. Ahora mismo te la pongo.

Mace escuchó las palabras de Joey.

– Pónmela otra vez.

Por el móvil, intentó captar algún sonido de fondo. La voz de Joey sonaba agresiva, casi iracunda, en absoluto asustada. Lo cual encajaba con su comportamiento de la noche anterior. Joey se había dirigido con tono enérgico a sus presuntos secuestradores, que ni siquiera se habían tomado la molestia de mantenerlo atado.

Las impresiones de Mace estaban empezando a cristalizar en una hipótesis: Que Joey Wentworth podía ser cómplice de su supuesto secuestro. Y que podía haber planeado todo aquello para sacarle dinero a su tío.

– ¿Quieres oírla otra vez? – le preguntó Barry.

– Ya es suficiente por ahora. Te llamaré después de haber hablado con el agente Heflin.

– Muy bien. Cambio y corto – bromeó su amigo.

Mace marcó luego el número de su casa y esperó a que contestara Jewel.

– Pásame a Nicole.

– No hasta que me lo pidas por favor, hermanito.

– ¿Desde cuándo te has aficionado a los buenos modales?

– Es que estoy aprendiendo de Nicole. Me gusta, Mace. Tiene una teoría muy interesante sobre cómo controlar los pequeños detalles de

la vida, como por ejemplo ser bien educada y...

– Pásamela de una vez. Por favor.

A lo lejos oyó el ruido de un reactor. Era el avión del FBI, que se acercaba desde el norte.

– ¿Hola? – inquirió Nicole.

– Necesito los nombres de todos los conocidos que tenga Joey por la zona.

– ¿Otra vez? Joey es un solitario, y yo no conozco a sus amigos.

El reactor se estaba acercando. Antes de que aterrizaran los federales, a Mace le habría gustado poder contar con una pista mínimamente sólida. O al menos con una posible lista de sospechosos.

– ¿Qué hay de su agenda?

– Tiene una electrónica que nunca usa. Creo que guarda toda su información personal en su apartamento de Denver. Esa es su dirección formal.

El reactor ya había aterrizado y se dirigía hacia el hangar.

– ¡Piensa, Nicole!

– Mira, quizá esto pueda ayudarte... Una vez, cuando estaba posando para él, Joey recibió una llamada. Recogió un cuaderno de dibujos azul del mostrador donde guarda todas sus pinturas y escribió algo en la parte interior de la cubierta.

– Bien. Menos es nada.

– Mace, he tenido otro contacto con Joey. Hace un momento.

– Lo sé. He escuchado la grabación – se preguntó si habría notado algo extraño en la actitud de Joey –. ¿Qué te pareció?

– Estaba enfadado. Porque yo lo traicioné.

Mace sospechaba que era precisamente al revés. Joey la estaba utilizando a ella.

– Los federales ya están aquí. Te veré pronto.

Guardándose su móvil, Mace se dirigió hacia la pista y se presentó al agente especial Luke Heflin. Mediría uno noventa, al igual que Mace, y probablemente pesaría algo más. En vez del típico traje negro de las fuerzas federales, llevaba unos pantalones beige y un suéter de lana. Lo acompañaban otros cuatro agentes que se hallaban ocupados en descargar el sofisticado equipo del avión.

—Si quieren, puedo llevarlos a la cabaña Wentworth —se ofreció Mace.

—No será necesario, *sheriff*. Hemos alquilado una furgoneta en la Pensión Lodge. Esa será nuestra base de operaciones.

Obviamente nunca habían visto la pensión. Estaba en un destartado edificio casi tan antiguo como la excéntrica anciana que lo regentaba, Libby Tynsdale. Heflin miró su reloj.

—La furgoneta llegará de un momento a otro.

Mace no tenía ganas de explicarle que el turismo era un negocio ciertamente ruinoso en Elkhorn, y que Libby jamás había sentido la necesidad de agasajar a sus huéspedes, en su mayoría cazadores y pescadores.

—Mientras tanto, puedo ponerlos al tanto de las investigaciones.

—Aquí no —Heflin lanzó una mirada cargada de sospecha a los curiosos que se arremolinaban en el hangar—. Hablaremos en su vehículo.

Una vez sentado al volante de su todoterreno, Mace se volvió hacia Heflin, que había cerrado la ventanilla. El agente fue el primero en hablar.

—Ante todo, dejemos una cosa clara, *sheriff*. Su manera de operar puede que funcione bien en su distrito, pero no es en absoluto apropiada para la situación actual. Esta es una operación del FBI y contamos con una inmensa experiencia en secuestros.

—Tengo entendido que su proporción de éxitos en rescate de

rehenes ronda el sesenta y cinco por ciento de los casos.

– Ya le había dicho yo que éramos muy eficaces.

– Eso dígaselo al treinta y cinco por ciento de asesinados –replicó Mace–. Mire, no quiero discutir con usted. Le propongo que trabajemos juntos y coordinemos nuestros esfuerzos.

– Siempre y cuando entienda que este caso entra dentro de nuestra jurisdicción –repuso Heflin–. He revisado sus antecedentes antes de venir aquí. Mientras estuvo en la policía de Denver, se hizo famoso por vulnerar las normas. Incluso lo amonestaron tres veces por insubordinación. Yo no quiero ningún problema.

– Pues no dé motivos para ello –sus buenas intenciones de establecer una cordial relación con Heflin se estaban evaporando–. ¿Quiere que le hable de los contactos que hemos estado manteniendo con los secuestradores?

– Sí. Y también querré un informe por escrito.

Mace le relató todo lo sucedido durante la noche anterior. Cuando le estaba contando que había salido detrás de Nicole, Heflin lo interrumpió:

– ¿Me está diciendo que los secuestradores allanaron su casa para dejar esa nota?

– Forzaron una puerta lateral.

– Esos tipos son profesionales. Están acostumbrados a entrar en casas, instalar micrófonos... Y usan un móvil imposible de rastrear.

Mace le informó de la persecución de los secuestradores, en plena noche.

– Conseguí el número de matrícula. Pertenece a un coche que resultó destrozado en un accidente.

– ¿Qué hay acerca del dueño? Puede ser una pista.

– Murió en el accidente.

– Y la matrícula fue a parar al mercado negro. Típico de

profesionales. Ahora hábleme de esa tal Nicole Ferris. ¿Sabe que tiene antecedentes delictivos?

—Sí, pero sólo como menor de edad —aunque estaba seguro de que Nicole seguía ocultándole algo, no estaba dispuesto a entregarla en manos de aquel tipo—. Ahora es una ciudadana respetable. Trabaja de camarera en el Café Elkhorn.

—Quiero interrogarla —declaró Heflin—. Inmediatamente después de que hayamos analizado la cabaña.

La vetusta furgoneta de Libby Tynsdale apareció de pronto y se detuvo frente al hangar haciendo por lo menos tanto ruido como el reactor. Cuando Heflin leyó el logo de la Pensión Elkhorn en un lateral, soltó una exclamación.

—¡Oh, no!

—Parece que ya ha llegado su vehículo —comentó Mace con tono zumbón.

La propia Libby bajó de la caravana y se plantó con gesto decidido frente al agente especial.

—Si ustedes son los tipos del FBI, será mejor que se den prisa. Tengo que hacer otro viaje.

—¡Oh, no! —repitió Van Heflin.

—Bienvenido a Elkhorn.

Llevándose el móvil, Nicole siguió a Jewel a las cuadras. El largo edificio de paredes encaladas con seis pesebres a cada lado, estaba inmaculadamente limpio. El olor mezclado de heno, cuero y caballo, no resultaba del todo desagradable.

Todas las puertas de los pesebres estaban abiertas, y Nicole se asomó a una de ellas.

—¿Dónde están los caballos?

—Pastando. Hace un día estupendo para que estén fuera.

Cuando Jewel abrió el portón que comunicaba con los pastos, un burro pequeño y rechoncho se le acercó trotando, dispuesto a reclamar su atención. Nicole se echó a reír.

– Es adorable...

– Creo que es tan tonto que se cree un perro. Si le dejara, se me sentaría en el regazo. Me sigue a todas partes. Mira – señaló el cercado que se extendía entre las cuadras y el granero –, esas son mis bellezas.

Aunque Nicole sabía muy poco de caballos, podía apreciar la hermosura de los cinco purasangres árabes. Parecían fuertes, sanos, casi orgullosos.

– Sí, que son bonitos...

– Y exigen mucho trabajo.

– Yo puedo ayudarte. Dime lo que hay que hacer.

Jewel le señaló unas altas botas de goma y una chaqueta de trabajo, que estaba colgada en un rincón. Nicole se dedicó con entusiasmo a las tareas encomendadas. Siempre había sido fuerte y resistente. Además, el trabajo de camarera solía ser bastante duro. Disfrutó trabajando al aire libre, ejercitando los músculos. Cualquier actividad era preferible, a quedarse sin hacer nada, esperando a que volvieran a llamar los secuestradores.

Cuando se sentó a descansar un momento, el burrito se le acercó y se la quedó mirando con expresión curiosa, enhiestas las orejas. Cuando fue a acariciarlo, se apartó.

– No te asustes. No te haré daño...

Pero el animal se alejó. Todavía no estaba preparado para hacerse amigo suyo. Nicole se dijo que esa parecía ser la historia de su vida. Siempre era la forastera del pueblo de turno, siempre estaba en marcha, de paso, huyendo. Le habría gustado establecerse allí, en Elkhorn, y trabajar al aire libre en un rancho en vez de en una triste cafetería...

Mace irrumpió en aquel momento en las cuadras como un huracán. No llevaba su Stetson ni su chaqueta de piel de borrego. Vestido con su uniforme de *sheriff*, resultaba aún más intimidante. Fruncía el ceño con expresión rabiosa, los labios convertidos en una fina línea.

Sin siquiera saludarla, le quitó el móvil de la mano y lo lanzó contra el suelo, haciéndolo añicos.

—Ya no necesitaremos más esto. Los federales recibirán todas las llamadas.

—Pero no pueden... —protestó Nicole, levantándose—. Joey quiere hablar conmigo.

—Pues no tiene otro remedio. El agente Heflin está al mando.

Y se puso a pasear furioso de un lado a otro, como una fiera enjaulada.

—Hay demasiado amor propio involucrado en esta investigación —masculló—. Heflin quiere demostrar algo. Me está tratando como si fuera su chico de los recados.

Nicole no quería verlo así. Sabía perfectamente que los ataques de furia no conducían a ningún lado. La cólera siempre había terminado volviéndose contra ella. Presa de un involuntario terror, gritó:

—¡Para quieto!

Mace se detuvo en seco, mirándola con un brillo de rabia en los ojos. Nicole se retrajo, cohibida, temerosa de que fuera a golpearla. Cerrando los ojos con fuerza, se cubrió el rostro con las manos.

—Perdona —se apresuró a disculparse—. Nicole, no tengas miedo... De mí no tienes nada que temer...

Ella quería creerlo, pero había escuchado demasiadas veces esas mismas palabras. Aunque bajó las manos, el corazón seguía latiéndole acelerado. Estaba asustada. El instinto le decía que debía alejarse de él...



De repente, apareció Jewel, corriendo.

—¿Qué pasa aquí? —miró a Nicole, preocupada—. Mace, ¿qué le has hecho?

—Nada. Estaba furioso.

—Ya... —miró el móvil destrozado en el suelo—. Has tenido otra rabieta, ¿eh? ¡Qué maduro eres!

Mace seguía con la mirada fija en Nicole. Aunque se había calmado bastante, todavía podía sentir la furia latente en su mirada, presta a aflorar en cualquier momento.

—Confía en mí —le pidió—. Por favor...

—Lo intentaré —respondió, concentrándose en controlar su respiración.

Mace se volvió hacia su hermana.

—Jewel, ¿quieres disculparnos un segundo?

—Está bien —no muy convencida, se dirigió hacia la puerta—. Pero si oigo gritos, te verás en problemas, hermanito.

Una vez a solas con él, Nicole se estremeció. Hacía apenas unos minutos se había sentido tan contenta, disfrutando del ejercicio físico... Ahora, en cambio, estaba a punto de estallar en sollozos. ¿Cuándo terminaría aquello? ¿Cuándo podría su vida ser algo más que puro terror?

—No era mi intención asustarte —le dijo Mace con tono suave—. Me había olvidado de tu pasado... Te estaba tratando como a Jewel. O como a cualquiera de mis compañeros.

Irónicamente, ese era precisamente el tipo de relación que Nicole ansiaba. Los verdaderos amigos eran libres de decirse cualquier cosa. Cuando existía confianza, no había necesidad de mantener un rígido control.

—No pasa nada.

Mace se sentó en una bala de heno. Estaba deprimido, apesadumbrado.

–He cometido muchos errores durante estos últimos días, pero este es el peor de todos. No puedo aspirar a saber todo lo que has pasado, Nicole. Pero tengo la impresión de que ha habido algo más aparte de maltrato físico.

–Tienes razón – admitió en voz baja.

–He entrado aquí loco de rabia. Debiste de pensar que iba a desahogar esa violencia contigo –la miró con expresión triste, cansada–. Yo jamás te haría daño, Nicole. Jamás.

–De acuerdo, Mace –tragó saliva. El nudo de pánico había empezado a aflojarse–. Tranquilo. Acepto tus disculpas.

–En el futuro tendré más cuidado.

Mace ansiaba estrecharla en sus brazos y reconfortarla, pero sabía que ese comportamiento se correspondía demasiado bien con el clásico patrón de los abusos. Primero venía el maltrato, luego las disculpas. Por último, la reconciliación. Si la hubiera rescatado de otra persona, habría tenido derecho a tocarla. Pero en aquel caso, él era el mal tratador involuntario, y no importaba que no hubiera llegado a hacerle daño. Nicole había temido y esperado, que se comportara de manera violenta, y esa simple suposición lo convertía en culpable.

Nunca olvidaría su expresión cuando se ocultó la cara para protegerse. Se sentía como un auténtico canalla.

–Bueno – Nicole forzó una sonrisa –, ¿qué es eso de que es el FBI quien recibe las llamadas de Joey?

–Han instalado su base de operaciones en la Pensión Elkhorn. Para su desgracia, claro. Libby Tynsdale se encargará de amargarles la vida. Ya han reprogramado los teléfonos. El procedimiento, como lo llaman ellos, es interceptar toda comunicación de los secuestradores.

– ¿Por qué?

–Para poder negociar personalmente.

—Eso es una estupidez —comentó ella—. No hay nada que negociar. Si el tío Blake les entrega el dinero, liberarán a Joey.

—Ese es otro problema. Blake Wentworth está teniendo dificultades para acceder al fondo de herencia de Joey. No tendrá el dinero hasta última hora de hoy. Puede que incluso se retrase hasta mañana.

—¿Y qué pasará con Joey mientras tanto?

—Esperará —respondió—. Todos tendremos que esperar.

Nicole se recogió un mechón de cabello detrás de la oreja. El color había vuelto a su rostro.

—¿No hay nada que podamos hacer?

Mace tenía intención de llevar adelante su propia investigación, aparte de los federales. Aunque aquel tipo de actitud le había valido amonestaciones por insubordinación durante su etapa de inspector de policía en Denver, estaba absolutamente decidido.

Los federales se equivocaban al concentrarse en la búsqueda de los delincuentes profesionales. Mace pensaba que había una conexión mucho más cercana. ¿Cómo si no, se explicaban las huellas tan extrañas de la cabaña? ¿O el robo de los ahorros de Nicole? Para no hablar del extraño comportamiento de Joey.

—Voy a investigar por mi cuenta.

—Déjame ayudarte.

Mace negó con la cabeza.

—No puedo asumir la responsabilidad de que corras más riesgos.

—Eso es cosa mía —replicó mientras se quitaba las botas llenas de barro—. ¿Por dónde empezamos?

—Los federales quieren hablar contigo. Les dije que te llevaría con ellos.

—Tengo una idea... —sonrió, maliciosa—. Podría decirles algo

para distraer su atención. Una pista falsa, por ejemplo.

–No, no. Esto no es una carrera. Todos estamos del mismo lado. Y todos queremos recuperar a Joey sano y salvo. Pero hay una cosa que puedes hacer para ayudarme... Cuando te lleve a la cabaña para el interrogatorio, procura mantener a Heflin ocupado mientras yo echo una mirada al estudio de Joey.

–Para ver si puedes encontrar el cuaderno de bocetos donde tomaba sus notas –adivinó Nicole.

–Efectivamente. Y asegúrate de recoger más ropa cuando pases por la cabaña. Te quedarás una temporada con nosotros.

–Aprecio vuestra hospitalidad.

Aquella frase de agradecimiento tan formal y educada, no pudo menos que divertirlo. Hacía apenas unos segundos se había declarado dispuesta a engañar al FBI.

–Cuando quieras nos vamos.

–Déjame despedirme de tu hermana.

Y salió del establo, cargada de energía.

Mace reflexionó sobre los muchos contrastes del comportamiento de Nicole. Era una superviviente, y a la vez una víctima. Aunque podía ser muy dura, también era conmovedoramente vulnerable. Era como si tuviera decenas de personalidades distintas. Pero si ese era el caso, ¿cuál era la verdadera?

Minutos después se reunió de nuevo con él.

–Jewel dice que deberíamos comer algo antes de irnos.

Mace miró su reloj. Era casi mediodía. Pensó que a Heflin y a los suyos no les vendría mal un poco más de tiempo para terminar con el análisis científico de la cabaña.

Se dirigieron a la casa. Tan pronto como entraron, Nicole comentó:

–¡Ah, Mace...! ¿Podrías llenar el depósito de mi coche y traerlo

aquí? No me gustaría dejarlo en medio de la carretera...

Su petición parecía tan razonable como inofensiva, pero la conocía demasiado bien. Se había ganado una consumada reputación de fugitiva, y Mace no quería facilitarle ningún medio de escape.

– ¿Para qué necesitas tu coche?

– Acuérdate de que me robaron todos mis ahorros. Necesito volver al trabajo.

– No, hasta que todo esto haya terminado – pronunció con tono firme. Elkhorn ya estaba hirviendo de rumores. Si Nicole aparecía en la cafetería, la prensa amarilla no tardaría en empezar a acosarla—. Queremos guardar la máxima discreción sobre este asunto.

– Pero no puedo dejar mi coche en mitad de la carretera... Es un peligro para el tráfico. Lo único que necesito son unos cuantos litros de gasolina.

– Dame las llaves y yo me encargaré de que te lo recoja uno de los agentes – sabía que no podía negarle el uso de su propio vehículo—. Escúchame bien, Nicole. Ni se te ocurra escapar de nuevo.

– Confía en mí.

Y abanicó las pestañas en un exagerado despliegue de falsa inocencia.

## Capítulo 7

«No huiré». Nicole se repitió mentalmente esa frase una y otra vez, como un mantra. Le debía a Joey quedarse en Elkhorn y satisfacer las exigencias de los secuestradores.

«No huiré». A un nivel práctico, sabía que si intentaba escapar sin permiso del FBI, acabarían encontrándola y deteniéndola. Además, le había prometido a Mace que no huiría. Esa parecía ser la razón más importante de todas. No quería decepcionarlo.

Pero en aquel momento, mientras se dirigían hacia la cabaña en el todoterreno de Mace, sentía unas ganas enormes de escapar. Estaba a punto de conocer al agente especial Heflin. No era una cita muy divertida. Nicole iba a necesitar de toda su capacidad de control para soportar aquel interrogatorio. Tenía que convencer a Heflin de que ella no era una sospechosa. Y al mismo tiempo ocultarle lo de su matrimonio con Derek.

Se preguntó si sería ese el encuentro más difícil con el que se había enfrentado nunca. Haciendo memoria, recordaba otra situación semejante, que le exigió un férreo autodomínio. Era una cena formal a la que había asistido con Derek, uno de aquellos eventos que siempre le habían resultado tan incómodos. Las otras mujeres solían mirarla como si fuera la típica esposa trofeo, y sus maridos como si fuera un apetitoso plato de comida. Nicole no había querido ir en esa particular ocasión, pero Derek había insistido. Le había recalcado que ese era su trabajo. La razón por la que se había casado con ella.

Antes de salir de casa. Derek le había puesto un collar de diamantes. Nicole recordaba haberse mirado al espejo mientras, a su espalda, su marido se lo abrochaba. Parecía una princesa. Para su sorpresa, cuando terminó, le apretó el cuello con una mano mientras

le susurraba al oído:

– Eres mía, Nicole. Nunca te olvides de que me perteneces.

Y la apretó con mayor fuerza. Esforzándose por respirar, Nicole asintió con la cabeza.

– Esta noche me concederán un premio. Si me avergüenzas en público, te castigaré como te mereces.

La soltó. Nicole se enjugó las lágrimas de los ojos, procurando no correrse el maquillaje.

– Te sentirás orgullosa de mí, Derek.

Durante la velada, su comportamiento fue absolutamente impecable. Durante cuatro largas horas, mantuvo la cabeza bien alta y la sonrisa fija en los labios. Incluso bailó con su marido. Nada en su actitud logró traslucir lo que sentía por dentro. En aquel instante, en el todoterreno de Mace, se prometió repetir aquella misma actuación.

Cuando Mace aparcó a cierta distancia de la cabaña, vio dos camionetas, varios metros de cinta amarilla para acordonamiento y un par de tipos con impermeables negros con las letras FBI a la espalda.

– ¿Qué están haciendo? – le preguntó Nicole.

– Sacando muestras de las rodadas de neumáticos. Es una pérdida de tiempo. Ya les dije que los secuestradores tenían un jeep Wagoneer, negro o azul oscuro.

– No me gusta que estén aquí.

– A mí tampoco. Vamos.

Bajaron del coche. Mace le apretó cariñosamente una mano, como para infundirle fuerzas.

– No estarás sola, Nicole. No consentiré que te intimiden.

Creía en sus palabras. Por primera vez en su vida, tenía a alguien a su lado, para protegerla.

– Yo también te echaré a ti un ojo – bromeó.

—Tú sólo intenta mantenerlo ocupado el tiempo suficiente para que pueda echar un vistazo al estudio. Quiero encontrar ese cuaderno azul donde Joey apuntó los teléfonos.

Mientras la guiaba por entre los pinos hacia la entrada de la cabaña, Mace se sintió como si la estuviera arrastrando a la guarida de un león. Pero le había prometido que la protegería. Y estaba decidido a cumplir su promesa.

En aquel instante, sin embargo, Nicole no parecía necesitar ninguna protección. Mantenía los hombros erguidos y la cabeza bien alta, como si fuera a comerse el mundo. Qué hermosa era... Jamás antes había conocido a una mujer así.

Una vez dentro de la cabaña, se dirigió directamente a ver a Heflin. Le estrechó la mano, presentándose a sí misma.

—Agente Heflin, ¿ha recibido alguna nueva llamada de los secuestradores?

—Ese asunto no es de su incumbencia, señorita Ferris.

—¿Han resuelto los problemas que tenía el tío de Joey para conseguir el dinero del rescate?

—Le repito que eso no es de...

—¿Entonces qué han estado haciendo?

Desdeñosa, miró el desorden reinante en la cabaña y el enorme despliegue de equipos científicos.

—Usted no está en condiciones de hacer preguntas. Se supone que las preguntas las hago yo.

—Muy bien —puso de pie una mecedora que había sido volcada, la limpió de polvo y se sentó—. Adelante. Pregunte.

—En caso de que no se haya dado cuenta, es usted sospechosa, señorita Ferris.

—¿Por qué?



– Vivía con Joey. Conocía sus costumbres. Pudo haber preparado su secuestro.

– Cualquiera pudo haberlo hecho –intervino Mace—. Además, Nicole no estaba en la cabaña cuando Joey fue secuestrado. Estaba en la cafetería, trabajando y viendo el partido de Los Broncos. Perdieron, por cierto. Veinticuatro a dieciséis.

Heflin le lanzó una mirada irritada antes de volverse de nuevo hacia Nicole.

– Usted vino aquí y contaminó a propósito la escena del crimen.

– ¿Porque me cambié de ropa? –le espetó, indignada.

– ¿Por qué rompió la ventanilla del cuarto de baño?

– Yo no fui –alzó los ojos al cielo, impaciente—. ¿Sabe una cosa? Yo no soy tan estúpida como para romper una ventana por el lado equivocado.

– Veo que se cree muy lista –repuso Heflin—. Tal vez lo suficiente para haber planificado con todo detalle la desaparición de su compañero de casa...

– Otra vez con lo mismo... Mire, si hubiera sido yo, tenga por seguro que habría pedido mucho más dinero por su rescate.

Mace frunció el ceño. Aquella actitud tan insolente iba a provocar una reacción aún más agresiva por parte de Heflin. La intimidación era la técnica preferida de los interrogatorios del FBI.

– ¿Cuánto?

– Diez millones.

– ¿Por qué?

Nicole sonrió.

– ¿Y por qué no?

Heflin se inclinó entonces sobre ella, agarrándole la mecedora e interrumpiendo su balanceo.

— Anoche se escapó usted de la casa del *sheriff* para entrevistarse con los secuestradores. Colaboró con ellos. Quieren que sea usted quien les entregue el dinero. Creo que es usted culpable, señorita Ferris.

— ¿Acaso es un crimen preocuparse por lo que le suceda a mi compañero de casa?

— Sí, lo es inducirlo, y ayudar a realizarlo. El secuestro es un crimen muy grave. Pasará una buena temporada en una prisión federal.

— ¿Ha terminado? — inquirió Nicole, con voz tranquila.

— Ni siquiera he empezado.

— Exactamente... — miró su reloj—. ¿Cuánto tiempo más le llevará demostrar lo muy hombre que es?

El rostro de Heflin se congestionó de ira. Seguía aferrando los brazos de la mecedora. Los nudillos se le habían puesto blancos. Mace se sintió obligado a intervenir.

— Agente Heflin, quizá le apetezca un vaso de agua...

— No estoy hablando con usted, *sheriff*.

— Esta zona del país tiene una altitud extrema. Veo que está jadeando. No me gustaría que sufriera un ataque cardíaco.

El agente especial se volvió hacia él con la rapidez de un resorte.

— ¿No se le ocurre otra manera de interrumpir un interrogatorio?

— Ah, ¿pero se trata de un interrogatorio formal? No veo ninguna grabadora funcionando. Y tampoco está tomando notas.

— Yo trabajo a mi manera — señaló la cocina —. Venga conmigo.

Los equipos de policía científica habían estado trabajando a fondo en la cocina. Sobre el mostrador había un gran aparato negro conectado a la línea telefónica, a la espera de registrar la próxima llamada de los secuestradores.

—Creo que es mejor que Nicole hable directamente con los secuestradores —le dijo Mace, una vez que estuvieron solos—. Se entiende muy bien con Joey. Son amigos.

—Francamente, *sheriff*, no me importa lo que usted piense. La investigación la dirijo yo —cruzó los brazos sobre el pecho, ceñudo—. En el interrogatorio de Nicole, para que lo sepa, estoy utilizando técnicas psicológicas muy complejas de obtención de información.

Mace se rió para sus adentros.

—¿De veras?

—Primero, quiero dejarle muy claro a esa mujer quién es el que manda aquí. ¿Sabía que de niña se escapó del hogar familiar? Probablemente padeció maltratos.

—Por tanto, su estrategia consiste en aterrorizarla.

—Haré lo que sea con tal de conseguir la información —afirmó Heflin.

—¿Incluso maltratarla? —le espetó Mace, asqueado. O Heflin era un imbécil redomado o un canalla—. Espero fervientemente que esos métodos tan complejos no incluyan hacer daño a una testigo.

—Ya le he dicho que haré todo lo que sea necesario.

—No, en mi jurisdicción.

—Este es mi caso, *sheriff*. Manténgase al margen.

—Se lo advierto, agente Heflin. Si le pone la mano encima a Nicole, se acordará toda la vida.

—¿Se puede saber de qué parte está usted?

—De la justicia.

Mace se recordó que ante todo, si había ido a la cabaña había sido para buscar el cuaderno de Joey. No había esperado toparse con un grado tan extremo de estupidez. Salió de la cocina para reunirse con Nicole.

—Me ausentaré un rato para que el agente Heflin pueda interrogarte —le apretó cariñosamente un brazo, con gesto reconfortante—. Pero si pasa cualquier cosa... Da un grito.

Le sonrió, agradecida.

—¿Sabes? Me alegro de que estés aquí.

—Y yo.

Dejándola a solas con Heflin, fue al estudio y cerró la puerta a su espalda. Nicole le había dicho que el cuaderno de bocetos estaba en el mostrador que había debajo de un ventanal.

Entre cajas de carboncillos y tubos de pintura, encontró varios cuadernos azules de variados tamaños y formas. Hojeó el más pequeño, lleno de dibujos. Era el tercero el que tenía apuntados unos números de teléfono en la cubierta.

Sabía que su obligación era informar inmediatamente a los federales, pero no le importó. «¡Al diablo con ellos!», exclamó para sus adentros. Arrancó la cubierta, la dobló y se la metió en el bolsillo interior de la cazadora.

Tal vez hubiera otras pistas en el estudio. Quizá Joey hubiera revelado sus planes, de manera inconsciente en sus pinturas. Aunque ya había tomado varias fotografías digitales de sus trabajos, nunca estaría de más examinar directamente las obras.

Sacudiendo la cabeza, contempló la pintura de Nicole. No sabía mucho sobre arte, pero sospechaba que la intención de Joey había sido contrastar el delicado rostro angelical de la retratada... Con sus demonios interiores. Era un tema muy común, casi tópico. Muchas fábulas de la tribu Ute versaban sobre la capacidad de la hermosura para disimular el mal.

Pero en aquella pintura también había rabia, y odio. El detalle de la piel arrancada de los hombros resultaba sencillamente cruel. Tanto si era consciente de ello como si no, Nicole tenía que haber hecho algo

para ganarse la ira de Joey. El tratamiento artístico de las figuras del fondo de paisaje era igualmente expresivo. Mace se acercó para examinar de cerca la figura de una especie de diablo. Su rostro le recordaba a alguien... Se llamaba Don Blackbird y vivía al sudoeste de Elkhorn, en la pequeña población de Las Ranas.

Merecería la pena hacerle una visita para pedirle su opinión sobre Joey, el artista.

Cuando Mace regresó al salón de la cabaña, el rostro de Heflin seguía ruborizado de ira. Por contraste, el de Nicole reflejaba una tranquilidad absoluta, ignorando el fajo de documentos que el agente esgrimía delante de su nariz.

—Según estos informes, usted pasó varias temporadas en su vida sin trabajar. ¿Cómo se mantenía a sí misma?

—Soy camarera. Pude haber trabajado de manera informal, en lugares de los que no se conserva ningún registro escrito.

—No informé de sus ingresos. Cometió usted fraude tributario.

—Quizá me fui de vacaciones.

—¿Quién podría testificarlo? Quiero nombres —exigió Heflin—. Nombres de familiares, de amigos.

—Mi padre adoptivo vive en San Francisco. No lo he vuelto a ver desde que tenía dieciséis años. No tengo más parientes.

—Quiero nombres —repitió Heflin.

Nicole citó tres, con sus números de teléfono. Dos vivían en San Francisco, el tercero era de Phoenix.

—No sé si han cambiado de número. No suelo mantenerme en contacto con ellos.

—Antes de venirse aquí, con Joey, ¿dónde trabajaba en Denver?

—En un restaurante que terminó arruinándose —soltó un suspiro impaciente—. ¿Por qué no va directamente al grano, agente Heflin? Usted quiere saber si estoy asociada con conocidos criminales. La

respuesta es no. Jamás he estado involucrada con ese tipo de gente. Y menos aún desde que llegué a Elkhorn.

—Volvamos a la noche del delito... Vuelva a contármelo todo desde que su coche se quedó sin gasolina.

Mientras Nicole desgranaba su relato, Mace se preguntó por qué Heflin no habría insistido más sobre su vida en Denver. Estaba claro que Nicole eludía las preguntas al respecto. Aunque dudaba que su huida del hogar familiar tuviera algo que ver con el secuestro de Joey, sentía una gran curiosidad por conocer más detalles. Algo le había pasado en Denver, y esa era posiblemente una de las claves que explicaban su compleja personalidad. Aquella extraña mezcla de modales aristocráticos y conocimiento de las mañas del mundo marginal.

—¿Algo más? —inquirió con tono inocente, cuando terminó de contarle lo sucedido a Heflin, entrelazando las manos sobre el regazo.

—Cuénteme otra vez lo que pasó anoche, cuando se encontró con los secuestradores.

—Sólo vi a Joey. Me dijo que los secuestradores querían que fuese yo quien les entregara el rescate.

—Eso no va a suceder —estalló Heflin—. No consentiré que ponga usted sus bonitas manos sobre ese dinero.

—Si no seguimos sus instrucciones, los secuestradores podrían hacer daño a Joey. Y probablemente a mí también.

—Podría ponerla bajo custodia.

—No es necesario —se levantó rápidamente de la mecedora—. Tengo intención de quedarme con la hermana de Mace.

Mace aprovechó aquel momento para intervenir:

—Es el lugar más seguro de todo el pueblo. Tengo agentes vigilando todas las entradas.

—Pero anoche entró alguien... —le recordó Heflin.

—He tomado precauciones —le informó Mace con tono frío—. El rancho es perfectamente seguro.

—Antes le advertí, *sheriff*, que se mantuviera al margen —pronunció Heflin, avanzando pesadamente hacia él—. Si sigue metiendo las narices en este asunto, haré que lo echen del cuerpo.

«¿Tú y cuántos más?», lo desafió en silencio. Tuvo que contar hasta diez antes de hablar. En su situación, debía tener cuidado.

—Sólo estoy intentando ayudar. Ahora que ya ha visto las comodidades de la Pensión Elkhorn, tendrá que convenir conmigo en que no es el recinto más adecuado para proteger a alguien.

—La Pensión Elkhorn... —masculló el agente—. Ese lugar es asqueroso...

—Y supongo que tampoco querrá malgastar la cualificación de sus especialistas en labores rutinarias de vigilancia.

—Sería mejor trasladar nuestra base de operaciones a esta cabaña.

—Si lo hace, no querrá que Nicole ocupe uno de los dormitorios —Mace se volvió hacia ella—. Recoge tus cosas. Nos vamos al rancho.

Mientras Nicole entraba en su dormitorio, Mace casi sintió una punzada de compasión por el agente Heflin. Había esperado un lujoso alojamiento de montaña, y en lugar de ello se alojaba en la pensión de Libby Tynsdale, famosa por sus pésimas condiciones. Para colmo, Nicole no se había dejado intimidar tan fácilmente como había esperado. Y los secuestradores no habían vuelto a llamar.

El agente se dejó caer con gesto cansino en la mecedora.

—Esa mujer está involucrada en esto, *sheriff*. No sé muy bien cómo. Pero es una sospechosa.

—No la perderé de vista —le prometió Mace—. Tiene mi número de teléfono, en caso de que necesite algo.

Nicole salió apresurada del dormitorio con un hato de ropa bajo el brazo y una bolsa de deporte que no se había molestado en cerrar. Su

prisa por escapar de Heflin y de sus preguntas resultaba demasiado obvia. Se dirigió directamente hacia la puerta.

– Adiós, agente Heflin.

– ¡Espere! –el agente se levantó de la mecedora, en un poco entusiasta intento por restablecer su autoridad—. No se le ocurra marcharse del pueblo, señorita Ferris...



## Capítulo 8

Nicole caminaba entre los árboles hacia el todoterreno de Mace. Se sentía inmensamente aliviada. No se había asustado, ni se había puesto nerviosa, ni furiosa. No había cometido ni un solo fallo.

Mace le abrió la puerta y ella se sentó con su bolsa de deporte y su ropa en los brazos, mirándolo con expresión radiante.

–Lo has hecho muy bien –le dijo él–. Puede que tu comentario acerca de la hombría de Heflin no haya sido muy afortunado, pero...

–No se trataba de ganar un concurso de simpatía.

–Desde luego.

Mientras se alejaban de la cabaña, Nicole dejó su bolsa de deporte en el asiento trasero.

–Heflin no me permitirá recibir las llamadas de los secuestradores, ¿verdad?

–Efectivamente.

–Y tampoco me dejará que les entregue el dinero del rescate.

–No tienes la más mínima posibilidad.

–La verdad es que la perspectiva no me gustaba nada...

Se recostó en el asiento, ya más relajada. Por la ventanilla podía ver la inmensa llanura del Oeste, bordeada por lejanas colinas y picos cubiertos de nieve. Un paisaje en el que podría muy fácilmente desaparecer para siempre... A no ser que decidiera quedarse en aquella tierra.

De repente vio que Mace pasaba de largo frente al desvío que llevaba a su rancho.

– Hey, vaquero, ¿adónde vamos?

– A visitar a un demonio.

– ¿Un demonio, has dicho?

– Cuando estuve en el estudio de Joey, descubrí algo curioso en la pintura del cementerio.

– ¿Te refieres a mi retrato como reina de los fantasmas? – se estremeció, deseando olvidar aquella imagen tan horrible.

– Tú no eras la única que salía en ella. Uno de los demonios tenía la cara de alguien que conozco. Se llama Don Blackbird. ¿Te suena de algo?

Nicole pensó por un momento antes de negar con la cabeza. Era un nombre extraño. Si lo hubiera oído, se habría acordado.

– Es un miembro destacado de la tribu Ute. Su padre le ayudó a montar una fábrica de cerámica. Ahora es el dueño de los casinos de juego de la reserva. Creo que sé dónde encontrarlo.

– Así que vamos a hacerle una visita... Para ver lo que sabe sobre Joey.

– Tenía intención de que me acompañaras para ver si podías reconocerlo – se llevó una mano al bolsillo interior de la cazadora y sacó la cubierta del cuaderno azul –. Echa un vistazo a estos nombres y números. Quizá alguno te resulte familiar.

Concentrándose intensamente, Nicole descifró la difícil escritura de Joey y leyó algunos nombres.

– Hay un George y un Mark. Y un Jimbo.

– ¿Algún prefijo telefónico?

– Unos son de Denver y otros de aquí. ¿Qué vas a hacer con esos nombres?

– Se los pasaré a Barry. Intentará averiguar si tienen antecedentes delictivos.

— ¿No deberías entregárselos a los federales?

— Ese sería el procedimiento correcto.

Su expresión quedaba disimulada detrás de las gafas oscuras.

— ¿Y por qué no lo estás siguiendo?

— Digamos que tengo una teoría distinta de la de Heflin. Él cree que el secuestro fue obra de profesionales. Yo no.

Nicole lo comprendía perfectamente. Desde el comienzo mismo de la investigación, Mace siempre pensó que Joey había participado de alguna manera en el delito. Y al parecer, en ese momento estaba decidido a probar su hipótesis.

— ¿Sabes? Me alegro de que estés investigando por tu propia cuenta.

— No tengo nada que perder, aparte de mi orgullo. Y todo que ganar.

— El lema de Mace —bromeó Nicole—. Nunca has vacilado a la hora de romper las reglas, ¿verdad?

— Mira quién ha hablado.

Casi soltó una carcajada en voz alta. Juntos, formaban una curiosa pareja de rebeldes. Se sintió inmensamente reconfortada. Mace confiaba lo suficiente en ella, como para compartir su investigación.

— Háblame de la rama Ute de tu familia.

— Mi madre era medio Ute. Nunca conocí a mi abuela, pero mi abuelo era Charlie Brook, un orfebre que vivía en la reseña. Yo lo llamaba Tata Charlie.

— ¿Fue él quien te hizo el collar?

Mace se tocó el diminuto oso de plata que llevaba al cuello.

— Es un tótem. Me lo regaló después de una asamblea, cuando participé en la Danza del Oso.

— ¡Ah, ya! Aquella en la que los chicos sacan a bailar a las chicas —

recordó Nicole.

—Es algo más profundo que eso. Una especie de rito de iniciación. El oso te da fortaleza.

—Y protección —apuntó ella, pensando en la fiereza con que los osos protegen a sus crías—. Muy apropiado en tu caso.

Se preguntó cómo habría sido la vida de Mace, con un pie en cada mundo: El de la reserva y el de los blancos. Su piel cobriza y sus ojos negros eran rasgos demasiado evidentes. ¿Se habría sentido solo? ¿Marginado incluso?

—De niño... ¿Sufriste algún tipo de discriminación?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Lo siento —se apresuró a disculparse—. No pretendía ofenderte...

—No lo has hecho —se volvió para mirarla—. Tu pregunta tiene algo de... Íntima. Como la que podría hacer una chica en su primera cita.

—O como la de un *sheriff* en un interrogatorio —replicó ella—. Simplemente me parecía justo que supiera algo de ti. Al fin y al cabo, tú lo sabes todo de mí.

—¿De veras? —inquirió con tono escéptico.

Era una indirecta. Pero Nicole no estaba dispuesta a volver de nuevo sobre eso.

—Hasta que me vine a Elkhorn, siempre viví en grandes ciudades. Jamás conocí a nadie como tú, o como Jewel.

—Jewel y yo somos unos privilegiados. Nuestro origen mixto jamás fue un problema, porque nuestro padre era un gran admirador de la cultura Ute. Él nos animó a conocer y a frecuentar a nuestra familia de la reserva. En el rancho jugábamos a ser cowboys. Y en la reserva a indios.

—Háblame de tu madre.

– Es muy inteligente –sonrió–. Las indias, las squaw, como las llaman ellos, disfrutan de un estatus especial entre los Ute. Son ellas las que mantienen vivos los pueblos y quienes contribuyen a su prosperidad.

– ¿Mientras los hombres están fuera, cazando? – sugirió Nicole.

– O pintándose la cara antes de partir para la batalla –replicó sarcástico, antes de echar hacia atrás la cabeza y soltar el característico grito de guerra –: ¡Yi-yi-yi-yi!

Lo miró, sorprendida. Era la segunda vez que abandonaba su habitual pose de hombre controlado, reservado. La primera fue en las cuadras de su rancho, cuando tuvo aquel ataque de ira, que tanto la asustó. En aquel instante en cambio, estaba riendo, rebosante de fuerza y energía.

– Hazlo otra vez – le pidió.

– Si me acompañas tú.

– Yo no puedo.

– Gallina.

Espoleada por su desafío, Nicole imitó su grito:

– ¡Yi-yi-yi-yi!

Estallaron en carcajadas. Pensó que aquel viaje en coche estaba empezando a parecerse peligrosamente a una cita. Su primera cita.

– ¿Lo ves? Esta es la explicación más sencilla de lo que significa ser Ute. No tiene nada que ver con las imágenes de tipis y tocados de plumas de los libros de texto. Es la libertad de ser tú mismo. Ser Ute es mi identidad, mi herencia, mi tribu.

Nicole reflexionó sobre lo muy diferente que era la vida de Mace de la suya. Ella casi no había tenido familia, ni una mano que la guiase durante su infancia y adolescencia. Mace había contado con una tribu entera. O mejor dicho, dos tribus. La de los rancheros y el pueblo de la reserva.

— ¿Por qué dejaste Elkhorn para irte a Denver?

— Fue como una prueba — respondió —. Necesitaba irme lejos para descubrir realmente lo que tenía aquí.

Una vez más, se quedó admirada del abismo de diferencias que los separaba. Ella no estaba arraigada en sitio alguno, era como una hoja al viento.

— Y ahora que ya sabes que perteneces a este lugar, ¿te volverías a marchar de nuevo?

— Claro. Pero probablemente volvería siempre.

Mace aminoró la velocidad para tomar el desvío de Las Ranas. Pasaron por delante de unas cuantas casas destartadas y atravesaron la pequeña población en pocos minutos. Nada más pasar un semáforo, Mace aparcó a la puerta de una taberna. El edificio de madera, de dos pisos, tenía un porche cubierto a cuya sombra descansaban dos ancianos. A su lado había un perro dormitando. Nicole leyó el letrero de la puerta: *Café expreso. Cerveza. Soda. Gusanos para cebo.*

— Ni se te ocurra pedir café — le advirtió Mace.

— Yo pensaba tomar una taza de gusanos — bromeó ella.

— Tampoco te lo aconsejo.

El sol de la tarde entraba por los ventanales, derramándose sobre el añejo suelo de tablas. Un puñado de clientes ocupaban sus asientos frente a la larga barra y en las mesas.

Mace la llevó a una mesa desde la que podía verse el aparcamiento. La camarera, una joven rubia, no tardó en acercárseles.

— ¡*Sheriff* Mace! — exclamó —. ¡Cuánto tiempo!

Mace se la presentó. Daisy le estrechó la mano con fuerza.

— Yo te conozco... ¿Del Café Elkhorn?

— En efecto — respondió Nicole.

—Jamás se me olvida una cara — Daisy se volvió hacia Mace —. ¿Es tu nueva novia?

Mace se recostó en su silla, quitándose las gafas y sonriendo.

— Tal vez...

Nicole tragó saliva. Apenas podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Ciertamente aquella visita se estaba pareciendo más a una cita que a una investigación.

— Bien — aprobó Daisy —. Ya va siendo hora de que sientes la cabeza y te cases de una vez.

¿Casarse? Nicole se había quedado estupefacta. Esperaba que Mace pusiera fin a aquel absurdo equívoco. Pero cuando se atrevió a mirarlo, se encontró con su mirada. La estaba contemplando en silencio, con expresión tranquila. Todo lo contrario que ella...

— Cuando toméis la gran decisión, dejad que yo me encargue del catering — se ofreció Daisy, divertida —. Os montaré la mejor fiesta que se ha celebrado jamás en el condado Sterling.

— Hablas igual que tu madre, Daisy — le comentó él, sonriendo.

— ¡No me digas eso! Mamá es una metomentodo. Yo sólo soy una persona curiosa...

Nicole se dijo que necesitaba acabar con aquel rumor antes de que creciera para extenderse por todo el condado. Las consecuencias podían ser imprevisibles.

— Daisy, Mace y yo en absoluto estamos considerando la posibilidad de casarnos — declaró, muy seria.

— Pero estáis juntos.

Nicole se ruborizó.

— Esto no es una cita. Ni siquiera nos hemos besado.

— Bueno, eso podría cambiar en cualquier momento — repuso ella.

— ¿Qué quieres decir?

—Yo creo que es obvio.

Daisy tomó a Mace del brazo y lo obligó a levantarse. Lo mismo hizo con Nicole, hasta colocarlos frente a frente.

—Adelante —la urgió—. Bésalo.

¿Qué diablos estaba pasando? Mientras miraba a Mace, la tensión de aquel momento se incrementó hasta hacerse insoportable. Por su mente desfilaron recuerdos de anteriores relaciones. Aún no había superado lo de Derek. Aunque las huellas físicas de su maltrato habían desaparecido, todavía no se hallaba preparada para confiar en otro hombre. Ni siquiera en Mace. Ni siquiera para darle un simple beso.

—No. No voy a besarlo.

—Como quieras. Yo sé de un montón de mujeres que soltarían hasta cien dólares por estar en tu pellejo ahora mismo.

Mace no dijo nada. Estaba esperando a que diera el primer paso. Él nunca presionaba, ni exigía. No estaba en su carácter.

De repente, Nicole pensó que estaba montando un escándalo por nada. ¿Qué daño podía hacerle besarlo? Su relación no tenía ninguna posibilidad de convertirse en... En una verdadera relación.

Nicole se puso de puntillas con la intención de darle un leve y rápido beso en los labios. Pero cuando saboreó su boca, se entretuvo durante demasiado tiempo...

Mace, a su vez, deslizó los brazos por la cintura, abrazándola delicadamente pero con firmeza. El calor de su cuerpo parecía incendiarle la piel. Se estaba excitando...

Hasta que el beso terminó. De pronto Nicole fue consciente de que los clientes de la taberna les estaban silbando. Se ruborizó de nuevo. Se sentía avergonzada, pero al mismo tiempo contenta, de buen humor.

—Sabía que los dos estabais hechos el uno para el otro —



pronunció Daisy, satisfecha—. Mace necesita una mujer que le haga frente.

Y ella necesitaba un hombre que hiciera frente al mundo... Por ella. Alguien que pudiera ayudarla incondicionalmente. En las profundidades de sus ojos oscuros podía ver reflejada su fuerza, y su cariño... ¿Era Mace el hombre que necesitaba? Volvió a sentarse en su silla, sin atreverse a concebir esperanzas.

Demasiados sueños había tenido y demasiadas decepciones se había llevado. No podría soportar otro desengaño.

—Y ahora... —continuó Daisy—. ¿Os apetece una taza de café? Invita la casa.

—No, café no —se apresuró a objetar Mace—. Mejor una soda de naranja.

Se sentó de nuevo. Nicole se lo quedó mirando, y en voz baja, le preguntó:

—¿Cómo es que ha sucedido todo esto? No entiendo nada.

—Yo tampoco.

Ojalá hubiera podido explicárselo. Mace no había planeado en absoluto besarla. Excusas tenía. Podía decirle que no había querido presentarla como una testigo, y que resultaba más fácil fingir que estaban saliendo. Pero esa insustancial racionalización no explicaba por qué le había devuelto el beso.

La verdad era muy sencilla. Quería besarla. Era algo que había deseado desde el primer momento que la vio.

—Me siento un poco estúpida —le confesó.

—Yo también.

Era como si se le hubiese enredado la lengua. Obviamente, llevaba demasiado tiempo sin salir con una mujer.

—No lamento haberte besado —le explicó Nicole—. Pero no volverá a suceder.

– Si cambias de idea... Me tendrás esperando.

– ¿Y si tardo semanas?

– Esperaré de todos modos.

– ¿Y si me marchase mañana?

– Entonces nunca sabremos cómo podría haber sido.

Contempló su rostro de rasgos finos, perfectos. Un leve rubor teñía sus mejillas. El fascinante brillo de sus ojos azules se parecía al brillo del sol en el mar. Estaba sonriendo.

Cuando Daisy volvió con sus bebidas, Mace procuró concentrarse en la investigación.

– Estoy buscando a Don Blackbird. ¿Lo has visto hoy por aquí?

– Se marchó hace poco, pero volverá. Será mejor que lo esperes. Os traeré unas patatas fritas con salsa.

Se retiró rápidamente, rebosando energía. Mace soltó un suspiro exasperado mientras la observaba.

– Daisy es un verdadero tornado. Casi no te deja hablar.

– ¿Qué es lo que sabes de ella? – le preguntó Nicole.

– La taberna pertenece a sus padres. Daisy siempre quiso hacerse cargo del negocio, desde que era niña. Lo de la máquina de café expreso fue idea suya.

– ¿Es cierto que jamás se olvida de una cara?

– Tampoco se le escapa un nombre.

– Quizá conozca a Joey.

A Mace no se le había ocurrido esa posibilidad. Cuando volvió con sus patatas, se lo preguntó.

– Ando detrás de Joey Wentworth. ¿Lo conoces?

– ¿El tipo al que secuestraron?

Mace no se molestó en pedirle que le dijera cómo se había

enterado.

– ¿Lo has visto alguna vez?

– No estoy muy segura... ¿Podéis describírmelo?

– Mide uno ochenta – pronunció Nicole –. Pelo castaño, greñado. Sonrisa bobalicona. Y siempre lleva la ropa y las manos manchadas de pintura.

– ¡Ah, el artista...! Claro que lo conozco. Solía montar su caballete en el cementerio de Boot Hill.

– ¿Lo has visto durante los últimos días? – le preguntó Mace.

– No – frunció el ceño, sacudiendo la cabeza –. No puedo creer que lo hayan secuestrado. Jamás me imaginé que pudiera ser rico.

– Daisy, me sería de gran ayuda que alguien que hubiera visto a Joey durante los últimos días se pusiera en contacto conmigo...

– Tranquilo. Correré la voz.

Todavía sacudiendo la cabeza, se retiró hacia la barra. Allí se puso a hablar con un cliente, que a su vez transmitió la información a alguien más. Mace contemplaba satisfecho la escena. Los federales podían tener el equipo más sofisticado del mundo, pero en aquel condado los rumores corrían con la rapidez del rayo.

– Increíble – exclamó Nicole, asistiendo al mismo fenómeno –. Acabas de implicar a todo el condado en tu investigación.

– Quizá tengamos suerte y alguien haya visto a los secuestradores.

– Me temo que yo no tendré tanta suerte con el otro rumor. Para cuando volvamos al rancho, Jewel ya estará eligiendo las flores de mi ramo de novia.

– No te creas. Para entonces ya estarán diciendo que estás embarazada de gemelos.

Nicole se echó a reír.

– Jamás me había sucedido algo así. Siempre había sido un

personaje anónimo.

—Pues ya no lo eres —replicó—. Has pasado a ser toda una celebridad en el condado.

Poco después, Mace vio entrar a Don Blackbird en la taberna y le hizo señas para que se acercara a su mesa. Era un hombre grande y fornido, de la misma complexión que los secuestradores que se habían cubierto con los pasamontañas. Mace dudaba, sin embargo, que hubiera participado en el secuestro de Joey. Sus negocios en los casinos de la reserva le reportaban sus buenos ingresos, más que suficiente para vivir.

Una vez hechas las presentaciones, Blackbird miró a Nicole con expresión ceñuda.

—La conozco de las pinturas. Joey decía que usted era su mujer.

—Sólo somos compañeros de casa.

—Joey me dijo que quería desnudarla para que posase para él. Y pintar además sobre su cuerpo.

Nicole alzó los ojos al cielo.

—Joey tenía demasiada imaginación. Jamás he posado desnuda para él.

Mace se volvió hacia Don.

—Reconocí tu rostro en una de las pinturas de Joey. ¿Posaste tú desnudo?

—¿Yo? ¿Posar desnudo para un tipo? —se estremeció de asco—. Yo no soy de esos...

El cerco de suciedad que Mace podía distinguir en el cuello de su camisa, indicaba a las claras que Don Blackbird no solía quitarse la ropa a menudo... Ni siquiera para bañarse.

—Pero Joey y tú erais amigos.

—En realidad no. A él le gustaba hablar de almas en pena en el cementerio. Los llamaba zombies.

Nicole asintió.

—La primera vez que vi a Joey fue en un cementerio. Estaba obsesionado con la muerte desde que sus padres murieron en un accidente de avión, en las afueras de Aspen.

—Cierto —afirmó Don—. Joey es huérfano.

—¿Qué más puedes decirme sobre él? —le preguntó Mace.

—No mucho. Dejé que me pintara. Sólo la cara. A veces lo veía en los casinos.

—Era jugador.

—Mal jugador. Se había metido en el mundo de las timbas de póquer privadas y debía mucho dinero.

—¿Cuánto?

—Miles. Quizá mil, o veinte mil dólares.

Mace habría preferido escuchar que Joey debía cientos de miles. Una deuda tan astronómica habría justificado sobradamente que planificase su propio secuestro.

—¿Alguien llegó a amenazar a Joey?

—¿Con secuestrarlo, quieres decir? —Don se inclinó sobre la mesa, muy serio—. Escucha. Mace, yo no tomé parte en todo eso. A lo mejor sospechas de mí, pero te aseguro que a mí jamás se me habría ocurrido participar en un secuestro.

—¿Por qué habría de sospechar de ti?

—Por las pinturas. Conozco a Joey, es verdad. Pero eso es todo.

—Dime quién más lo conoce.

—No soy un chivato.

Mace habría podido detenerlo en aquel mismo momento, pero sabía que con eso no conseguiría nada.

—¿Se te ocurre alguna forma de ayudarme a encontrar a Joey?

–No.

Mace creía en su palabra. La única información válida que le había suministrado era que Joey tenía apuros económicos.

–Si te enteras de algo, ya sabes dónde localizarme.

–Descuida, Mace.

Se levantó, y saludando a Nicole con una inclinación de cabeza, abandonó el bar.

Cuando Mace se volvió de nuevo hacia Nicole, advirtió que se había quedado pálida. Inmóvil como una estatua, estaba mirando el aparcamiento por la ventana. Parecía como si estuviese viendo a un fantasma.

## Capítulo 9

Estaba viendo a Derek. Allí estaba, en el aparcamiento de la puerta de la taberna, caminando hacia un Sedán oscuro con los cristales tintados. Nicole reconocía su cazadora de cuero Armani, sus anchos hombros, la calva incipiente en su cabello castaño.

Sin volverse hacia ella, subió al coche y cerró la puerta. No lo había visto con claridad, no le había visto la cara, pero sabía que era él. Nadie más podía inspirarle un terror semejante. No podía respirar. El pulso se le había quedado muerto.

Se quedó mirando fijamente el coche mientras se alejaba. Al fin se había ido. ¿Lo había visto realmente? La razón le decía que Derek no podía haber estado allí. Era imposible que se hubiera desplazado a un lugar como Las Ranas.

— ¿Nicole?

Al oír la voz de Mace, regresó a la realidad, pero al principio fue incapaz de pronunciar palabra.

— Nicole, ¿te encuentras bien?

Se obligó a respirar profundamente. El corazón había empezado a latirle de nuevo.

— Sí, estoy bien.

Se le había quedado la boca seca. Cuando tomó el vaso de soda, le temblaba tanto la mano que era incapaz de acercárselo a los labios.

— Has visto algo — adivinó Mace, cubriéndole la mano con la suya —. ¿A Joey?

— No.

—Mírame, Nicole.

Alzó la mirada. Una sincera y conmovedora preocupación oscurecía sus rasgos. Fue entonces cuando comprendió por qué había evocado aquella imagen de Derek. Aquella visión del hombre que tanto la había maltratado era una especie de mensaje subconsciente. Nicole jamás debía olvidar que no estaba destinada a tener una relación normal, saludable... Ni siquiera con un *sheriff* que parecía encarnar todo un ideal de hombre bueno y de confianza. Para ella no existían los finales felices...

—Creo haber visto a alguien —le confesó—. Alguien de mi pasado.

—¿Quién?

—No importa, porque no estaba realmente allí. Lo imaginé. Sé que parece una tontería. Hay una palabra en psicología para esto.

—Paranoia.

—Eso es —intentó fingir un gesto de indiferencia—. Soy una paranoica.

—Tú no estás paranoica, Nicole. Estás teniendo una reacción natural a una situación de alto estrés.

¿Pero entonces por qué no había sentido aquel estrés antes? Durante el trayecto hasta Las Ranas, había disfrutado enormemente de la conversación con Mace. Sólo después de que se besaran había tenido aquella visión de Derek.

—Esa persona imaginada... No era Joey, ¿verdad?

—No. Joey no me da miedo.

—Quizá sí debería dártelo.

Nicole sacudió la cabeza. El pánico había empezado a desaparecer. Cuanto más hablaba, mejor se sentía. Todo marcharía bien, siempre y cuando recordara que jamás debía aspirar a tener una relación sana, normal.



– Escucha, Mace, sé que tu teoría es que Joey planificó su propio secuestro. Pero yo no me la creo.

– Acabamos de enterarnos por Don Blackbird de que Joey tenía deudas de juego. Ese podría ser un buen móvil.

– Diez o veinte mil dólares no merecen que alguien se arriesgue a decenas de años de cárcel. Pudo haber conseguido el dinero a través de su tío Blake.

– ¿Y si Blake se lo negó?

Daisy apareció en aquel preciso momento.

– ¡Vaya, os dejo solos y os tomáis de la mano! Acordaos de que me habéis reservado el catering.

Nicole soltó la mano de Mace. Nada de boda. Nada de relaciones. Tomó su vaso de soda y lo apuró de un trago.

– ¿Queréis algo más? – les preguntó Daisy –. Es casi la hora de cenar.

– Tenemos que marcharnos – dijo él –. Gracias por todo.

Y se levantó, dejando un billete de veinte sobre la mesa. Daisy se merecía una buena propina. Si no hubiera sido tan curiosa e impulsiva, jamás habría besado a Nicole. Un instante que jamás olvidaría.

La ayudó a ponerse la parka roja, colocándole la larga trenza. Le encantaba tocar aquel cabello tan suave, tan fino... Algún día se lo destrenzaría para hundir los dedos en su melena de seda...

– ¿Vamos a volver al rancho? – le preguntó ella.

– Antes quiero pasar por Boot Hill, para hacerme una idea de lo que pintaba Joey.

Cuando la guió hacia la salida con una mano en la espalda, Nicole dio un respingo como si quisiera evitar su contacto. Su actitud había cambiado por completo. Se había vuelto reservada, temerosa.

Lo que había visto afuera la había conmovido terriblemente. De hecho, la había dejado aterrada. Mace había percibido el temblor de sus dedos fríos.

Una vez en el todoterreno, se comunicó por radio con la oficina, por si se había recibido alguna noticia sobre el secuestro. A continuación informó a Nicole:

– Los secuestradores no han vuelto a llamar. Y se supone que Blake Wentworth no llegará hasta mañana.

– ¿Ha conseguido el dinero del rescate?

– Lo tendrá hacia las ocho de la mañana. No sé si lo conseguirá del fondo de herencia de Joey o de la indemnización de la compañía de seguros. Pero traerá el efectivo.

– Bien. Espero que esta pesadilla termine pronto.

«¿Y entonces qué?», se preguntó Mace. ¿Se marcharía del pueblo?

– Espero que para cuando se haya cerrado la investigación... Sigas aquí – le confesó.

– ¿Por qué?

– Porque me gustaría llegar a conocerte mejor.

– Lo mismo digo, pero... – se interrumpió.

– Piensa en ello. No te pido más.

Salió de la carretera principal para tomar otra secundaria, que se extendía por una llanura desierta. El cementerio de Boot Hill se encontraba entre Elkhorn y Las Ranas, en un pequeño cerro sobre un riachuelo que permanecía seco durante la mayor parte del año.

Mientras aparcaba y salía del coche, alzó la mirada al cielo incendiado de tonos rojos y dorados. En Octubre atardecía ya mucho antes.

– Démonos prisa. No quiero quedarme aquí cuando oscurezca.

– Háblame de Boot Hill.

Se reunió con él, disfrutando también de la vista.

– Antiguamente, la gente solía enterrar a sus muertos en sus ranchos o en sus granjas. Boot Hill era para la gente del pueblo que no poseía tierra propia. O para aquellos que carecían de familia o amigos. Probablemente durante más de setenta años, no han vuelto a enterrar a nadie aquí – señaló un barranco cercano –. Este sitio es doblemente sagrado. Se supone que un jefe Ute está enterrado justo allí.

– ¿Los Ute tenían cementerios sagrados?

La llevó por el puente de madera que cruzaba el arroyo seco.

– Claro. Mi tribu cree en la inmortalidad. Después de la muerte, dos espíritus combaten por el alma del difunto. El espíritu bueno suele ganar, y el muerto es bienvenido en las fértiles praderas de caza. Cuando gana el malo, el alma del difunto es condenada a vagar sin descanso por la tierra.

– Un alma en pena. Un zombie, como dijo Don Blackbird.

Mace subió los gastados escalones que llevaban a la verja de entrada. En el extremo más alejado del pequeño campo santo, las ramas desnudas de dos añejos álamos se recortaban contra el cielo del atardecer. Un frío viento azotaba las lápidas. No le gustaba aquel lugar. Se dijo que nada bueno podía suceder allí...

– ¿Por qué querría Joey pintar un cementerio?

– Supongo que porque le gustan – respondió Nicole –. Es un lugar tranquilo, sereno.

Se agachó para leer la inscripción de una lápida. Casi sin pensar, arrancó un puñado de hierbas para limpiarla de hojas a modo de escoba. Luego hizo lo mismo con la siguiente.

– ¿Qué estás haciendo? – le preguntó Mace.

– Honrando a los difuntos. Me entristece ver las tumbas tan descuidadas. ¿Sabes? Si yo hubiera muerto hace cien años, ahora

mismo estaría descansando en Boot Hill.

Mace la entendió perfectamente. Nicole no tenía familia, ni amigos, ni propiedades...

– Pero no habrías estado sola. Hace cien años, una mujer joven y saludable como tú no se habría quedado soltera.

– ¿Y si hubiese escogido precisamente eso, permanecer soltera?

– En cualquier caso, habrías tenido miles de pretendientes llamando a tu puerta. Uno de ellos quizá habría logrado convencerte.

– ¿Miles de pretendientes, eh? – apartándose de él, se acercó a una tumba singularmente descuidada—. Mira esta. Sola y abandonada. Los muertos viven en los recuerdos de sus seres queridos. Yo pienso en mis padres cada día. Eso los mantiene vivos.

Vagó sin rumbo entre las lápidas, leyendo los nombres y las fechas. Su parka roja y su melena rubia eran las únicas notas de color en aquel paisaje gris, yerto. Mace sintió el impulso de sacarla de allí y llevarla a un lugar lleno de vida, donde pudiera florecer, crecer, ser feliz. Llevaba dentro la semilla, en su interior. Pero sabía que Nicole solamente florecería cuando estuviera preparada para ello.

Mace paseó por el perímetro del cementerio, intentando localizar la perspectiva que Joey había utilizado para pintarlo en su cuadro. En una esquina, los arbustos y las hierbas estaban tronchados, rotos. En el suelo había un tubo vacío de pintura acrílica.

Sí, era allí donde se había instalado con su caballete. Se colocó en aquel preciso lugar. ¿En qué habría estado pensando? Tal vez, como Nicole, había encontrado cierta paz en aquel campo santo. Sin embargo, sus pinturas reflejaban rabia y violencia, como si hubiera convocado sus demonios y fantasmas.

De repente se le erizó el vello de la nuca. No era una persona supersticiosa, pero tenía un mal presentimiento. Y todo debido a aquel lugar. Sonó el móvil que llevaba en la cazadora y se apresuró a contestar. Era Heflin. Parecía furioso.

– Hemos recibido una llamada de los secuestradores.

– ¿Consiguieron localizarla? – preguntó Mace.

– Colgaron demasiado pronto para que pudiéramos triangular la posición. Pero se encuentran en esta zona –masculló Heflin—. Dijeron que solamente querían hablar con Nicole.

No le extrañaba que estuviera tan enfadado. El agente especial le había dejado muy claro que era él quien se encargaba de las negociaciones.

– Puedo llevarla a la cabaña en media hora – le propuso Mace.

– No se moleste. La próxima llamada será mañana, a las diez, con instrucciones para la entrega del dinero del rescate.

– Estaré allí con Nicole.

– Francamente, *sheriff*, no confío en esa mujer. Hay demasiados cabos sueltos en todo esto. Ella no tiene familia, ni amigos. Es como si hubiera aterrizado en Elkhorn procedente de otro planeta.

Mace observó a Nicole mientras se le acercaba. Tenía la cabeza ladeada, como si le estuviera haciendo una tácita pregunta. Su mirada era seria, solemne.

– De otro planeta... – repitió Mace—. ¿Esa es su teoría? ¿Que Joey fue secuestrado por extraterrestres?

– Tal vez. Mi equipo científico no ha sacado nada en claro. No hay más huellas dactilares en la cabaña que las de Joey y Nicole. Y huellas de pisadas tampoco.

Mace extrajo la conclusión lógica.

– Los secuestradores no entraron en la cabaña.

– Si me permite, *sheriff*, eso es un tanto ingenuo por su parte. Esos tipos son profesionales. Llevaban guantes y suelas protectoras en los zapatos. Quizá incluso trajes plásticos. Nos las estamos viendo con una banda que utiliza métodos realmente sofisticados.

Mace no estaba dispuesto a discutir con él, pero resultaba más que obvio que los destrozos de la cabaña, incluido el robo del dinero de Joey, habían sido obra de Joey. Él había diseñado y preparado la escena del crimen, con la intención de hacerles creer que lo habían secuestrado.

– Lo veré mañana por la mañana.

– Sí, y lleve a Nicole con usted.

Mace desconectó la llamada. Nicole se había detenido frente a él y lo miraba con expresión preocupada.

– ¿Era Heflin?

– Ha recibido una llamada de los secuestradores. Parece que solamente quieren hablar contigo.

– ¿Por qué? – soltó un gruñido de disgusto—. ¿Qué es lo que quieren de mí?

Mace hizo recuento de los datos que ya sabían.

– Veamos... Están seguros de que no eres una poli. Saben que aprecias a Joey y que te preocupas por él. Esperan que hagas todo lo posible para rescatarlo sano y salvo.

Pero mientras hablaba, otro motivo empezaba a cobrar forma en su mente. Si Joey lo había planeado todo, tal vez tuviera una agenda propia... Algún tipo de venganza contra Nicole que pensaba ejecutar. No le gustaba nada aquella posibilidad. El comportamiento de Joey era un factor de imprevisión. Y representaba una gran amenaza para Nicole.

– No es justo – comentó ella, mientras se dirigía hacia la salida.

– Estoy de acuerdo contigo. No deberías entregar el dinero del rescate.

– Podría negarme a tomar parte en todo esto – se detuvo ante la verja. Luego, lentamente, se volvió para contemplar las tumbas de Boot Hill –. Pero no puedo abandonar a Joey.

Mace no podía menos que admirar su lealtad. A pesar de su insistencia en que estaba sola en el mundo, Nicole era la mejor persona que cualquiera podría desear como amiga.

Después de una tranquila y agradable cena en el rancho en compañía de Mace y de Jewel, Nicole se retiró a su dormitorio. De pie frente a la ventana, se dedicó a reflexionar sobre las opciones que le quedaban. Aparcado delante de la casa estaba su Ford Escort azul, con el depósito lleno. Por desgracia, había dos agentes de guardia con un coche patrulla bloqueando el sendero de entrada.

No había escapatoria. Estaba atrapada allí aquella noche. Y al día siguiente por la mañana tendría que enfrentarse con los secuestradores para entregarles el dinero, corriendo un grave peligro. Todavía vestida, se sentó en el borde de la cama. Sus nervios estaban tan tensos como cables de acero. Demasiado para poder dormir.

Posó la mirada, en el pequeño retrato de boda de sus padres que había sacado de la cabaña. Ojalá hubieran estado allí para protegerla y defenderla... Pero no. Estaba sola. Y paranoica. Recogió el diario encuadernado en piel, donde había dejado constancia de los últimos días que había pasado con su madre.

Repartidas entre sus propias anotaciones, había otras de su puño y letra.

De repente llamaron suavemente a la puerta, y Jewel asomó la cabeza.

– ¿Tienes todo lo que necesitas para la noche?

– Sí. Sois muy hospitalarios. Os agradezco de verdad que me hayáis permitido quedarme aquí.

– ¿Preocupada por lo de mañana?

– Estoy tan nerviosa como un pavo la víspera de una Nochebuena.

– ¿Quieres que te haga compañía?

– Si no tienes otra cosa que hacer...

—Ya he terminado con los caballos —Jewel entró en el dormitorio y se sentó frente al pequeño escritorio. Con la cabeza señaló el libro que Nicole tenía en las manos—. ¿Releyendo tu diario?

—Tengo memorizada cada página. Lo empecé cuando mi madre sufrió un ataque al corazón y no podía hablar. Siempre tuve la sensación de que prolongó su agonía porque quería decirme algo, darme un consejo —bajó la mirada al diario—. Esta es una de las cosas que me dijo: «*Nunca temas pedir ayuda, y procura estar siempre dispuesta a devolverla*».

Jewel esbozó una sonrisa tan cálida como comprensiva.

—Tu madre debía de ser una mujer muy sabia.

—Escucha esta otra: «*Nunca te cases por dinero*».

Soltó una amarga carcajada. Ciertamente no había seguido aquel consejo. Derek había sido rico como un príncipe... Un príncipe de las tinieblas.

—Mi madre también era así —comentó Jewel—. Me daba un montón de consejos acerca de los hombres. Y yo no seguí ninguno.

—¿Nunca te casaste?

—Estuve muy cerca un par de veces, pero... Preferí mis caballos.

Nicole se echó a reír.

—Mi madre hablaba por experiencia. Ella misma cometió algunos errores. Fíjate en lo que escribió —volvió a leer—: «*Lo estropeé todo dos veces. Mi marido bueno se me murió. Y el malo me mató a mí*».

—Una reflexión ciertamente pesimista —exclamó Jewel—. Pero en el mundo hay suficientes hombres buenos y honrados. Lo que hay que hacer es ir pelando y agotando todas las capas, como las cebollas.

Durante cerca de una hora estuvieron hablando de hombres, intercambiando historias.

—¿Sabes? —le dijo Nicole, encantada—. Me recuerdas a una amiga de la adolescencia. Mi mejor amiga. Era la única persona con la que



realmente podía hablar. Sin ella, estoy segura de que me habría vuelto loca de soledad...

– ¿Qué le sucedió?

– Se mudó de ciudad, y perdimos el contacto. Gracias por haberme hecho compañía. Gracias a ti, creo que podré dormir esta noche.

Jewel se levantó para darle un cariñoso abrazo.

– Ya sabes que siempre puedes contar conmigo.

Cuando se marchó, Nicole soltó un suspiro. Quizá el mundo no fuera un lugar tan malo, después de todo. Siempre quedaba espacio para la risa, la ternura, los amigos... Se duchó y se puso su camión de franela. Luego se cepilló la melena y se la recogió en lo alto de la cabeza con un pasador. Tan pronto como se acostó, se quedó dormida.

Pero tuvo un sueño intranquilo, perturbador. Estaba corriendo a través de la niebla. La tierra se hundía bajo sus pies, y cada paso representaba un esfuerzo inmenso. No sabía por qué, pero tenía que seguir corriendo, lo más rápido posible. Tenía que escapar. Demonios y almas en pena le pisaban los talones.

Entonces se encontró en Boot Hill. Un cielo de color rojo sangre se adivinaba tras la niebla. Las negras y desnudas ramas de los álamos arañaban el firmamento. Una silueta blanca, casi traslúcida, colgaba de una de sus ramas. No quería acercarse, pero no tenía otro remedio. El viento silbaba entre las ramas cuando alzó la mirada. Era un cadáver ahorcado. Y el rostro era el suyo.

Un grito escapó de su garganta y se incorporó en la cama. Desorientada, escrutó la oscuridad. ¿Dónde estaba? Nada le resultaba familiar. ¿Estaría a salvo?

Palpó el interruptor de la lámpara y la encendió. Una luz tenue bañó la habitación.

Ahora recordaba. Estaba en el dormitorio de invitados del rancho

de Jewel y Mace.

Mace entró en aquel momento, inquieto y preocupado.

– ¿Qué pasa?

– ¡Oh, nada! Sólo era una pesadilla...

Cerró la puerta y caminó descalzo hasta el cuarto de baño. Ya despierta del todo, vio que solamente llevaba puestos los pantalones del pijama.

Volvió del cuarto de baño con un vaso de agua. Con la otra mano sostenía su pistola automática.

– Anda, bebe un poco...

Tomó el vaso con ambas manos y se lo llevó a los labios.

– Lo siento. No quería despertarte.

– Soy yo quien debería pedirte disculpas. No es justo que tengas que pasar por todo esto. ¿Sabes una cosa? No voy a consentir que te expongas a hablar con los secuestradores, para entregarles el dinero. Ese es mi trabajo.

– ¿De veras?

– Puedes apostar lo –se sentó en el borde de la cama–. No permitiré que corras peligro alguno.

– Pero Joey...

– Los secuestradores quieren dinero. No hay ninguna necesidad de que te aterricen. Es una crueldad gratuita –un brillo de preocupación asomó a sus ojos–. ¿Quieres contarme tu pesadilla?

– ¡Oh, no tiene importancia! Es tan absurda...

– Aun así, siempre es bueno hablar sobre ello. En cuanto me la cuentes, se te olvidará.

Nicole tomó otro sorbo de agua.

– Alguien me perseguía... Quizá una de esas almas en pena...

– Continúa.

– Estaba en Boot Hill – nuevamente el miedo empezaba a hacer presa en ella. Dejó el vaso sobre la mesilla –. El cielo era rojo, como una herida abierta. Había un cuerpo colgando de la rama de un árbol. Le vi la cara. Era yo – se estremeció violentamente –. ¡Oh, Dios mío, no quiero morir...!

– Tranquila. Es normal que estés asustada...

La abrazó. Nicole siempre se había enfrentado a sus miedos sola. Le resultaba extraño aceptar su consuelo. Se dejó acunar contra su sólido pecho. Otro temblor sacudió su cuerpo. Las lágrimas habrían sido un alivio, pero estaba demasiado tensa, como si sus emociones no pudieran encontrar un desahogo.

– No permitiré que nadie te haga daño – susurró Mace, acariciándole tiernamente la espalda.

Aunque le parecía una promesa imposible de cumplir, Nicole se aferró a ella. Mace era un hombre fuerte y bueno. La protegería. Durante un buen rato permaneció abrazada a él. Poco a poco sus temores se fueron desvaneciendo y empezó a relajarse.

Se apartó lo suficiente para mirarlo a los ojos.

– Gracias – musitó.

– Estás empezando a confiar en mí – con infinita delicadeza, le apartó el pelo de la cara –. Y me alegro.

– Yo también – repuso ella, admirando el bronceado de su rostro, el dibujo de sus cejas, la sensualidad de sus labios llenos.

De pronto, para su sorpresa, fue consciente de que estaba en la cama con el hombre más atractivo del mundo...

Y de que quería complacerlo, agradarle.

Volvió a tumbarse en la cama, con un brazo sobre la cabeza. El camisón de franela no era precisamente una prenda muy sensual, pero estaba segura de que Mace percibiría al instante el mensaje que le

estaba lanzando.

–Échate a mi lado –le pidió–. Abrázame.

Así lo hizo. Se tumbó encima del edredón; ella estaba debajo. Estrechándola contra su pecho, apoyó la barbilla sobre su cabeza.

Nicole aspiró deleitada su aroma mientras le acariciaba el torso desnudo en lentos círculos, siguiendo el dibujo de sus músculos. Encontró la punta de un pezón.

–Nicole... –su voz era un murmullo bajo, ronco–. ¿Te das cuenta de lo que estás haciendo?

–¡Oh, sí! Has sido muy bueno conmigo, Mace. Quiero hacerte feliz.

Le besó la barbilla. Poco a poco fue acercándose a su boca, hasta que empezó a mordisquearle el labio inferior. A través de la ropa de cama, pudo percibir claramente su excitación.

De repente Mace se apartó, evitando su beso.

–Tú no me debes nada.

–Claro que sí. Has cuidado de mí, me has protegido, me has alojado en tu casa... –cuando lo miró a los ojos, pudo ver cuánto la deseaba–. Esto es lo menos que puedo hacer para compensarte.

–No.

–¿No quieres hacerme el amor?

–Más que nada en el mundo –se apartó hasta quedar sentado en el borde de la cama–. Pero no así. No, como si me estuvieras pagando una deuda.

Nicole no conseguía entenderlo. ¿No era eso lo que querían todos los hombres?.

–¿Es que no me encuentras atractiva?

–Nicole, eres tan bella como un ángel. La mujer más hermosa que he conocido.

– Entonces bésame.

Mace le puso un dedo sobre los labios, acallándola tiernamente.

– Pero quiero algo más que tu cuerpo, Nicole. Algún día, cuando hagamos el amor... Estarás preparada para entregarme tu corazón.

Se inclinó para besarle la frente. Luego se levantó y salió de la habitación.

Nicole se quedó muy quieta, en la cama, a la débil luz de la lámpara. Ningún hombre la había rechazado antes. Y tampoco ningún hombre le había pedido tanto. Quería algo más que simplemente sexo. Quería su corazón. Amor.

La simple pronunciación de aquella palabra, en un susurro, arrancaba un acorde a su corazón, la primera nota de una sinfonía. ¿Sería posible amarlo? Rodó sobre la cama y enterró el rostro en la almohada. ¿Sería capaz algún día de entregarle su corazón?

Tenía húmedas las mejillas. Las lágrimas habían empezado a correr. Era como si las compuertas que contenían una marea de emociones se hubieran abierto de golpe. Años de sentimientos reprimidos. Lloró por la pérdida de sus padres, por su inocencia perdida. Soltó todas las lágrimas que se había negado a derramar durante los años que sufrió maltrato. Sollozó hasta que le dolieron los ojos, hasta que el pozo del llanto se secó, hasta que se quedó dormida.

Al fin su sueño fue dulce y tranquilo.

## Capítulo 10

A la mañana siguiente, Mace se hallaba sentado a la mesa de la cocina, con la mirada clavada en su taza de café. Se había negado a hacer el amor con una diosa. ¿En qué diablos había estado pensando? No se consideraba un hombre singularmente sensible, o delicado. Sobretudo con las mujeres. Con ellas, nunca había sabido pronunciar las palabras adecuadas. Y cuando sus relaciones acababan rompiéndose, como había ocurrido con su matrimonio, no tenía la menor idea de lo que había hecho mal.

La noche anterior había creído hacer lo correcto con Nicole. Por eso no se había abalanzado sobre ella. Maldijo para sus adentros.

—Te veo muy malhumorado esta mañana... —le dijo Jewel—. ¿Cuál es el problema, hermanito?

No estaba dispuesto a sincerarse con su hermana. La conocía demasiado bien.

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza. El secuestro... La entrega del dinero del rescate... Un agente del FBI con el cerebro del tamaño de un guisante...

—¿Qué piensas de Nicole?

—¿Qué quieres decir?

Alzó la mirada, desconfiado.

—Te gusta —pronunció, con un brillo burlón en los ojos.

—Sí, es una buena chica.

—¡Oooh...! Mace tiene novia —esbozó una mueca—. ¿No vas a invitarme a la boda?

– ¿Qué boda?

– La misma de cuyo catering se va a encargar Daisy.

El rumor que surgió en las Ranas ya se había difundido. Ahora tendría que soportar las bromas de su hermana y probablemente del resto de la comunidad.

– Déjalo ya, ¿quieres?

– En serio, Mace. Me gusta Nicole.

– Me voy.

Se levantó de la mesa.

– Hey, siéntate, pedazo de tarugo... – le dejó delante el plato del desayuno –. Necesitas comer algo antes de enfrentarte con el FBI.

El desayuno olía maravillosamente bien. Al final, el hambre se impuso al orgullo. Volvió a sentarse y empezó a comer.

Cuando Nicole entró en la cocina, Mace percibió un sutil cambio en el ambiente. Una especie de ligereza, de calor. ¿Qué era lo que tenía aquella mujer? Sólo la conocía de unos pocos días y ya se le había metido debajo de la piel. Quería llegar a conocerla mejor, descubrir los secretos de su corazón...

– Huele fantástico. Perdona por no haberte ayudado a preparar el desayuno, Jewel. Me he retrasado.

– Vamos, siéntate.

Mientras ocupaba su lugar al otro extremo de la mesa, Mace la miró detenidamente. Parecía fresca y radiante, como si hubiese dormido bien. Se había hecho una trenza perfecta. Tenía un aspecto seguro, confiado.

– Buenos días, Mace.

– Podías haberte quedado en la cama. Ya sabes que no es necesario que me acompañes a la cabaña. Lo que te dije anoche era en serio. Tú no tienes por qué tratar con secuestradores.

— Iré contigo.

Mace habría preferido que se quedara allí, bien protegida por sus agentes.

— ¿Por qué?

— Me he acordado de un consejo que me dio mi madre — pronunció muy seria—. Joey me ayudó cuando no tenía a nadie en quien apoyarme. Ahora yo haré lo mismo por él.

Se mordió la lengua para no espetarle que probablemente Joey estaba implicado en su propio secuestro, y que por tanto no se merecía su lealtad. Pero su resuelta actitud lo obligaba a respetar la decisión.

Jewel le colocó a Nicole el plato delante antes de sentarse.

— Muy bien. Y ahora... Háblame de esa boda que está en perspectiva.

Mace soltó un gruñido. Aquel iba a ser un día tan largo como problemático.

Lo primero que advirtió Mace cuando llegó a la cabaña Wentworth fue el aspecto cansino y descuidado del agente especial Heflin. No se había afeitado. Llevaba la ropa arrugada, como si hubiera dormido vestido. Y murmuraba algo acerca de que resultaba imposible encontrar una taza de café decente.

— Hay una cafetera en la cocina —le informó Nicole—. ¿Quiere que le prepare una taza?

— Sí. Gracias.

Los otros dos agentes la siguieron a la cocina, mientras Heflin se quedaba a conversar con Mace.

— He pensado mucho en ello. No puedo acceder a las demandas de los secuestradores. Nicole no puede hablar con ellos.

— Por mí estupendo —convino Mace—. ¿Ha pensado en las consecuencias?



– ¿Que puedan matar a la víctima? Sí, ya he pensado en eso. Pero si les cedo la iniciativa, llevaré las de perder en las negociaciones...

Mace no envidiaba la posición en que se encontraba. Ni aceptaba tampoco su razonamiento. La situación no era en absoluto negociable, y Heflin lo estaba complicando todo más de lo necesario.

– Me parece que Joey no estaría muy de acuerdo con usted.

– No hay ninguna garantía de que salga con vida, se pague o no el dinero del rescate.

Mace se dijo que ese era precisamente el mayor problema. Si Joey era realmente inocente y no había participado en la preparación de su secuestro, los secuestradores correrían un gran riesgo al soltarlo, porque podría identificarlos.

– Cuando los vi en la carretera, llevaban pasamontañas – explicó –. Quizá lo hayan mantenido encerrado con los ojos vendados.

– Es pintor – le recordó Heflin –. Está entrenado en retener detalles visuales. En cualquier caso, quiero controlar el proceso de entrega del dinero, para asegurarnos de que Joey sea liberado una vez realizada la transacción.

– Ya. ¿Con qué medios cuenta?

– Hay un helicóptero esperando en el aeropuerto. Y patrullas preparadas para la persecución.

De repente se abrió la puerta de la cabaña y entró un hombre de pelo cano, elegantemente vestido.

– Blake Wentworth – se presentó directamente, sin preámbulos. Lo dijo casi como esperando impresionarlos con su nombre. Arrastraba una aparatosa maleta de lienzo, con ruedas –. Traigo el dinero.

Una vez que Heflin y Mace se presentaron a su vez, Wentworth inquirió:

– ¿Dónde está la chica?

Nicole salió de la cocina. Mace se sonrió al ver que había retomado la altitud fría y altiva que tanto había irritado al agente del FBI.

–Hola, señor Wentworth. Encantada de conocerlo.

–La chica de la pintura... –pronunció—. Eres una mujer muy atractiva, querida. Ahora entiendo por qué mi sobrino venía tanto a Elkhorn.

–Joey y yo somos simplemente amigos.

–Vamos, Nicole –Blake esbozó una mueca—. Todos sabemos que Joey y tú vivís juntos. Vas detrás de la herencia, ¿verdad?

Ella no reaccionó, pero Mace sí.

–Cállese, Blake.

–¿Perdón?

Se volvió para mirarlo con frialdad.

–No hay ninguna necesidad de que la insulte. Si no le importa, tenemos cosas importantes que hablar antes de que los secuestradores vuelvan a llamar.

–¿Cómo cuáles? –su irritación era evidente. No le gustaba que un simple *sheriff* de pueblo lo llamara al orden—. La cosa está muy clara: Pagamos el rescate y ellos sueltan a Joey.

–No es tan sencillo –terció Heflin.

Mientras el agente procedía a explicarle las exigencias de los secuestradores y su propia renuencia a aceptarlas, Blake seguía mirando indignado a Mace. Parecían medirse con los ojos, buscando sus respectivos puntos débiles.

–De modo que considero que debería ser yo quien recibiera la llamada –terminó Heflin.

–No sea estúpido –le espetó Blake—. Haremos exactamente lo que nos piden los secuestradores. Nicole recibirá la llamada y seguirá sus instrucciones.

– Con el debido respeto...

– Puede que Joey sea un desastre de persona, pero es mi sobrino y no quiero que le pase nada. Lo haremos a mi manera.

– Yo soy quien tiene el mando de la operación – le recordó Heflin –. La jurisdicción de este asunto pertenece al FBI.

– Me parece bien, siempre y cuando sigan las instrucciones de los secuestradores – empezó a desabrocharse su abrigo de pelo de camello –. Petróleos Wentworth opera en países del Tercer Mundo, donde los secuestros de trabajadores nuestros son frecuentes. Según mi experiencia, siempre es mejor hacer lo que dice esa gente.

– Según la mía, no.

– Es mi dinero. Así que mando yo.

Mace se desentendió de la discusión para acercarse a Nicole.

– ¿Estás bien?

– Puedo soportarlo – respondió en voz baja –. Aunque, la verdad, detesto estar del mismo lado que Blake.

En aquel instante sonó el teléfono. Todo el mundo se quedó en silencio.

– Adelante – le dijo Mace a Nicole –. Contesta.

Mientras levantaba el aparato, los otros dos agentes corrieron a sentarse frente a sus pantallas. Uno de ellos le susurró:

– Entreténgalo todo lo posible.

– ¿Diga?

– Hola, Nicole – la voz sonaba distorsionada, alterada a propósito. No era Joey –. ¿Tienes el dinero?

– Sí – intentó pensar en algo para prolongar la conversación –, creo que está todo aquí, pero quizá debería...

– Recoge el dinero y sube al coche de Joey. En la guantera encontrarás un móvil. Te daré las instrucciones por teléfono.

– ¿Podría repetírmelo?

– Si alguien te sigue, Joey morirá. Y lo mismo si se te ocurre llevar un micrófono. Nada de helicópteros ni de vigilancia electrónica.

– No estoy muy segura de lo que quiere decir... – Nicole estaba intentando ganar tiempo –. Por favor, repítamelo todo.

– Vamos. Muévete.

Y cortó la comunicación.

Heflin se acercó a uno de los agentes que había rastreado la llamada.

– ¿Lo has localizado?

– Lo siento. Era el mismo teléfono móvil. Están en la zona, pero ignoramos la situación exacta.

– Vamos – exclamó Blake –. Ya los ha oído.

– No tan rápido. Hay que preparar toda una logística de seguimiento.

Mientras los hombres se aplicaban a la tarea, Nicole se sentó en el sofá, temblando. Temía haber tomado la decisión equivocada al aceptar entregar el dinero del rescate. Si cometía el más mínimo error, matarían a Joey. Y ella correría el mismo peligro.

Mace le puso una mano en el hombro.

– No te preocupes. Yo te acompañaré.

Sintió una oleada de alivio. Estuvo a punto de lanzarse a sus brazos. Hasta que recordó las intenciones de los secuestradores.

– No puedes acompañarme. Ya los has oído. Nada de vigilancia.

– No dijeron nada de que tuvieras que ir sola en el coche – se volvió hacia Heflin –. Supongo que habrá peinado la zona en busca de micrófonos y cámaras de videovigilancia. Los secuestradores no estarán observando la cabaña.

– Le doy una absoluta seguridad al respecto – declaró Heflin –.

Tengo varios hombres apostados fuera. Existe la posibilidad de que los secuestradores tengan vigilada la carretera, pero no la cabaña.

— Iré con Nicole. Me tumbaré en el asiento trasero para que no puedan verme.

Blake se le encaró, irritado.

— No intente jugar a los héroes, *sheriff*.

— No tengo que intentarlo, señor. Me sale solo. Es natural.

Nicole disimuló una sonrisa. Mace la protegería.

— Caballeros, no seguiré adelante con esto si él no me acompaña.

— Está bien — aceptó Heflin, y le entregó un diminuto teléfono a Mace —. Use esto para comunicarse conmigo. Y asegúrese de que Joey esté a salvo antes de soltar el dinero.

La cabaña hirvió de actividad. La maleta con el dinero fue cargada en el coche de Joey. Surgió una discusión sobre si debían instalar micrófonos en el vehículo.

Nicole se sentó al volante. Abrió la guantera. Allí estaban las llaves y el móvil. Empezó a sonar.

— Adelante — le dijo Mace, ya instalado en el asiento trasero —. Contesta.

Pulsó el botón de llamada y se lo acercó al oído.

— ¿Diga?

Era la misma voz distorsionada de antes.

— Conduce hasta la primera señal de stop de Elkhorn y gira en Elm Street. Sigue por esa carretera. Volveré a llamarte en quince minutos. Arranca el coche.

Terminada la llamada, dejó el móvil sobre el asiento.

— Mace, tengo miedo...

— Puedes hacerlo — le tomó una mano —. Yo estaré a tu lado. ¿Qué

es lo que te ha dicho?

Nicole le repitió las instrucciones.

– Se supone que tengo que arrancar el coche.

– Vamos.

Conduciendo con cuidado, sorteó los vehículos que estaban aparcados en torno a la cabaña. Sus dedos se tensaban como garfios sobre el volante. Cada célula de su cuerpo parecía vibrar de tensión.

– Lo estás haciendo muy bien – la animó Mace, agazapado en el asiento trasero, sin alzar la cabeza.

– ¿Cómo lo sabes? – le espetó ella –. Desde ahí abajo no puedes ver nada. Podría estar conduciendo ahora mismo en sentido contrario y tú ni te enterarías.

Al oír la carcajada que soltó, una leve sonrisa asomó a sus labios. Se alegraba enormemente de que estuviera allí.

– Ojalá tuviera un periscopio de espía para ver lo que estás haciendo.

– ¿Tienes alguna instrucción concreta que darme?

– Sólo una. Asegúrate de que Joey está a salvo antes de entregarles el dinero. Una vez que lo tengan, ya no tendrán razón alguna para mantenerlo vivo. Pide hablar con él.

Cuando se detuvo ante la primera señal de stop, pudo ver el Café Elkhorn al final de la calle. En un día normal habría estado allí, trabajando tranquilamente, para que la propietaria, Deborah, pudiera tomarse la mañana libre...

– ¿Dónde estamos ahora? – le preguntó Mace.

– En Elm Street. Ya casi hemos pasado las casas. ¿Han pasado ya los quince minutos?

– Aún no.

– Me alegro de que estés aquí. Si hubiera estado sola, me habría

asustado a morir...

–No te confíes. Necesitas permanecer alerta.

–Descuida. Aún estoy muy tensa.

–Todo saldrá bien. Los secuestradores no tienen ningún motivo para hacerte daño.

Nicole rezó para que tuviera razón.

Volvió a sonar el teléfono. Aparcó en el arcén antes de contestar. La voz ya no estaba distorsionada, era normal.

–Gira a la derecha en la carretera 188. Te llamaré en otro cuarto de hora.

Le repitió la información a Mace, que a su vez la transmitió por su móvil. En la carretera 188 tomó un desvío que atravesaba inmensas llanuras desiertas, apenas salpicadas por alguna que otra casa de labor.

Un pensamiento estremecedor la asaltó de pronto.

–Mace, no podrás acompañarme cuando tenga que bajar del coche con el dinero del rescate...

–Ya he pensado en eso. Los secuestradores te ordenaron que no llevaras micrófono alguno. Pero tú llevas un móvil, y yo otro. Antes de que bajes del coche, llama a mi número y deja la comunicación abierta para que pueda escucharlo todo.

Nicole dudaba que pudiera escuchar gran cosa llevando el teléfono en el bolsillo, pero aquello era mejor que nada.

–Ya estoy un poco más tranquila.

–Si quieres, dame el teléfono. Se llevarán la gran sorpresa cuando responda yo.

Reflexionó por un momento. Aunque le habría encantado descargarse de semejante responsabilidad, los secuestradores se habían mostrado suficientemente claros al respecto. Si desoía sus instrucciones, matarían a Joey.

—No, no me arriesgaré a eso. Si a Joey lo matasen por mi culpa... Jamás me lo perdonaría.

—Estoy aquí para protegerte. Tranquilízate.

¿Que se tranquilizara? No podía estar más nerviosa.

—¿A qué velocidad vas? —le preguntó Mace.

Nicole miró el cuentakilómetros. Estaba sobrepasando el límite, sin darse cuenta. Levantó el pie del acelerador.

—¿Cómo sabías que iba demasiado rápido?

—Soy un poli. Los límites de velocidad son mi pan de cada día.

Nicole se echó a reír, sorprendentemente aliviada.

—¿Me estás diciendo que los policías como tú vivís de las multas?

—Cuando no tengo nada que hacer, me escondo a un lado de la carretera y acecho a los conductores confiados... —bromeó él.

—¿Sabes una cosa? Puede que no les sigas la pista a conocidos delincuentes todos los días de la semana, pero apuesto a que si reina el orden y la justicia en el condado Sterling, es porque tú estás aquí.

—Me gusta ese razonamiento.

—¿Eso es todo lo que te gusta de mí? —le preguntó en un impulso.

Se arrepintió nada más pronunciar las palabras. No era el momento más adecuado para una conversación de aquel tipo. La noche anterior le había dicho que quería llegar a conocerla más profundamente, y conseguir que algún día le entregara su corazón...

—No debería decirte esto, pero me gusta el descarado de tus respuestas. El sarcasmo se te da bien. Y también me gusta tu valentía.

—¿Yo? Pero si soy una miedosa.

—No eres ninguna miedosa. Eres fuerte. Has tenido que luchar para sobrevivir.

Aquel comentario le infundió fuerzas. Si años atrás hubiera tenido



a alguien a su lado como Mace, no habría cometido tantos errores.

– Yo creo en ti, Nicole.

Le entraron ganas de volverse y darle un beso.

– Yo también confío en ti. Al cien por cien.

– ¿Estamos llegando a algún pueblo?

A un lado de la carretera, Nicole distinguió una señal.

– Ellensburg.

– Dime lo que ves.

– Es un pueblo pequeño. Hay una gasolinera y una tienda de alimentación.

– ¿Ves un jeep oscuro? ¿Alguien esperando en el aparcamiento?

Nicole le describió a los dos hombres que estaban charlando en la gasolinera.

– Los dos llevan pantalones vaqueros, cazadoras y gorras de béisbol.

El móvil sonó de nuevo. Desde el asiento trasero, Mace le recordó:

– Pregunta por Joey. Diles que no verán el dinero hasta que no te dejen hablar con él.

Pulsó el botón de llamada. Y volvió a escuchar la voz de costumbre, con una resonancia metálica.

– Para en la tienda de Ellensburg.

– Ya la he pasado. Y no haré nada más hasta que hable con Joey. Necesito saber que está bien.

– Da media vuelta para regresar a la tienda.

– Hablo en serio –le tembló la voz—. Primero tengo que hablar con Joey.

– No cuelgues, zorra.

Por unos segundos no se oyó nada. Nicole se salió de la carretera,

y frenó casi en seco. Se recordó que tenía que sobreponerse a su miedo y mantenerse firme en sus exigencias. Si no conseguía hablar con Joey antes de que los secuestradores se llevaran el dinero, nada les impediría matarlo.

– ¿Nicole?

– ¡Joey! Estás bien.

– Escucha, tienes que hacer todo lo que esos tipos te digan, ¿entendido?

– No, hasta que me asegure de que estás a salvo. ¡Díselo! Diles que tengo que ver por mis propios ojos que te encuentras bien antes de entregarles el dinero.

– De acuerdo. Se lo diré. Pero no fuerces demasiado las cosas.

– Ten cuidado, Joey. No quiero que nada malo te suceda.

– Demasiado tarde.

Rió entre dientes. Nicole no se podía creer que se estuviera riendo mientras ella estaba temblando de terror. Se volvió para mirar discretamente a Mace, que le dio seguridad con una simple mirada. Incluso le apretó una mano. ¡Menos mal que estaba allí!

De repente volvió la otra voz.

– Te enterarás de que Joey está bien antes de la entrega del dinero.

– Bien.

– Y ahora, da media vuelta y aparca delante de la tienda. Saca el dinero del coche. Entra y compra un paquete de cigarrillos.

– Yo no fumo.

– ¿Eres así de estúpida o es que estás intentando irritarme?

Inmediatamente reconoció aquel tono. Era un maltratador. Habría podido ser su padre adoptivo. O Derek. Había sufrido demasiado para intentar defenderse. Se encogió, temerosa.

– Lo siento. Lo siento.

– Haz lo que te digo. Entra en la tienda, con el móvil. Podría volver a llamarte. ¡Vamos!

Y cortó la llamada.

Nicole dejó el aparato sobre el asiento del pasajero. Mace no le había soltado la otra mano.

– ¿Qué te ha dicho? Dímelo, rápido.

A punto de ponerse a gritar de histeria, le relató la conversación.

– Me ha dicho que salga ya.

– Lo has hecho muy bien. Nadie, ni siquiera Heflin, habría podido hacerlo mejor. Adelante.

Arrancó el coche y dio un giro de ciento ochenta grados.

– Como tengo que mantener la línea abierta por si me vuelven a llamar, ya no podré seguir en contacto contigo.

– Si sucede algo raro, suelta el dinero y corre. Yo te cubriré. Y me encargaré de que esos tipos no escapen.

– No, hasta que sepamos que Joey está a salvo.

– Exacto. Ten cuidado, Nicole.

Aparcó delante de la tienda, sacó la maleta con ruedas del portaequipajes y entró. Llevaba nada menos que ochocientos mil dólares en efectivo.

## Capítulo 11

Mace permaneció agazapado en el asiento trasero del Sedán, con su pistola automática en la mano. Se sentía frustrado e impotente. Detestaba esperar, pero no podía dejar el coche porque los secuestradores podían estar espionando el vehículo. Probablemente aquella parada en Ellensburg, era una prueba para asegurarse de que a Nicole no la acompañaba un ejército de federales.

Llamó a Heflin por el móvil y le susurró su localización exacta.

– No se acerque. Repito: No se acerque.

– ¿Es ese el lugar de la transacción?

– Lo dudo – respondió Mace –. Prometieron demostrarle a Nicole que Joey estaba sano y salvo antes de recibir el dinero.

– Manténganos informados.

– De acuerdo.

Cortó la llamada.

Aguzó los oídos. Estaba mortalmente preocupado por ella. Nicole estaba aterrada, temblando literalmente de miedo. Había necesitado un coraje inmenso para entrar sola en aquella tienda, y Mace ignoraba durante cuánto tiempo más podría seguir soportando esa situación.

Ansiaba estar a su lado, protegiéndola en lugar de esconderse. Recordando las lecciones que había aprendido cuando cazaba con Tata Charlie, se dijo que tenía que ser paciente, esperar a que su presa apareciera a la vista, esperar el preciso momento del ataque.

Intentó concentrarse en la manera de pensar de los secuestradores. Por lo que le había dicho Nicole de la última llamada, dedujo que no habían estado vigilando la carretera. De lo contrario, se habrían dado

cuenta cuando pasó por delante de la tienda, cruzando todo el pueblo. Pero entonces... ¿Dónde estaban? ¿Por qué querían que entrara en la tienda?

Una razón podía ser porque querían domeñar su resistencia acostumbrándola a que recibiera órdenes. O tal vez para echar un vistazo a la maleta del dinero. ¿El peor escenario posible? Que quisieran efectuar la transacción en aquel mismo momento, dentro de la tienda.

Pero Mace tenía sus dudas. Ellensburg estaba rodeado de espacios abiertos, con pocas carreteras. Escapar de allí sin ser vistos, resultaría casi imposible. Las mejores rutas de fuga estaban al pie de las colinas, donde existía un verdadero laberinto de mesetas, arroyos y cañones.

O tal vez decidieran esperar a que oscureciera. Esbozó una mueca al imaginar aquella posibilidad. Pasarse el día entero en la parte de atrás de un coche, iba a ser una experiencia dura. Y más aún para Nicole, cuyos nervios estaban tensados al límite.

Oyó la puerta del portaequipajes, y el retumbo de la maleta cuando fue depositada en su interior. Nicole había vuelto a sentarse al volante.

—Me llamaron cuando estaba dentro —le informó, mientras encendía el motor—. Se supone que tengo que seguir por esta carretera hasta que vuelvan a llamar dentro de cinco minutos.

—¿Estás bien?

—Estoy un poco aturdida.

Una temblorosa sonrisa asomó a sus labios.

Condujo durante un buen rato sin hablar. Desde donde estaba, Mace pudo ver que se estaban acercando nubes de tormenta. El día anterior había sido soleado, y todavía hacía demasiado calor para que llegaran las nieves.

—Lluvia —pronunció en voz alta—. Están esperando a que llueva.

—¿Qué?

– Si cae un chaparrón, el helicóptero del FBI quedará inútil para cualquier labor de vigilancia.

– No entiendo...

– Decidieron hacer hoy la transacción porque era muy probable que lloviera – sin embargo, tenía sus dudas. Habían tenido que esperar a que Blake Wentworth llegara con el dinero del rescate. Esa era la razón por la que no habían podido planificar nada para el día anterior – . No, olvida lo que he dicho. Nadie puede prever el tiempo que hace en Colorado.

El móvil sonó de nuevo, y Nicole respondió. La llamada fue muy corta.

– Se supone que tengo que girar a la derecha en el siguiente pueblo. Tengo la sensación de estar haciendo un círculo.

– Vamos hacia las colinas.

Usando su moni, le transmitió la información a Heflin.

Una vez que tomó el desvío, Nicole le confesó:

– Tengo algo que decirte, Mace...

– Dispara.

– Hace un rato, estuviste hablando de confianza. Entre los dos.

Mace tensó la mandíbula. Hablar de esas cosas nunca se le había dado bien.

– Quizá deberíamos hablar de eso en otro momento...

– No, quiero hacerlo ahora. Es mejor así, cuando no puedo verte la cara.

– ¿De qué se trata, Nicole?

– Ambos sabemos que... No he sido completamente sincera contigo.

Le había fallado la voz. Mace era consciente de lo mucho que le estaba costando pronunciar aquellas palabras.

– Continúa.

– Si me fui a vivir con Joey, fue porque estaba huyendo.

– ¿De qué? ¿De quién?

– Cuando llegué a Elkhorn, llevaba cuatro meses casada.

¿Casada? Eso sí que era una sorpresa.

– Tu matrimonio no aparecía en tus antecedentes.

– Nunca llegué a hacer el cambio legal de apellido. Quizá siempre supe, en el fondo de mi mente, que ese matrimonio no estaba destinado a funcionar. Era un hombre rico. Me ofreció la vida con la que yo siempre había soñado. Ropa de los diseñadores más selectos, joyas, una mansión digna de una princesa.

Se había casado por dinero, pensó Mace. No le gustaba la idea. Pero dada la vida que había llevado antes, hasta cierto punto podía entenderlo.

– Un hombre muy rico, ¿eh? ¿Por qué se casó contigo?

– Porque era joven, y bonita. Me quería de esposa trofeo. Como un simple adorno.

Mace no necesitaba verle la cara para adivinar su arrepentimiento. La culpa y la vergüenza se revelaban en su voz. Era consciente de que no había tomado la decisión adecuada.

– Mi trabajo consistía en lucir mi belleza en su brazo, y poner celosos a los demás hombres. Jamás dejaba la casa sin estar perfectamente maquillada y vestida con mis mejores galas. Si me notaba algún defecto, un carmín demasiado oscuro o una falda no lo suficientemente corta, me obligaba a volver para arreglarme de nuevo. Con el tiempo, llegué a detestar la ropa de esos diseñadores.

– ¿Qué sucedió entonces?

– Dado que yo sólo era una posesión para él, ni siquiera fingía respetarme. El maltrato verbal comenzó en la luna de miel. Luego vinieron los golpes.

Mace sintió una punzada de furia.

– ¿Por qué no lo denunciaste a la policía?

– ¿No te mencioné que Derek era un poderoso abogado? Y yo no era nada. Nadie me habría escuchado. Además, Derek me habría castigado por haberlo puesto en evidencia. Así que huí... –hablaba rápido, como si tuviera prisa en terminar su relato—. Tampoco podía decírtelo a ti o al gente Heflin, porque entonces habríais contactado con Derek y él habría venido a buscarme.

La furia de Mace se había convertido en una indignada cólera que le quemaba las entrañas. Su confesión no debería haber constituido una sorpresa. Pero Nicole era mucho más que una estadística en los índices de malos tratos. La quería. Admiraba su belleza interior, su ingenio. Tenía la sensación de que había pasado toda la vida esperándola. Y que al fin la había encontrado.

– ¿Podrás perdonarme? –le preguntó ella.

–No necesitas mi perdón. Tu vida es tuya. No tienes que disculparte por tus decisiones.

– Ahora que ya sabes quién soy, me desprecias...

– En absoluto. Me alegro de que me hayas hablado de tu pasado. No me habría gustado enterarme de otra manera.

Mace se quedó mirando el techo del coche, buscando algo que añadir. Algo que pudiera reconfortarla, consolarla... No la odiaba, pero... ¿Podía respetar a una mujer que se había dejado utilizar de aquella manera, casándose por dinero, por una vida de lujos? Era una batalla que tenía que librar consigo mismo. La Nicole que él conocía no era una mujer vana, frívola.

– Hiciste lo que tenías que hacer. Sobreviviste.

– Sí.

– Puedes estar tranquila –le aseguró—. Tus secretos están a salvo conmigo.



Cuando el móvil volvió a sonar, Mace se vio transportado a una realidad completamente distinta, embarcado como estaba en la persecución de los hombres que secuestraron a Joey Wentworth.

Ahora podía entender por qué Nicole era tan leal a Joey. Él había sido su refugio. Y en un momento en que nadie más le había ofrecido su ayuda.

Nicole cortó enseguida la llamada.

— Se supone que tengo que girar otra vez hacia el norte.

Mace alzó la cabeza lo suficiente como para echar un rápido vistazo al paisaje. Las nubes presagiaban tormenta.

— Nos llevan hacia Yellow Creek. Es una población bastante mayor, con mucho más tráfico. Y está cerca de las montañas. Puede que nos estemos acercando al lugar de la transacción.

— ¿Qué debería hacer?

— Asegurarte de que Joey está a salvo antes de aceptar detenerte. Exigir hablar con él por teléfono, tal y como hiciste la última vez.

— Está empezando a llover —le informó mientras conectaba el limpiaparabrisas—. ¿Realmente crees que éste puede ser el lugar?

— Es posible.

Apenas unos segundos después, el teléfono volvió a sonar. Ahora que ya se lo había contado todo a Mace, estaba doblemente ansiosa porque terminara todo de una vez. Quería ver su rostro, leer su expresión y descubrir lo que realmente pensaba de ella.

— ¿Diga?

— En Yellow Creek —pronunció la voz—, aparca en la tienda que hay entre Main y Caliente Street. Entra. Lleva el dinero y el móvil.

— No, hasta que haya oído a Joey.

— Él te llamará.

— Si no sé a ciencia cierta si está bien, no entregaré el...

—Te llamará.

Y cortó la comunicación. A esas alturas, Nicole casi sentía más furia que miedo. Todo aquel recorrido por el condado parecía un plan deliberado para desquiciarla. Pero no les daría esa satisfacción. Conservaría el control de sí misma. Lo conseguiría. En cierta forma, aquella situación era un ejemplo de lo que había sido su vida entera. No se había venido abajo cuando murió su madre, ni cuando su madre cayó enferma. Lo conseguiría.

—¿Nicole?

—Estoy bien —pronunció con tono firme. Ya estaba mejor. El hecho de haberle confesado a Mace su matrimonio con Derek, había significado un alivio. Y en cualquier caso, ya no podía echarse atrás. Salió de su ensimismamiento para informarlo de la conversación con los secuestradores—: Se supone que tengo que detenerme en una tienda determinada de Yellow Creek. Y que también tengo que entrar con el dinero y con el móvil.

—Avisaré a Heflin.

Nicole se dio cuenta de que se estaban acercando a la población. Al poco rato entraba ya por Main Street. Todo estaba sucediendo demasiado rápido. Entrecerró los ojos, intentando leer los carteles entre la lluvia. La esquina de Caliente Street. Cuando aparcó frente a la tienda, el teléfono volvió a sonar.

—Soy yo —la voz de Joey sonaba más ligera que nunca, casi feliz—. Estoy bien. A salvo.

—¿Seguro?

—Escucha atentamente, Nicole. Me han dicho que sólo dispongo de dos minutos para hablar contigo.

—De acuerdo.

—Tú eres la que está en peligro ahora. Si no haces lo que te dicen, te matarán. Y van en serio.

Al principio no pudo asimilar sus palabras. Sus temores habían estado tan centrados en Joey...

—Yo estoy bien —continuó—. Me bajaron del coche y se largaron. No sé dónde me encuentro, pero veo una población delante de mí.

—¿Vas hacia allí?

—Llegaré en un momento. Estoy perfectamente bien. Ahora tengo que cortar la llamada. Haz todo lo que te digan. Ten cuidado. Adiós.

Antes de que Nicole tuviera tiempo para informar a Mace, el teléfono volvió a sonar.

—Sabemos que hay alguien contigo en el coche —le espetó el secuestrador.

¿Cómo podían haberse enterado? Contempló el aparcamiento bajo la lluvia. No había nadie a la vista.

—No le digas nada —le ordenó la voz—. O moriréis los dos. ¿Entendido?

—Sí.

—Ahora entra. Con el maletín.

El miedo que antes había dejado atrás volvía ahora con renovada fuerza. Joey ya no estaba en peligro, pero ella sí. Y también Mace. Se imaginaba rifles de mira telescópica apuntándoles en aquel preciso momento. Quizá detrás de la tienda...

—Nicole... —le dijo Mace desde el asiento trasero—. ¿Qué pasa? ¿Por qué ha sonado dos veces el teléfono?

Apretó los labios. Si le contaba lo que estaba pasando, los condenaría a muerte a ambos.

—¿Nicole?

—Te lo explicaré cuando vuelva.

Bajó del coche y abrió el portaequipajes. Esa vez le costó más esfuerzo sacar la maleta. La lluvia le mojaba la cabeza y los hombros.

Se sentía torpe e impotente, incapaz de pensar en nada. Su único objetivo era seguir escrupulosamente las instrucciones del secuestrador.

El interior de la tienda de alimentación era semejante al de cualquier otra. Nada más verla, el joven dependiente le preguntó:

– ¿Está lloviendo mucho?

– Sí – fue la vaga respuesta de Nicole.

– ¿Le pasa algo, señora?

– No, no.

Arrastró la maleta por uno de los pasillos.

El móvil volvió a sonar. Las instrucciones fueron secas, lacónicas:

– Entra en el servicio de señoras.

En la esquina derecha de la tienda, detrás de un mostrador de medias, estaba el lavabo de señoras. Se dirigió hacia allí. Tenía la sensación de que cada paso era un error. Se moría de ganas de dar media vuelta y regresar corriendo al coche. Empujó la puerta.

Había dos hombres dentro, con pasamontañas negros. El más alto la agarró con fuerza de un brazo.

– No digas una palabra.

Sintió el frío cañón de una pistola en el cuello. Recuerdos de todos los maltratos sufridos se acumularon de pronto en su memoria. Heridas que nunca habían cicatrizado del todo. Tragó saliva, ahogando el sollozo que luchaba por brotar de su garganta.

El otro hombre abrió el maletín. Sin perder el tiempo, sacó el dinero y lo metió en dos grandes bolsas de basura.

– Eres muy bonita, Nicole... – le susurró el hombre que la estaba agarrando.

Sintió una náusea. Le entraron ganas de escupirle, pero sabía que con eso sólo conseguiría empeorar las cosas. Lo mejor que podía hacer

era no resistirse.

– Esto es lo que vas a hacer: Recogerás la maleta y volverás al coche con ella. ¿Entendido?

Asintió con la cabeza.

– ¡Dilo!

Le apretó el brazo.

– Entendido.

– Bien. No le digas al tipo del asiento trasero, que nos has entregado el dinero. No, hasta que te vuelva a llamar. ¿Entendido?

– Sí.

– Sigue conduciendo como si no hubiera pasado nada.

Su compañero terminó de guardar todo el dinero. Luego metió dos pesados fajos de periódicos en la maleta y la cerró.

– Nicole, si se lo dices a ese tipo, los dos moriréis. Y tú no quieres que eso suceda, ¿verdad?

– No.

La soltó con un empujón, tirándola al frío suelo de baldosas. Luego agarró una de las bolsas llenas de billetes.

– Cuenta hasta cien y luego sal.

Se fueron. Nicole permaneció en el suelo, arrodillada, temblando. Si le decía algo a Mace, los matarían a los dos. No tenía más remedio que obedecer.

Se apoyó en el lavabo para incorporarse penosamente. Mirándose en el espejo, se lavó las manos. Estaba pálida, desencajada de terror. Mace no podía verla así. Descubriría que había pasado algo.

Minutos después, arrastrando la maleta con ruedas, salió del servicio. Los secuestradores debían de haber salido por una puerta trasera. Esforzándose por mantener la compostura, se dirigió hacia la

puerta principal.

La lluvia seguía cayendo con fuerza. Levantó la maleta para meterla en el portaequipajes y corrió a sentarse al volante.

– ¿Qué ha pasado? – le preguntó Mace –. Nicole, háblame.

– Otra falsa alarma – detestaba mentirle, pero no tenía otra opción –. Como en la otra tienda.

– ¿Por qué te llamaron dos veces antes de que entraras?

– En la primera me colgaron.

Se pasó una mano por el pelo empapado. El parabrisas estaba empañado y no podía ver nada. Necesitaba salir de allí. Si los estaban vigilando, podían disparar contra ellos en cualquier instante...

Borró el vaho del cristal con la mano y encendió el motor.

– Se supone que tengo que seguir conduciendo. Volverán a llamarme en otros quince minutos.

Cuando volvió la cabeza, vio que Mace la estaba mirando fijamente. Acusándola con los ojos.

– Algo ha pasado.

– No puedo hablar ahora.

Estaba otra vez en Main Street, atravesando Yellow Creek. Aunque era mediodía, el cielo estaba teñido de oscuro. Por lo menos, Joey estaba a salvo. El dinero del rescate había sido entregado. Pronto podría revelarles la verdad a Mace, y para entonces, todo habría acabado.

En las afueras de la población, Mace se incorporó y le tocó suavemente un brazo.

– Te encontraste con los secuestradores en la tienda, ¿verdad? Les entregaste el dinero.

Nicole no dijo nada. Su silencio era la única garantía de su seguridad.

—Una de aquellas llamadas que recibiste antes de entrar... — continuó él—. Era de Joey.

Finalmente optó por decírselo. Las palabras le salieron solas.

—Me ordenaron que no te dijera nada. Sabían que estabas en el coche. Me dijeron que nos matarían a los dos si no seguía sus instrucciones.

—Tranquila... —le acarició tiernamente el pelo—. Has hecho lo que debías hacer.

Quería detenerse, pero no podía.

—Tengo que seguir conduciendo hasta que vuelvan a llamar.

—¿Dónde está Joey?

—No lo sé. Me aseguró que se encontraba bien. Los secuestradores lo dejaron en las afueras de una población, y estaba caminando hacia ella.

—Voy a informar a Heflin.

Nicole se concentró en la carretera, escuchando apenas la conversación de Mace. El teléfono volvió a sonar. Esperaba que fuera la última vez.

—Nicole —reconoció la voz del hombre alto que la había agarrado del brazo—. No más instrucciones por ahora.

—Ojalá te detengan... —le espetó, rabiosa—. Y acabes en la cárcel.

El secuestrador se echó a reír.

—Hasta que nos volvamos a encontrar...

—¿Qué quieres decir? No cuelgues...

Pero la llamada se cortó, y Nicole se encontró con el teléfono muerto en las manos. Aminoró la velocidad y aparcó en el arcén. El peligro no había pasado. Aún no.

Su capacidad de control se estaba haciendo pedazos. ¿Durante cuánto tiempo más continuaría aquella pesadilla? Se volvió hacia

Mace, que seguía hablando con Heflin por el móvil, proporcionándole su localización exacta.

– Tendremos que peinar Yellow Street de arriba abajo. Puede que se hayan escondido allí.

Cuando vio la mirada de Nicole, se acercó a ella. Cambiándose al asiento trasero, se lanzó a sus brazos. Necesitaba su consuelo, su seguridad. Mace continuó hablando mientras le acariciaba la espalda.

– Mis agentes pueden encargarse de la tarea. La gente de aquí se mostrará más colaboradora con ellos. No, no sabemos la localización exacta de Joey. Tiene un móvil. Lo lógico sería que llamara a emergencias.

Segundos después, cortó la comunicación. La abrazó durante un buen rato. Nicole llegó a tener la sensación de que a su lado, nada malo podía sucederle.

Poco a poco se fue relajando. Mace la apartó suavemente para mirarla a los ojos, y descubrió en ellos un sinfín de preguntas. No dijo una sola palabra.

La besó en los labios. Aunque ella no había esperado aquel beso, correspondió con toda su pasión. Una marea de alivio la inundó. Lo deseaba como jamás antes lo había deseado. Esa vez no se inhibiría, ni se reprimiría.

Se habían acabado las mentiras y el miedo.



## Capítulo 12

De regreso en la cabaña Wentworth, y tras pasar varias horas asistiendo al errado procedimiento de investigación del FBI, Mace sacó tres conclusiones. El agente Heflin era un completo inepto. Blake Wentworth tenía el corazón de piedra. Y Nicole era la única candidata a sospechosa.

—Empecemos de nuevo —le dijo Heflin a Nicole, por enésima vez.

—No, otra vez no —gruñó Blake—. Ya nos sabemos su historia de memoria. Búsquese a otro testigo.

—No hay más testigos —replicó Heflin—. Excepto Mace.

—¡Oh, claro! —exclamó el ejecutivo, burlón—. Nuestro héroe, el *sheriff*. Sabemos dónde estaba mientras me robaban el dinero: Escondido en el asiento trasero del coche.

—No se meta conmigo —le advirtió Mace, a punto de perder la paciencia.

Nada le habría gustado más que aplastarlo como la cucaracha que era. El muy canalla, no había derramado una sola lágrima por Joey. Lo único que le importaba era su dinero.

—¿O qué...? ¿Me está amenazando?

Fulminándolo con la mirada, respondió con tono firme y tranquilo:

—No pienso aguantarle ni una sola impertinencia más.

Blake resopló disgustado, pero se dejó caer en el sofá y cerró la boca. Aclarándose la garganta, Heflin volvió a dirigirse a Nicole:

—¿Qué le dijo Joey por teléfono?

Estaba empezando a perder la compostura. El cansancio la estaba

venciendo. Mace apenas podía creer que fuera la misma mujer que había respondido con tanto calor a sus besos. Un calor que sólo podía ser descrito como pura pasión. Ansiaba abrazarla de nuevo. Aunque se conocían tan sólo de unos pocos días, tenía la sensación de haberla esperado durante toda la eternidad. «*Paciencia*», se ordenó. Esa noche. Esa misma noche harían el amor.

Pero en aquel instante, su máxima prioridad era rescatarla de Heflin y de su agotador y absurdo interrogatorio. Necesitaba comer un poco y dormir.

Con voz cansada, Nicole respondió a la pregunta del agente del FBI:

–Joey me dijo que se encontraba bien. Que lo habían soltado y que estaba caminando hacia una población.

–¿Cuál?

–No lo sé.

–Hace cinco horas de eso... Y seguimos sin tener la menor noticia sobre él.

–Lo sé –repuso en voz baja.

El hecho de que Joey no hubiera aparecido era un punto en su contra. Nadie había hablado con él excepto ella. El segundo punto era que había entregado el dinero del rescate sin informar ni a Mace ni a Heflin.

En opinión de Mace, aquella decisión había tenido pleno sentido. No había dicho nada porque estaba aterrada, porque había temido por su vida. Pero Heflin había interpretado su actitud de manera distinta. Sospechaba que había conspirado con los secuestradores, y que les había ayudado a huir... Sin dejar detrás la menor pista.

Hasta el momento, lo único que había hecho Heflin era sacar un helicóptero tan pronto como el tiempo había mejorado, y distribuir a sus agentes por el condado. Los federales estaban interrogando a todo

el mundo. Mace le había advertido que aquella estrategia no le funcionaría. Los habitantes de aquella región del país eran gente autónoma, orgullosa, habitualmente recelosa de los forasteros. No les gustaba que los presionaran, y era muy probable que no aceptasen colaborar con los hombres del FBI.

Pero Heflin no le había hecho caso, no le importaba. Era él quien tenía el mando y estaba decidido a dirigir la investigación a su modo.

—Se está haciendo tarde —dijo Mace—. Tengo que llevarme a Nicole a mi casa para que descanse.

—La quiero aquí —insistió Heflin.

—No hay nada más que ella pueda hacer.

Heflin se puso a pasear por la cabaña como una fiera enjaulada.

—Hay una cosa que no me ha dicho todavía.

—Créame —le dijo Nicole con frialdad—. Tengo tantas ganas de que acabe todo esto como usted.

—¿Dónde está Joey?

—No lo sé —le espetó—. Se supone que el agente especial es usted. Su obligación es averiguarlo.

—¿A quién está protegiendo?

Nicole alzó los ojos al cielo.

—A nadie.

—Usted está en el centro de todo. Pudo haber planeado toda la operación —la acusó directamente Heflin—. No me extrañaría que fuera la máxima responsable del secuestro.

—Claro, soy yo. La jefa de todos. Al Capone, Ma Barker y Bonny and Clyde en una sola persona.

—¡Basta! —estalló Blake Wentworth—. Ya estoy harto de tanta palabrería.

—Señor —se adelantó Heflin—, con el debido respeto, yo...

—Esto es el colmo —lo interrumpió—. He pagado un montón de dinero y aún no sé nada de mi sobrino. Me han estafado.

Mace esbozó una mueca desdeñosa. Para aquel tipo, todo se reducía al dinero.

Blake se levantó del sofá, anunciando que se marchaba.

—Estaré en la Pensión Elkhorn.

Heflin soltó un suspiro de alivio.

—Probablemente sea lo mejor. Lo mantendré informado.

—No hace falta que me pase un informe cada minuto —replicó mientras se ponía su abrigo de pelo de camello—. Quiero resultados.

—Sí, señor.

Mientras salía, Mace se permitió una sonrisa irónica. Estaba seguro de que las condiciones de alojamiento de la casa de huéspedes de Libby Tynsdale eran bastante peores de lo que Blake se imaginaba.

Heflin se dejó caer en una silla, al lado de la mesa donde estaba desplegado el equipo de vigilancia electrónica del FBI. Toda su sofisticada tecnología no había dado ningún resultado.

—Este hombre me va a traer problemas —masculló.

—Supongo que un tipo tan rico como Wentworth tendrá buenos contactos. E influencia —comentó Mace, haciéndose cargo de su situación.

—No es tan poderoso como parece. Hemos estado investigando sus finanzas. El negocio le va mal. No habría podido reunir los ochocientos mil dólares por su propia cuenta. ¿Sabe una cosa? Si mi carrera no estuviera en juego, no me importaría verlo perder ese dinero para siempre.

Por primera vez Heflin había bajado la guardia, y se estaba sincerando con su compañero como lo habría hecho cualquier otro policía. Mace esperó que eso significara un cambio de actitud.

—Si quiere, yo puedo encargarme de la investigación a partir de ahora...

—¿Cómo? Ya tiene a la mayor parte de sus agentes distribuidos en controles de carretera.

—Escuche, lo de los controles de carretera fue idea suya. Y tengo que decirle que no han sido en absoluto efectivos. Un coche, cuando distingue un control a lo lejos, puede dar media vuelta. Y esta zona está llena de carreteras secundarias en las que esconderse.

—No me importa —se empeñó Heflin—. Los controles se quedarán donde están.

—Han pasado cinco horas desde que fue entregado el dinero. Si los secuestradores huyeron en aquel mismo momento, es inútil que los sigamos buscando.

—Podrían estar escondidos, esperando a que caiga la noche.

Esa era la primera observación inteligente de Heflin.

—Tiene razón.

—¿Me está dando la razón?

—Sí. Pero por la noche, la vigilancia con helicóptero es inútil. Es fácil escaparse sin ser visto.

—¿Qué haría usted?

—Mis hombres conocen el territorio. Si me lo permitiera, yo podría coordinar la búsqueda de Joey y de los secuestradores. Además, podríamos llamar a los servicios voluntarios de rescate.

Heflin sacudió la cabeza, pero no dijo nada. Mace continuó:

—Usted conoce a Barry, el de la comisaría.

—¿El calvo?

—Es un genio de la informática. Tiene controlado a todo el condado. Podríamos recurrir a él y...

—¡Espere! ¿Me está diciendo que su hombre es mejor que mis

agentes?

—Esto no es una maldita competición —percibió que la resistencia de Heflin empezaba a ceder—. Deme una oportunidad. Permítame intentarlo.

—Por favor... —intercedió Nicole—. Si hay alguna manera de encontrar a Joey, tenemos que probarlas todas...

—¿Y si los secuestradores han dejado el condado? —le espetó Heflin a Mace—. En ese caso, usted no tendrá ninguna autoridad fuera de su jurisdicción.

—No hay problema. Mantenemos buenas relaciones con las patrullas de tráfico del estado, con los condados vecinos, e incluso con la reserva Ute.

—Esta es una operación del FBI, *sheriff* —se levantó con gesto cansado—. Yo estoy al mando. Y no necesito para nada a su genio de la informática.

«*Estúpido*», pensó Mace. Evidentemente no iba a dar su brazo a torcer.

—Muy bien, hágalo todo a su manera. Pero yo me voy a casa, y ella se viene conmigo.

Le sostuvo su parka y ella se la puso rápidamente. Nicole tenía tantas o más ganas que él de marcharse de allí. Ya estaba en la puerta cuando Heflin la llamó:

—Hey, Nicole...

—No se preocupe, agente Heflin —le dijo con tono cansado—. No abandonaré el pueblo.

Salió de la cabaña seguida de Mace. A esas alturas, él era el único motivo por el que seguía quedándose en Elkhorn. Después de haberlo conocido, huir ya no constituía una opción. Se había esforzado mucho en ganarse su confianza y no lo traicionaría, no lo dejaría en la estacada.

\* \* \*

Una vez dentro del todoterreno, Mace se volvió hacia ella.

– Un día horrible.

– Tú lo has dicho.

– Hablé con Jewel por teléfono. Ha preparado pastel de carne para cenar.

– Suena fantástico – se sentía tan bien a solas con él... A pesar de su cansancio y de sus preocupaciones, le sonrió –. Por fin podré estar unas cuantas horas sin ver la cara de Heflin, exigiéndome que le cuente todo lo que ha pasado una y otra vez. Piensa que soy el cerebro que ha planificado el secuestro. ¡Ja!

Mace arrancó el vehículo y metió la marcha atrás.

– Teniendo en cuenta las circunstancias, la verdad es que has soportado muy bien la situación.

– ¿Te refieres al interrogatorio de Heflin?

– Y a la entrega del dinero del rescate.

– No tenía otro remedio. Tenía que seguir las instrucciones de los secuestradores.

– Yo estaba allí – le recordó mientras salían a la carretera principal –. Sé por lo que pasaste.

Aun así, Nicole detectaba una ligera vacilación en su voz, como si no estuviera muy convencido.

– ¿Crees que otra persona habría podido hacerlo mejor?

– Yo no he dicho eso.

– Pero lo has pensado. Y se suponía que no tenían que existir secretos entre nosotros.

– De acuerdo, te explicaré mi teoría. Te tendieron una trampa. Los secuestradores te escogieron para que les entregases el dinero porque contaban con tu miedo. Sabían que te creerías sus amenazas – se

interrumpió—. ¿Sabía Joey que habías sufrido maltrato?

«*¡Otra vez no!*», exclamó Nicole para sus adentros. Al parecer, Mace aún no había renunciado a su teoría de que Joey había tomado parte en su propio secuestro.

—Joey es una víctima.

—¿Entonces dónde está?

Se recostó en su asiento, mirando al frente. Era una buena pregunta. Cuando estuvo hablando con Joey por teléfono, le había parecido absolutamente feliz y despreocupado. Y estaba segura de que no había estado fingiendo.

—No lo sé. No entiendo por qué habría de mantenerse escondido a propósito.

—En mi opinión, Joey no volverá a aparecer porque ya tiene lo que quería.

—¿El dinero?

—Ya has oído lo que dijo Heflin. El negocio de Blake no está marchando bien. Si Joey le hubiera pedido que le pagase sus deudas de juego, se habría llevado un buen chasco.

Por primera vez, Nicole encontraba que su explicación tenía sentido. Había estado luchando contra aquel razonamiento, desde el primer momento en que Mace se lo insinuó, pero ahora comenzaba a verlo todo claro. Sí, Joey podía haber planificado su propio secuestro.

Cada vez que habían hablado, le había suplicado que siguiera las instrucciones de los secuestradores. Nicole había pensado que estaba asustado, pero quizá simplemente había querido asegurarse de que les entregase el dinero. Quería el dinero... Su parte del dinero.

—Ese niño rico, caprichoso e irresponsable... No puedo creer que me haya hecho esto.

—Se aprovechó de tu miedo.

Cerró los puños, furiosa.



– Me manipuló. Sabía que me aterraban las amenazas, y utilizó mi miedo en su favor – se golpeó en los muslos una, dos, tres veces—. ¡Maldito sea!

– Me alegro de que finalmente hayas entrado en razón.

– Me robó mis ahorros. Dos mil dólares. ¿Sabes todo lo que he tenido que trabajar para reunir ese dinero? ¿Tienes idea de cuántas hamburguesas he tenido que servir?

– Toneladas de hamburguesas – respondió Mace.

– Cuando pienso en la forma que tuvo de manipularme, me entran ganas de matarlo – lo miró y vio que estaba sonriendo—. ¿Qué es lo que te parece tan gracioso?

– Me gusta verte expresar tus emociones. Cuando te enfadas así... ¿Qué es lo que haces?

– Conservar el control de mí misma.

– Vamos, Nicole... ¿Chillas? ¿Rompes platos?

Nunca se permitía hacer esas cosas. Tenía la sensación de que si empezaba a chillar o a romper platos, jamás podría volver a parar... Hasta que le pusieran una camisa de fuerza.

– No soy de ese tipo de personas.

– ¿Cómo te desahogas?

– Está bien, te lo diré. Me gusta conducir con las ventanillas abiertas y la música a todo volumen.

Mace tomó la carretera que llevaba hasta el rancho.

– Hagámoslo.

– ¿Qué quieres decir?

– Tienes el depósito de tu coche lleno. Hagamos ese viaje con las ventanillas bajadas.

Aunque estaba atardeciendo y hacía frío, a Nicole le pareció la idea más brillante del mundo.

– Antes debería advertirte que a veces canto a voz en grito.

– Cuanto más alto, mejor.

Aparcaron delante del edificio del rancho. La luz de la cocina se hallaba encendida; Jewel debía de estar preparando el pastel de carne. La casa tenía un aspecto íntimo, acogedor. Nicole pensó que quizá debería entrar y relajarse. Eso sería lo correcto, lo razonable.

– Me siento ridícula, Mace.

– Bien – repuso él –. Quiero que sientas algo. Que lo sientas todo.

– Yo no soy así – pronunció, aunque la idea de aquella locura seguía resultándole tentadora –. Al menos necesito un destino.

– Denver – le sugirió.

– Nunca podría ir allí – se apresuró a negarse –. Allí es donde está Derek.

– ¿Y Santa Fe?

– Algo más cerca. Ya sé, podemos ir al Café Elkhorn. Me deben un cheque. Desde que ese miserable de Joey me robó todo mi dinero, voy a necesitar hasta el último céntimo.

– Pues adelante.

Cuando se sentó al volante de su pequeño Ford Escort, se sintió bien. Y todavía mejor cuando Mace ocupó su lugar a su lado. Habitualmente siempre estaba huyendo de algo. Esa vez, sin embargo, tenía un destino mucho más importante que el Café Elkhorn. Y tenía un amigo, un compañero, un protector. Ya no estaba sola. Sonrió.

Mace se abrochó el cinturón de seguridad.

– El agente que te llenó el depósito me dijo que tenías un problema con los frenos.

– Imposible. Mantengo mi coche en perfectas condiciones.

Demasiado a menudo, su supervivencia había dependido de un vehículo listo para una fuga rápida. Encendió el motor, satisfecha.

Miró el tablero de mandos. Mace tenía razón. La luz de emergencia de los frenos estaba encendida. Pero no podía ser nada serio. Había revisado el coche apenas un mes atrás. Mace ya había bajado su ventanilla.

– Cuando quieras.

Después de bajar la suya y de encender los faros, Nicole puso música.

– Es de Abba. En estas cosas, prefiero las canciones de siempre.

Empezaron a sonar las notas de *Dancing Queen*. Condujo hasta el final del sendero de entrada. Al tacto, los frenos parecían un poco blandos, pero no llegarían demasiados lejos: Sólo hasta el Café Elkhorn y volver. Giró a la izquierda y aceleró.

Sentía el frío de la brisa en la casa. Los problemas se fueron quedando atrás. Subió el volumen y se puso a cantar. Estalló en carcajadas. Se sentía viva, feliz.

– Quiero bailar – gritó.

– Lo que gustes – respondió Mace—. Para. Bailaremos aquí mismo.

Pisó el freno. Tardó en reaccionar, pero al final el coche se detuvo. Salieron, con la música todavía a todo volumen. Nicole se puso a bailar a la luz de los faros, alzando los brazos. Mace, a su vez, ensayó un difícil paso que la hizo reír.

– ¿Dónde has aprendido eso?

– En la asamblea de la tribu seguro que no.

– ¿Sabías que para ser un *sheriff*, estás muy en la onda?

Se le acercó, bailando.

– Gracias.

Lo abrazó. Ansiaba sentir su cuerpo presionado contra el suyo. Le dio un beso ligero, tentador, cargado de promesas. Y continuó

bailando.

–¿Vienes aquí a menudo? –le preguntó de broma, haciendo como que acababan de conocerse en una discoteca.

–Claro, nena.

–Te advierto que no soy una mujer fácil. Nunca doy un beso en mi primera cita.

–Yo estaba pensando en algo más...

Estaba preparada para hacer el amor con él. Sabía de antemano que sería distinta a cualquier otra experiencia que hubiera tenido antes. Mace la tomó de la mano, acercándola hacia sí. Se besaron. El corazón le latía más rápido que el ritmo de la música.

–¿Cómo te sientes? –le preguntó él.

–Feliz. Quiero que hagamos el amor.

–Yo también.

–Regresemos a casa.

Apenas podía esperar para acostarse, para amarlo durante toda la noche.

Volvieron al coche. Antes de hacer el cambio de sentido, Nicole miró por el espejo retrovisor.

–¡Qué extraño! Hay un coche detrás de nosotros. Está parado, con las luces apagadas.

–¡Maldita sea! –masculló Mace.

–¿Qué pasa?

Toda su alegría se evaporó al recordar la última amenaza del secuestrador.

–No pueden ser ellos, ¿verdad?

–A esta distancia no puedo asegurarlo, pero... Puede que se trate del jeep –continuaba escrutando la oscuridad—. No había visto ese

coche antes. ¿Y tú?

– Tampoco – respondió.

Se preguntó qué podría querer esa gente de ella.

Mace sacó su móvil para comunicarse con la comisaría. Sus instrucciones fueron precisas, lacónicas.

– Creo que he visto a los secuestradores. Están en la carretera que lleva a mi casa.

Nicole apagó la música.

– Mace, ¿qué hago?

– Haz el cambio de sentido.

Había sacado la pistola.

– ¿Estás seguro? Entonces nos dirigiremos hacia ellos.

– Con este coche, no podemos exponernos a una persecución. Tenemos que volver a la casa. Dentro estaremos más seguros.

Nicole hizo lo que le decía y enfiló directamente hacia el vehículo aparcado. Cuando pasó a su lado, esperó oír el estruendo de unos tiros. Pero no sucedió nada.

Mace se volvió en su asiento, fija la mirada en el jeep.

– Están dando la vuelta. Nos persiguen.

– Esto es una locura... ¿Para qué arriesgarse al hacer una cosa así tan cerca de tu casa? – de repente se le ocurrió la respuesta lógica –. A no ser que no piensen dejar testigos. Quieren matarnos.

– Sigue. Estamos a poco más de un kilómetro.

Podía ver el límite de la propiedad. Probó los frenos. No funcionaban. Pisó a fondo el pedal. El coche perdió velocidad, pero no lo suficiente.

– No puedo tomar el desvío.

– ¿Qué?

— ¡No me funcionan los frenos!

Se salió de la carretera, continuando campo a través, con los faros enfilados hacia la casa del rancho. El parachoques delantero quedó destrozado del impacto contra la valla de la propiedad. Las ramas de los árboles azotaban el parabrisas pero el vehículo siguió adelante, incapaz de detenerse.

Después de dar varios tumbos, a punto de volcar, chocó contra un árbol al lado de la casa. Afortunadamente, los airbags funcionaron.

— ¿Estás herida? — le preguntó Mace.

— Creo que no.

— Quédate en el coche.

Consiguió salir. Clavando una rodilla en tierra, apuntó hacia la carretera y disparó tres tiros.

Segundos después, se incorporó lentamente.

Nicole se desabrochó el cinturón de seguridad y salió de debajo del airbag. El coche estaba destrozado.

## Capítulo 13

A la mañana siguiente, Nicole no se sentía en absoluto mejor. Se hallaba frente a la casa de Mace, con una taza de café solo en la mano. Con la otra, acariciaba el abollado capó de su antaño flamante coche. El pobre no servía más que para chatarra.

Le había hecho un buen servicio. Con él había atravesado el condado desde San Francisco, y le había servido para escapar de Derek. Hasta la noche anterior, jamás le había fallado.

Ahora estaba sin vehículo. Su póliza de seguro no le garantizaría uno nuevo. Y tampoco tenía ahorros, gracias a Joey. Mace se reunió con ella.

—Es increíble que hayamos salido tan bien librados de un accidente así.

—Al parecer, el choque contra la valla del rancho nos hizo perder velocidad —suspiró—. Es culpa mía. Debí haber revisado los frenos cuando vi la luz de emergencia.

—Antes de que sigas, debo decirte que alguien te los sabotó. Uno de los agentes que vino aquí anoche se ocupó de revisar el vehículo. Había agujeros en el depósito del líquido de frenos, que fueron ocasionando un lento pero constante derrame. Cuantas más veces pisabas el freno, más líquido perdías.

—¿Mi coche fue sabotado? ¿Cómo? Estaba aparcado delante de tu casa, y había agentes por todas partes.

—Acuérdate de que antes de que lo trajéramos aquí, estuvo varias horas en la carretera. Sin vigilancia.

Se volvió para mirarlo. Lo que le estaba ocurriendo era horrible,

pero se alegraba de que estuviera a su lado.

– Apuesto a que ya tienes una teoría...

– Sí. Verás... Se me ocurren dos posibles motivos para el sabotaje. Alguien no quería que huyeras. O tal vez quería causarte un accidente.

– En cualquier caso, se han salido con la suya. ¿Qué más pasó anoche después de que yo me fuera a acostar?

– Vinieron mis agentes. Y perseguimos a esos tipos.

– ¿Los atrapasteis?

– No. Los perdimos.

Mace sospechaba que seguían en la zona, escondidos en algún granero o en un garaje. O tal vez se habían internado en las montañas, donde podían esconder el jeep en los barrancos. El helicóptero del FBI apareció en lo alto.

– Los encontraremos – añadió, mirándola.

– ¿Qué pasó con esa lista de nombres y números de teléfono que encontramos en el cuaderno de dibujos de Joey?

– Barry sigue investigando, pero hasta ahora no ha tenido mucha suerte. El número del tal Todd es de una mujer que no conoce a nadie llamado así. El teléfono de George está desconectado. Y el tal Jimbo llamó a Joey desde un teléfono público, en el aeropuerto.

– Vaya, la frustración parece ser el tema del día. ¿Estás seguro de que los de anoche eran los secuestradores?

– Sí. Llevaban los pasamontañas negros.

Al ver que se estremecía, Mace le pasó un brazo por los hombros. «Anoche», pensó. Anoche habían estado a punto de hacer el amor. Se arrepentía de aquella oportunidad perdida más que de cualquier otra cosa. Siempre habría una oportunidad para atrapar a los secuestradores, pero el momento había pasado con Nicole.

– ¿Cómo te sientes esta mañana?



– Asustada. Indignada. Y furiosa. No entiendo por qué me persiguen esos hombres.

– Quieren algo de ti.

– ¿Pero el qué? Si me lo dijeran, estaría encantada de dárselo para seguir adelante con mi vida.

– Creo que lo descubriremos cuando aparezca Joey.

– Detesto admitirlo, pero es posible que esté detrás de esto. Tampoco entiendo por qué me odia tanto...

– No pierdas el tiempo en averiguarlo.

– ¿Otra teoría?

Se burló ella.

– Es mi trabajo. Ya sabes que en la academia solemos estudiar algo de psicología. Yo diría que Joey es un imbécil rematado.

– Una sagacidad impresionante.

A pesar del tono ligero de aquella conversación, Mace era consciente de que Nicole estaba corriendo un peligro enorme.

– Es mejor que nos aseguremos de que hoy estás bien protegida. Quiero que te quedes aquí, en el rancho.

– No puedo. Mi coche está destrozado. Me robaron mis ahorros. Necesito volver a trabajar.

– Tu intención es admirable, pero no es necesario.

– En la cafetería no me pasará nada, no con tanta gente alrededor...

Mace extendió una mano para acariciarle delicadamente una mejilla. Tenía la piel tan suave como el pétalo de una flor.

– Déjame cuidar de ti, Nicole.

– Ya has hecho demasiado. Tú y Jewel – cerró los ojos, frotando la cara contra su mano cálida –. No quiero ser una carga para vosotros.

—Quédate hoy aquí.

—¿Sabes? —le tomó las manos entre las suyas—. Estando con Derek, aprendí que necesitaba volver a trabajar. Por mi propia autoestima.

No podía discutir con ella. Pero seguía sin gustarle la idea.

Nicole entró en la cocina del Café Elkhorn, seguida de Mace. Desde que tenía dieciséis años, había trabajado de camarera en restaurantes de todos los tipos y categorías. Y lo que más le gustaba de aquel trabajo era el anonimato, la sensación de libertad que le daba.

Se quitó la parka y la colgó en el perchero. Aquella tarde, después de ayudar a Jewel en las cuadras, se había dedicado a lavar uno de sus uniformes rosas, delantal incluido. Aquello iba a ser su retorno a la normalidad. Tenía ganas de trabajar tranquilamente y pasar varias horas en la cafetería sin constituir el centro de atención de nadie.

—¡Hey, Mike! —llamó al cocinero.

Mike dejó lo que estaba haciendo para darle un fuerte abrazo.

—Me alegro de que estés bien.

Aquel despliegue de afecto era tan insólito que se lo quedó mirando con la boca abierta.

—Oye, ¿no me vas a abrazar a mí también? —bromeó Mace.

—Desde luego que no, chico listo.

—Entonces me voy afuera...

Salió por una de las puertas giratorias en el instante en que Deborah, la propietaria de la cafetería, entraba por la otra. Tan pronto como vio a Nicole, la saludó efusivamente.

Mirándola desconfiada, Nicole le preguntó:

—¿Se puede saber por qué está todo el mundo tan simpático conmigo?

—Porque nos importas, querida. Te queremos.

—No, en serio...

—La verdad es que nos estamos muriendo de ganas de conocer tu versión de la historia —respondió Deborah—. ¿Entregaste al fin el dinero del rescate? ¿Viste a los secuestradores?

—Sí.

—Y los federales te lo hicieron pasar fatal, esos canallas... —frunció el ceño—. Todo el mundo aquí está hasta las narices del FBI y de sus estúpidas preguntas. ¿Qué es lo que se han creído? ¿Que damos cobijo a criminales? Mira, nosotros estamos de tu lado. Contigo y con Mace. Por cierto... He oído que estáis comprometidos...

—No. Solamente somos amigos.

—Si yo fuera tú, cariño, no lo dejaría escapar. Es un buen partido —le hizo un guiño—. Esta noche tenemos un montón de clientes. Todo el mundo está como loco con la investigación en curso...

Nicole recogió su cuaderno de notas y empujó la puerta giratoria. La cafetería estaba hasta los topes. Los parroquianos la saludaron sin excepción, sonrientes. Apenas podía pasar de una mesa a otra sin verse agasajada con abrazos y palabras de ánimo. Se acercó a Mace, que se había sentado ante la barra.

—No lo entiendo —le susurró—. De repente es como si todos fueran amigos míos.

—¿Has ganado algún premio de la lotería?

—No.

—Entonces es que les caes bien.

Dos de los agentes, Philips y Greenleaf, habían relatado a toda la cafetería el episodio del accidente de automóvil de Nicole, con todo lujo de detalles.

Cuando fue a atender otra mesa, Barry le dio una cariñosa palmadita en una mano.

– Lo estás haciendo muy bien.

– Gracias.

– Esa chica es lo único bueno de toda esta investigación – comentó Libby Tynsdale, la propietaria de la infame Pensión Elkhorn –. ¡Y pensar que tengo a todos esos federales alojados en mi casa! Jamás había visto a una pandilla semejante de llorones. Son incapaces de cuidar de sí mismos y de dejarla a una en paz.

Se alzó un murmullo de asentimiento, festejando su comentario.

– Y no son los únicos – añadió Libby –. Ese Blake Wentworth me da dolor de cabeza. Siempre hablando a gritos por su móvil...

– ¿Con quién suele hablar? – quiso saber Barry.

– Supongo que debe de ser un empleado. No para de gritar algo acerca de que alguien lo estafó. Todo ello salpicado de palabrotas, claro.

Barry intercambió una mirada de complicidad con Mace.

– Quizá sería interesante que revisáramos esas llamadas.

Mirándolos en aquel momento, Nicole podía entender por qué eran tan buenos amigos. Ninguno de los dos dejaba en la puerta su trabajo de policía. Ni siquiera cuando estaban cenando en una cafetería atestada de gente.

– ¿Qué vas a tomar, Barry?

– Lo de siempre – le sonrió –. ¿Sabes una cosa? Mace y tú hacéis muy buena pareja.

– No, nosotros no somos...

– Ya estamos enterados – la interrumpió Libby –. Daisy, la de Las Ranas, nos dijo que iba a encargarse del catering de vuestra boda.

Deborah se acercó en aquel momento a Nicole, abrazándola de la cintura.

– Supongo que muy pronto tendré que buscarme otra camarera.

—Pues lo cierto es que necesito este trabajo más que nunca. Tengo que comprarme un coche nuevo.

—¿De veras? —Libby se volvió hacia Mace—. Me pregunto qué pensará el *sheriff* de eso...

Mace se levantó, sonriendo, y alzó las manos.

—Ya basta, amigos. Tengo que irme. Y por favor, no hagáis sufrir demasiado a mi chica...

—¿Qué harás para impedirlo? ¿Arrestarnos? —bromeó Libby, entre carcajadas.

Mientras se dirigía a la salida, Mace llamó a Philips y a Greenleaf.

—Vosotros dos, venid conmigo.

Cuando Nicole volvió a la cocina, tuvo que apoyarse en la puerta del congelador, respirando profundamente varias veces. Nunca había sido una persona muy popular. Odiaba convertirse en el centro de atención.

—No lo entiendo —pronunció en voz alta.

—¿Qué es lo que no entiendes? —quiso saber Deborah.

—Todo el mundo parece tan... Preocupado.

—Es normal. Eres una de nosotros, y estás en problemas. Necesitas un poco de cariño.

—Pero nadie se había fijado en mí antes.

—Bueno, en esto pasa como con las familias. Nadie te presta atención hasta que te conviertes en un problema.

¿Familias? Nicole no sabía nada sobre familias. No había tenido una familia de verdad desde que murió su padre.

—Pero vosotros apenas me conocéis.

—Mace te conoce, y le gustas. Con eso nos basta. Queremos apoyarte.

Aunque Nicole había conocido a mucha gente, jamás había experimentado un sentimiento semejante de pertenencia a un lugar, a una comunidad. La población de Elkhorn estaba de su parte, apoyándola sin hacer preguntas, a pesar de su pasado.

–Gracias, Deb.

–Y ahora vuelve al trabajo, cariño. Tenemos un montón de hamburguesas que freír.

El resto de la tarde transcurrió en un ambiente casi festivo. La natural reserva de Nicole se vino abajo después de tantos abrazos y de tanta broma sobre los federales. Las barreras habían desaparecido. Se sentía incondicionalmente aceptada.

A eso de las nueve, salió para tirar la basura al contenedor que estaba al final del aparcamiento. Cuando terminó, alzó la cara para disfrutar del frescor de la brisa. Sonrió. El cielo estaba tachonado de estrellas.

Antes de trasladarse a Elkhorn, había dado por supuesto que se aburriría en una población tan pequeña. Pero aquella paz y aquella serenidad eran una auténtica bendición.

Cuando oyó a alguien acercarse, se volvió con una sonrisa, dispuesta a charlar. Hasta que se encontró con el hombre alto del pasamontañas negro.

–Otra vez nos encontramos.

Antes de que pudiera gritar, le puso sobre la boca un trapo con un olor extraño, como a antiséptico. ¿Alguna droga? ¿Cloroformo? Forcejeó, negándose a inhalarlo. Pero la fuerza se le iba a cada segundo. Estaba perdiendo la consciencia...

Cuando se despertó, los párpados le pesaban. Sentía la boca rara, pastosa, como si fuera algodón. Era consciente de que estaba en el campo, en el suelo. Le habían echado encima una manta del ejército, pero tenía mucho frío.

Se sentó, con la cabeza dolorida. ¿Dónde estaba? ¿Qué había

sucedido? Se echó la manta sobre la cabeza. Se estaba congelando.

Los secuestradores la habían dejado allí. ¿Seguirían aún al acecho, esperando a que se despertara? Aguzó los oídos. No se oía sonido alguno aparte del silbido del viento. Cuando se bajó la manta, tomó conciencia de dónde estaba. ¡Boot Hill!

Las viejas y descuidadas tumbas la rodeaban como si fuera un silencioso ejército de muertos. La habían llevado allí para morir. O quizá ya estuviera muerta. En el instante en que se levantara del suelo, las misteriosas almas en pena la llevarían consigo. Y se convertiría en la horrible criatura que había pintado Joey...

«*¡No seas tonta! ¡Tú no estás muerta!*», exclamó para sus adentros. Los muertos no respiran. No sienten el frío.

Haciendo acopio de fuerzas, se levantó. Todavía sentía débiles las piernas, y casi se cayó. Apoyándose en una tumba, esperó a que su respiración se tranquilizara. Luego dio un paso, y otro. Necesitaba marcharse de aquel lugar. Mace debía de estar preocupado por ella. El hecho de pensar en él le dio ánimos. Encontraría alguna forma de protegerla.

Recordó el sueño que había tenido, con el cadáver ahorcado colgando del árbol. Lentamente alzó la mirada, volviéndose hacia el árbol que se alzaba en un extremo de Boot Hill. Si veía a alguien o algo, colgando allí... Echaría a correr. No podría soportar la visión de ella misma, muerta...

Por suerte, de las ramas desnudas no colgaba ningún cuerpo. Estaba allí. En el mundo tangible, real. Y viva.

Pero necesitaba estar en alguna otra parte, en un lugar cálido, con gente. Porque en aquel momento se hallaba en mitad de la nada. Boot Hill se encontraba entre Las Ranas y Elkhorn.

La única acción razonable consistía en empezar a andar, circulando entre las tumbas, dirigiéndose hacia la verja de entrada. Miró hacia la esquina del cementerio, donde Mace había encontrado la evidencia de un tubo de pintura al óleo. Fue aquel día cuando lo besó por primera

vez. Evocó aquel momento, aferrándose a aquella imagen para darse fuerzas, en medio de la oscuridad que la rodeaba.

Nada más tocar la verja, se quedó paralizada. Al otro lado, apoyada la espalda en la vieja valla de madera, había un hombre sentado en el suelo. Tenía la cabeza baja, como si se hubiera quedado dormido.

Abrió la verja y salió sigilosamente. Lo observó con detenimiento. Reconocía aquellos hombros estrechos, aquel largo cuello... Era Joey. ¿Se atrevería a acercarse a él? Si la hipótesis de Mace era correcta, Joey estaba del lado de los secuestradores. Tal vez les había ordenado llevarla allí, para un encuentro final...

No se movía. Debía de estar durmiendo profundamente. El gesto era muy típico de Joey. Llevarla hasta allí y luego, en una muestra más de irresponsabilidad, quedarse dormido. Se decidió a acercarse.

—Joey...

No había movido un músculo, pese a que Nicole estaba directamente frente a él.

—Joey...

Algo marchaba mal. Se arrodilló. Soltando la manta, extendió una mano.

Se le cayó la cabeza hacia atrás. Al abrirsele la cazadora, vio la sangre. Estaba herido. Tenía el pecho ensangrentado.

¿Estaría vivo? Le buscó el pulso. Estaba frío como el hielo. Sus largos dedos estaban completamente rígidos.

Estaba tocando un cadáver.



## Capítulo 14

El aparcamiento del Café Elkhorn se había convertido en el escenario de un delito. Y como tal, había que seguir la rutina de costumbre. Mace se la sabía de memoria. Él mismo se la había enseñado a sus agentes. Tomar fotografías y recoger evidencias. Pero lo más importante era la actitud. Había que mantener el control de la situación, permanecer frío y tranquilo.

Sin embargo, le resultaba casi imposible seguir su propio consejo. Dejando a Barry al mando, permaneció sumido en un sombrío silencio. Apoyado contra su vehículo, cruzó los brazos sobre el pecho para que nadie advirtiera su temblor, reflejo de una reacción mezclada de culpa y cólera. No podía pensar, no podía razonar. Nicole había desaparecido.

Hacía cerca de una hora, según las informaciones de los testigos, había salido de la cafetería para tirar la basura y ya no había vuelto. Cuando vio su parka roja colgada del perchero detrás de la puerta, una especie de rabia cegadora hizo presa en él. El *shock* fue físico, como si lo hubiera fulminado un rayo.

Tuvo que recurrir a toda su capacidad de control para no hacer azotar a sus subordinados, Philips y Greenleaf, a quienes había encargado protegerla. En lugar de quedarse fuera vigilando las puertas, se habían metido dentro a cenar.

Pero su furia contra ellos no era nada, comparada con el desprecio que sentía hacia sí mismo. Todas las promesas que le había hecho de protegerla no habían sido más que palabras vanas, vacías, fútiles. Había fracasado. Y era Nicole quien estaba pagando el precio.

Toda la actividad que reinaba en el aparcamiento, el examen

escrupuloso del escenario, los interrogatorios a los testigos, todo ello tendría que dar como resultado alguna pista. Pero Mace no se hacía esperanzas. Hasta el momento, los secuestradores siempre se las habían arreglado para burlarlos. Y ahora se habían llevado a Nicole con ellos. Si llegaban a hacerle algún daño, él...

¿Qué podía hacer? Estaba paralizado, desesperado. No sabía por dónde empezar a buscarla.

Barry se le acercó con paso decidido, animado.

— Tenemos una pista.

— ¿De qué se trata?

— Alguien informó de una explosión. Un vehículo empezó a arder en el fondo de un barranco, cerca de Las Ranas. Los testigos afirmaron que se trataba de un jeep Wagoneer, como el de los secuestradores.

Aunque temía la respuesta, Mace se obligó a formular la pregunta.

— ¿Alguna víctima?

— No. Ninguna.

— ¡Vamos!

Abrió la puerta del todoterreno. No tenía ningún sentido seguir allí. Nicole no estaba en aquella zona.

Barry subió al coche e informó por radio de que se dirigían hacia las Ranas.

Mace abandonó Elkhorn a toda velocidad, con la sirena puesta.

— Tú ya estuviste investigando antes en Las Ranas, ¿verdad? —le preguntó Barry—. ¿Con quién hablaste?

— Con Don Blackbird.

Fue la misma tarde en que Nicole lo besó por primera vez. Se humedeció los labios, evocando el dulce sabor de su boca.

— Es verdad. Redactaste un informe. Descubriste que Joey debía dinero en los casinos. Esas deudas explicarían que hubiese planificado

su propio secuestro. Y tal vez Blake Wentworth estuviese implicado en ello. Revisaré las llamadas que ha hecho por su móvil.

–Lo último que me importa en este momento es el secuestro de Joey.

–Porque estás preocupado por Nicole.

–No puedes imaginarte cuánto.

–Pues entonces necesitas más que nunca pensar como un poli. Eso es lo que necesita ella ahora mismo. Un buen poli que descubra dónde está y quién se la ha llevado.

Barry tenía razón. Mace se dijo que tenía que dejar de sentir y empezar a pensar. Su intuición y su lógica, le decían que era la mejor manera de localizarla, pero su cerebro aún seguía en estado de *shock*.

–De acuerdo, socio. Ayúdame. ¿Qué debería hacer?

–Podrías empezar por no pisar tanto el acelerador.

Mace bajó la mirada al tablero de mandos. La aguja del cuentakilómetros parecía haberse quedado atascada en el límite.

–Ya sé que tenemos prisa –añadió Barry–, pero si te estrellas, destrozará el todoterreno. Y yo tendré que encargarme de todo el papeleo.

–De acuerdo –retiró el pie del pedal–. Continúa.

–Pensemos en Las Ranas. ¿Qué diablos estarían haciendo allí los secuestradores? En tu informe dijiste algo acerca de un tubo de pintura, o algo así...

–Lo encontré en Boot Hill –le explicó Mace–. Joey solía ir allí a pintar. Ese era el paisaje que aparecía de fondo en aquel horrible retrato de Nicole.

La recordó avanzando entre las tumbas, limpiando de hojas las lápidas. Y recordó también que esa noche había soñado con el cementerio.

–Por alguna razón, ese lugar era importante para Joey –frenó de

golpe para dar la vuelta — . Iremos allí primero.

\* \* \*

Nicole intentó cubrir el cuerpo de Joey con la manta que le habían dejado los secuestradores. La muerte debía ser respetada. Le parecía cruel dejarlo allí solo, apoyado contra la valla del cementerio. Susurró una oración. Joey había llevado una vida muy problemática. Quizá en la muerte encontrara la paz. Pese a todo lo ocurrido, no le guardaba rencor alguno.

Se levantó y avanzó un paso. Aunque seguía mareada, el dolor de cabeza había cedido un tanto. Se abrazó para entrar en calor. Su ligero uniforme rosa apenas la protegía del frío de la noche. Corría peligro de congelarse. En algún sitio había leído que la hipotermia era una muerte dulce...

Recorrió las viejas tumbas con la mirada. La primera vez que fue allí con Mace, pudo percibir el extraño encanto de aquel lugar. Y comprender por qué le había fascinado tanto a un artista como Joey. Pero después de la pesadilla, su percepción había cambiado.

Enterrados allí mismo, bajo aquellas antiguas lápidas, estaban muchos de sus temores, brutales recordatorios de dolor y de su propia mortalidad. Pero no quería morir. Menos ahora, cuando finalmente tenía algo por lo que vivir...

De repente, el chasquido de una rama al romperse la sobresaltó.

— ¿Quién anda ahí?

Le contestó el fantasmal silbido del viento. Las ramas desnudas de los árboles arrojaban extrañas sombras sobre las tumbas, evocando los recuerdos más sombríos del terror y del maltrato sufridos. Recordaba, por ejemplo, los pasos de Derek por el pasillo segundos antes de que reventara una puerta a patadas.

Empezó a retroceder, tambaleándose. ¿Andarían cerca los secuestradores? Casi deseaba que la atacasen de una vez. Cualquier cosa sería mejor que aquella incertidumbre...

Escuchó otro chasquido. Alguien estaba avanzando por el césped reseco. Se acercaban.

Tenía que correr. Su única defensa era escapar. Pero le pesaban los pies como si fueran de cemento. Sus pasos eran lentos y torpes mientras bajaba por la colina, hacia la carretera.

Aquella, sin embargo, era la peor ruta de escape posible. En la carretera la localizarían fácilmente. Lo mismo debió de haberle ocurrido a Joey. Después de llamarla para decirle que se encontraba bien, los secuestradores debían haber regresado para recogerlo. Y para matarlo.

Su asesinato era culpa suya. No debió haberles entregado el dinero del rescate sin saber a ciencia cierta que se encontraba bien, libre de todo peligro. Pero ya no había tiempo para eso. Tenía que seguir huyendo. Necesitaba alejarse de la carretera.

Bajó la mirada a su delantal blanco. No podía destacar más en la oscuridad de la noche. Se lo quitó y lo arrojó al suelo.

Corrió con todas sus fuerzas, a ciegas, desesperada por alejarse todo lo posible de Boot Hill.

Mace agradecía enormemente a Barry su sabio consejo. La mejor manera de ayudar a Nicole era ser un buen policía. Eso era lo que tenía que hacer. Deliberadamente ahuyentó la tormenta emocional que parecía haber empantanado su cerebro. Empezó a pensar. Y se convirtió en un cazador.

Siguiendo su instinto, se dirigió hacia Boot Hill. No era el lugar más lógico por donde empezar a buscar a Nicole, pero el comportamiento de los secuestradores tampoco había revelado mucho sentido. ¿Por qué la habrían secuestrado a ella? Expuso su pregunta a Barry, que se acarició la espesa barba, pensativo.

—Yo tampoco lo entiendo. Ya secuestraron a Joey, y consiguieron el dinero del rescate.

—Todo debió haber terminado en aquel entonces —pronunció Mace—. Este nuevo paso dado con Nicole les ha supuesto un riesgo suplementario. ¿Por qué lo habrán hecho?

El secuestro de Nicole había traído como consecuencia la movilización de todo el condado. En aquel momento, todo el mundo la estaba buscando. Lo que quería decir que no estaban buscando a los secuestradores.

—¡Claro! Una distracción —añadió—. Han secuestrado a Nicole solamente para distraer nuestras fuerzas. Todo el mundo está ocupado buscándola a ella.

—¿Suprimiste los controles de carretera?

Mace asintió con la cabeza. Nada más enterarse de la desaparición de Nicole, había convocado para la búsqueda a todos los agentes y voluntarios que había podido localizar.

—Probablemente por eso incendiaron su propio vehículo —apuntó Barry—. Otra distracción.

—Llama a Heflin. Dile que redoble los esfuerzos de búsqueda. Si los secuestradores esperaron hasta ahora para moverse, no pueden estar a más de una hora de Elkhorn.

Apagó la sirena antes de acercarse a Boot Hill. Aparcaron al lado del lecho seco del arroyo y bajaron del todoterreno. En la oscuridad, los sentidos de Mace parecían agudizarse. Podía escuchar los más leves sonidos de la noche, el sigiloso paso de los animales más pequeños. El aire olía a humedad putrefacta, como el hedor de un antiguo cadáver descompuesto. Al asomarse al cementerio, distinguió una figura entre las ramas de los árboles.

—¡Allí!

Señaló antes de echar a correr hacia la silueta inmóvil.

Apoyado en la valla había un cuerpo. «*Que no sea Nicole...*», rezó. «*Por favor, que no sea Nicole*». Apartó de un tirón la manta, descubriendo el cadáver de Joey Wentworth. Tenía las manos en el

regazo, pero su postura era extraña, como si alguien hubiera querido colocarlo bien después de muerto. Hasta le habían apartado el cabello de la cara.

Barry terminó de subir la colina, jadeando.

—No estoy acostumbrado a estos ejercicios físicos...

—Este es Joey —aunque no había tenido ocasión de conocerlo en vida, respondía exactamente a la descripción que le había dado Nicole. Estaba seguro de que era él—. Hay que informar a los federales. Pero todavía no quiero distraerlos de la búsqueda de los secuestradores. Espera media hora antes de avisarlos.

—¿Estás seguro? —inquirió Barry.

—La responsabilidad es mía. Y la autoridad también, ya que el asesinato se ha producido en mi condado.

Entró sigilosamente en el cementerio, buscando a Nicole. Todo parecía desierto. Se arrodilló para examinar el suelo. Los años que había pasado cazando con Tata Charlie le habían enseñado a seguir cualquier rastro y a interpretar cualquier huella. Había briznas rotas de hierba, que lo llevaron hasta una pequeña depresión en el terreno. Un cuerpo podía haber descansado allí, posiblemente Joey. Una persona o varias habían entrado y salido. Una podía haber sido Nicole.

La postura en que había encontrado el cadáver de Joey, cubierta la cabeza con la manta, indicaba un respeto, una actitud reverente hacia la muerte. Intuía que Nicole había estado allí. Y que probablemente estaba huyendo en aquel preciso instante.

Solamente había una carretera que llevaba hasta aquel lugar. Bajó la colina corriendo.

—¿Adónde vas? —le gritó Barry.

—Creo que Nicole ha estado aquí. Tal vez estuvo intentando componer el cadáver un poco. Lo que indica que al menos en aquel momento... Estaba sola.

Llegó a la carretera. De repente distinguió algo blanco y corrió hacia allí. ¡Era el delantal de Nicole!

Se dirigía hacia el sur. La alcanzaría en el coche. Abrió la puerta.

— ¡Hey! ¿No pensarás dejarme aquí, verdad? — se quejó Barry.

— Alguien tiene que quedarse con el cuerpo.

— Ni siquiera voy armado. ¿Qué haré si aparecen los secuestradores?

— Toma — desenfundó su pistola y se la lanzó—. Ahora ya tienes con qué defenderte.

Mientras conducía, conectó las luces y la sirena para advertir a Nicole. Si estaba escondida, todo aquel escándalo la haría salir.

Continuó por la carretera. Un kilómetro. Dos. No había ninguna casa cerca. Sólo la alambrada que corría en paralelo al camino.

Aparcó el vehículo, dejó las luces encendidas y se puso a caminar por el arcén, escrutando los árboles que se levantaban al otro lado de la alambrada.

— ¡Nicole! ¿Estás ahí?

Siguió andando. A cada paso se sentía más cerca de ella. Si hubiera creído en algo semejante, habría pensado que se comunicaban por telepatía. Finalmente escuchó un débil grito.

— ¿Nicole?

Se oyó un rumor en la espesura. Al volverse, la vio. Tenía el uniforme sucio de tierra, los brazos arañados por las ramas, el rostro pálido como la cera. Pero nunca le había parecido más hermosa.

Mace la sujetó antes de que se dejara caer al suelo. Estaba congelada de frío. Ante todo, tenía que entrar en calor, así que la llevó al todoterreno. No tenía conciencia de haber caminado tanto, de modo que tuvo que darse prisa.

— Yo creía... — murmuró, con los ojos cerrados—. Yo creía que



ellos me estaban persiguiendo.

– ¿Estás herida? ¿Te han hecho daño?

– Me han drogado. Me pusieron algo en la nariz. Yo no quería inhalarlo...

Mace los maldijo en silencio. La habían drogado y la habían dejado en el cementerio, a la intemperie. Y todo para distraerlos.

– Tranquila. Te pondrás bien.

– He encontrado a Joey – musitó –. Todo fue culpa mía. Está muerto.

– No te culpes. Tú no hiciste nada.

Llegaron al coche y la subió al asiento trasero, arropándola con su cazadora. Temblaba convulsivamente. Le acarició una mejilla.

– Debería llevarte al hospital.

– La primera vez que nos encontramos, me dijiste eso mismo – sonrió débilmente –. No hace falta, estoy bien. Jewel me cuidará. Quiero ir a casa.

Por primera vez en varias horas, Mace se relajó. Había dicho «*casa*». Para Nicole, el rancho había pasado a ser su hogar. La estrechó contra su pecho.

– Jamás volveré a perderte de vista.

Un coche patrulla aparcó a su lado. Era Barry. Cuando vio a Nicole, una enorme sonrisa iluminó su redondo rostro barbado.

– ¿Cómo está?

– Medio congelada. Me la llevo a casa conmigo.

– Sentaos atrás los dos. Yo llevaré el coche.

Segundos después, estaban en camino. Mace no dejaba de abrazarla. Vio que había cerrado los ojos.

– Avisaré al médico para que vaya directamente al rancho – le

propuso Barry.

—Buena idea —susurró para no despertar a Nicole—. ¿Cómo conseguiste refuerzos?

—Llevaba encima mi móvil. ¿Realmente pensaste que me iba a quedar esperándote a la intemperie, solo y con este frío? También me puse en contacto con los federales para decirles lo de Joey. Vas a tener que enfrentarte con ellos.

Una discusión sobre jurisdicciones era algo de esperar, pero Mace no preveía un enfrentamiento grave. Heflin había fracasado con los tres criterios que cabía aplicar en cualquier operación de rescate. La víctima estaba muerta. El dinero había desaparecido. Y muy probablemente los secuestradores habían logrado escapar.

Las cosas no podían empeorar mucho más. Desde que el FBI había tomado el mando, habían perdido toda credibilidad.

—Heflin tenía razón en una cosa —dijo Mace—. En su insistencia en que los secuestradores eran delincuentes profesionales.

—Pero tú no te lo creías —le recordó Barry.

—No, por el olor a aficionado que despedía todo esto. La cabaña saqueada. La ventana rota del cuarto de baño. La extraña entrevista nocturna de Nicole —pensó por un momento—. Incluso el sabotaje de los frenos me parecía algo infantil.

Pero el comportamiento posterior de los secuestradores no había podido ser más distinto. Joey había sido asesinado a sangre fría. Habían incendiado su propio vehículo. Esas sí que eran cosas de profesionales.

—Con un poco de suerte —comentó Barry—, tendrán antecedentes. Y huellas. Si encontráramos alguna en el jeep incendiado, nos vendría bien usar el laboratorio del FBI.

—Yo no tengo ningún problema en colaborar con ellos. Eso fue lo que les propuse desde un principio.

Pero en aquel momento, su atención estaba concentrada por entero

en la mujer que tenía en los brazos. Quería protegerla, poner fin a sus pesadillas y ayudarla a realizar sus más dulces sueños.

Había sufrido tanto... Y Mace sabía que jamás volvería a sentirse verdaderamente segura hasta que los secuestradores de Joey fueran detenidos.

## Capítulo 15

Después de pasar dos días en cama, Nicole se sentía plenamente recuperada, pero Mace seguía insistiendo en tratarla como a una inválida. Ni siquiera la dejaba pasear hasta las cuerdas si no la acompañaba personalmente.

Evidentemente disfrutaba mucho de su compañía, pero estaba deseosa de volver a su rutina normal, ayudar a Jewel en sus tareas y retomar su trabajo en la cafetería, además de entablar una relación normal con Mace...

Mientras se incorporaba en la cama, decidió que aquella mañana sería la de su independencia. Aunque el mundo exterior era un lugar peligroso, donde los secuestradores de Joey aún seguían al acecho, no podía continuar escondida en aquella especie de torre de marfil. Había llegado la hora de moverse.

En aquel instante llamaron a la puerta.

– Adelante.

Era Mace, con dos tazas de café. Le dejó la suya sobre la mesilla.

– ¿Cómo te sientes esta mañana?

– Bien.

Se inclinó para darle un beso en la frente. Nicole se recordó que eso también tenía que cambiar. Quería que le diera besos de verdad. Besos apasionados que la hicieran estremecerse de la cabeza a los pies. Quería que hicieran el amor. Pero eso resultaba imposible mientras estuvieran rodeados de guardaespaldas...

Levantó su taza y tomó un sorbo.

– ¿Qué tal va la investigación? ¿Alguna novedad durante la

noche?

Mace asintió, sombrío.

– ¿Malas noticias? – insistió ella.

– Al contrario. ¿Recuerdas que te dije que habíamos encontrado una serie de huellas dactilares en el vehículo incendiado?

– Sí.

– Tenemos la identidad de uno de ellos. Con un historial delictivo impresionante. La policía de Denver lo tiene detenido.

Esa era una buena noticia, pero Mace no parecía en absoluto contento.

– ¿Entonces cuál es el problema?

– Que tiene una coartada muy buena para el tiempo que supuestamente pasó en Elkhorn. Aún sigue retenido, pero una huella no basta para acusarlo de secuestro.

– ¿Cómo ha reaccionado Heflin?

– Ha regresado a Denver.

– ¿Te molesta que el centro de operaciones se haya desplazado a Denver?

– La verdad es que no. Sin Heflin al lado, disfruto de mucha mayor libertad.

– Hablando de libertad... Creo que ya va siendo hora de que recobre la mía. Necesito salir de esta casa.

– Eso mismo era lo que quería yo escuchar.

– ¿De veras? – inquirió, sorprendida.

– Sí, porque quiero llevarte a Denver.

De repente sintió una opresión en el pecho, como si se estuviera ahogando.

– Pero yo no puedo ir a Denver. Derek está allí...

—Sé cómo te sientes, pero para la resolución de este caso, es importante que vayas a Denver. Tú eres el único testigo, Nicole.

—¿Yo? Los secuestradores llevaban pasamontañas. Jamás le vi la cara a ninguno —protestó.

No quería ir allí. En Denver no estaría segura. Derek terminaría por encontrarla.

—La policía de Denver quiere que hagas una identificación de voz.

—¿Qué es eso?

—Es como una rueda de identificación visual, pero con voces. Estarás sentada detrás de una pantalla protectora. Nadie podrá verte. Escucharás varias voces diciendo la misma frase. Si reconoces la voz del detenido, esa será otra prueba que utilizaremos contra él.

—Sigue sin gustarme la idea —aunque, ¿cómo podía negarse? Quería ver a los secuestradores entre rejas—. Pero supongo que no tengo elección.

Mace se levantó.

—Nos vamos dentro de media hora.

—Espera un momento. ¿Cómo podías estar tan seguro de que al final aceptaría tu plan?

Se detuvo en el umbral de la puerta.

—Porque cuanto antes encarcelemos a esos tipos, antes volverás a estar a salvo.

Como si lo hubiera estado alguna vez... El temor era su constante compañero. Siempre lo había sido.

Aunque los secuestradores la habían aterrorizado, el miedo que le inspiraba Derek era mucho mayor. Y ahora regresaba a sus dominios...

Después de un baqueteado vuelo en un pequeño bimotor, Mace y ella aterrizaron en el Aeropuerto Centennial del sur de la ciudad.

Había vuelto a Denver, el escenario de su desastroso matrimonio. Pero esa vez no estaría sola.

Mace no se separaba de ella. Aunque iba armado y con la placa en la solapa, no parecía el *sheriff* de Elkhorn. Llevaba ropa de civil. Traje negro y zapatos del mismo color en vez de sus botas de cowboy. Aun así, nadie lo habría confundido con un ejecutivo de ciudad. Llevaba abierto el cuello de la camisa, exhibiendo su brillante oso de plata, símbolo de la fortaleza, del instinto protector. Sus ojos oscuros estaban en constante movimiento, acechando amenazas.

Nicole también se había cambiado de ropa para su viaje a Denver. Lucía una falda larga de lana y un suéter azul, y se había recogido la melena en un sofisticado moño. Incluso se había pintado los labios y maquillado un poco, algo que casi nunca había vuelto a hacer desde que huyó de Derek.

– Estás preciosa – le comentó Mace.

– Usted también está muy guapo, *sheriff* – bromeó –. ¿De dónde has sacado ese traje?

– Solía vestir así cuando trabajaba para el departamento de policía de Denver.

– ¿Con el collar indio y todo?

– Desde luego. Las cuentas de turquesa y el oso de plata dan suerte. Y un poli siempre necesita de toda la suerte que pueda conseguir.

Mientras se dirigían al centro de la ciudad en un coche de alquiler, Mace le deparó otra sorpresa:

– Nos quedaremos aquí esta noche.

– ¿En Denver? ¿Por qué?

– Primero, porque ya son las dos de la tarde y la rueda de reconocimiento no tendrá lugar hasta las cinco. Cuando terminemos será demasiado tarde para volar de regreso a Elkhorn.

— ¿Y segundo? — le preguntó, desconfiada.

— Quiero aprovechar el viaje para volver a hablar con Blake Wentworth. Tengo que hacerle unas preguntas.

— Tienes una nueva teoría, ¿verdad? Crees que puede estar relacionado con los secuestradores.

— En un buen candidato a sospechoso. Su negocio petrolífero ha sufrido contratiempos muy serios, y toda su fortuna estaba en ese fondo personal de Joey. Es posible que planeara todo esto para poder disponer con libertad de ese dinero.

— Supongo que no creerás que fue él quien mató a Joey... — aunque ciertamente no estaba muy encariñada con Blake, no podía imaginárselo en el papel de asesino de su sobrino —. Creo que a Blake le gustaba Joey. Lo animaba para que siguiera pintando.

— Hicimos un seguimiento de las llamadas que hizo a Denver. Por tres veces llamó a un teléfono ilocalizable con prefijo de Denver, durante un total de treinta y tres minutos.

— ¿Un teléfono puede ser ilocalizable?

— Sí, como los móviles que utilizaron los secuestradores, que estaban registrados a nombre de una persona inexistente — respondió Mace —. Blake le explicó todo esto a la policía de Denver, pero quiero interrogarlo personalmente.

Nicole se acomodó en su asiento, contemplando por la ventanilla los lujosos barrios residenciales que rodeaban el aeropuerto. La casa que había compartido con Derek estaba en la selecta zona del Denver Country Club, famosa por sus aristocráticas mansiones. Sabía que Blake Wentworth vivía al sudoeste, en un barrio de menor categoría. Según le había contado Joey, su tío había elegido una modesta casa cerca de aquella en la que vivía su ex esposa y sus tres hijos. ¿Cómo un asesino sin escrúpulos habría podido seguir en contacto con su familia?

— Hay una tercera razón por la que quiero que nos quedemos esta



noche en Denver.

– ¿Cuál es?

– Quiero que pasemos una noche juntos, a solas, los dos. Sin mi hermana, sin los policías que custodian mi casa, y media población de Elkhorn vigilando nuestros movimientos.

Con el corazón henchido de alegría, Nicole comentó:

– Decididamente, me gusta la razón número tres.

– Sabía que te gustaría – repuso, sonriendo.

A Mace le encantaba verla sonreír. Nicole había cambiado tanto desde que se conocieron, cuando la recogió del suelo en la cabaña destrozada... Sus miedos no habían desaparecido, pero ya no afloraban como antes. Tenía tantas ganas de pasar la noche con ella, que a veces hasta se olvidaba de la rueda de reconocimiento y de la entrevista que tenía pendiente con Blake. Aquella noche sería de los dos.

Una vez en el centro de Denver, aparcó frente a la sede del departamento de policía. Aquella no era la primera vez que volvía desde que le nombraron *sheriff* de Sterling County, ya que conservaba un buen número de amistades en el cuerpo.

Nada más entrar, le presentó a dos antiguos compañeros. Les dijo que era una amiga suya.

– ¿Una buena amiga? – quiso saber uno de ellos.

– Supongo que sí – respondió Nicole.

– Dime una cosa... ¿Sigue teniendo Mace una teoría propia acerca de cada crimen?

– Desde luego que sí – se echó a reír.

– ¡Oh, diablos! – el inspector alzó los ojos al cielo—. A nosotros nos volvía locos con sus teorías... ¡Hablaba como si fuera Sherlock Holmes en persona!

—Elemental, querido Watson... —repuso Mace, siguiendo la broma.

Continuó hablando con sus compañeros y evocando viejos casos mientras Nicole entraba en la sala de reconocimientos. Sin embargo, seguía pensando en ella. Aunque estaba completamente a salvo en compañía de otros agentes, no le gustaba perderla de vista. Ni siquiera por unos pocos minutos.

Además, todo su ser estaba concentrado en lo que pasaría aquella noche. Ya se había registrado en un hotel y reservado una *suite*. De esa manera, si las cosas no funcionaban, siempre podría dormir en el sofá. Aunque esperaba con todas sus fuerzas que no fuera así. Demasiadas duchas frías había tenido que tomar últimamente.

Nicole salió de la sala, sonriendo.

—Lo ha reconocido —informó el oficial a Mace—. Ha sido una identificación perfecta. Lo retendremos aquí hasta que usted y el FBI decidan qué hacer con él.

—Reconocí esa voz tan desagradable tan pronto como la oí —pronunció Nicole, tomándole las manos—. Por fin he podido hacer algo útil...

—Esto hay que celebrarlo —dijo Mace antes de dirigirse a los demás policías—. Lo siento, chicos, pero no estáis invitados...

Nicole no le dijo a Mace que el hotel que había escogido para pasar aquella noche había sido, precisamente, escenario de una de sus peores experiencias con Derek. Fue en la sala de banquetes de aquel hotel donde su marido recibió un famoso premio. Y ella recibió a su vez un cruel castigo, de regreso a casa.

Había pasado menos de un año desde entonces, pero el hotel parecía diferente. Más luminoso, más cálido. Dado que solamente llevaban una maleta para los dos, no llamaron a un botones. Mace la guió hasta los ascensores y subieron hasta la vigésima planta.

La *suite* estaba magníficamente amueblada. Sobre la mesa del café, delante del sofá, había un precioso centro de flores naturales.

– ¿Dónde quieres que cenemos?

Antes de cerrar, Nicole colgó el cartel de *No Molesten* del pomo de la puerta.

– Prefiero recurrir al servicio de habitaciones – susurró.

– ¿Estás segura?

– No tengo hambre. Y prefiero quedarme aquí, contigo...

– ¿No estás demasiado cansada?

– En absoluto.

– Bien.

Atrayéndola a sus brazos, la besó con pasión y ternura a la vez. Sus cuerpos parecían encajar en un molde perfecto...

Minutos después, mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja, le confesó en un murmullo:

– Estoy hambriento.

– Más estoy yo.

Se apartó levemente para mirarla a los ojos.

– Creo que deberíamos pedir que nos subiesen la cena. Tengo la sensación de que esta noche voy a necesitar de toda mi fuerza...

– Déjame que la pida yo.

Se acercó al teléfono que estaba al lado del sofá. Sin consultar el menú, pidió solomillo con espárragos y pasta, todo ello regado con vino de borgoña. Y flan glaseado con chocolate de postre.

Mace se quitó la chaqueta del traje y se sentó en el sofá, junto a ella.

– Buena elección. Y ahora... Cuéntame lo que sucedió en la rueda de reconocimiento.

—Había un par de policías y de funcionarios judiciales, todos muy amables. Me preguntaron por lo que quería que dijeran esos tipos... Algo que se pareciera a lo que me había dicho el secuestrador —dos frases acudieron a su mente. Dos frases que no habían dejado de resonar en su cerebro—. Cuando me abordó a la puerta de la cafetería, me dijo: «*Otra vez nos encontramos*». La otra frase me la soltó cuando le entregué el dinero del rescate en la tienda: «*Nicole, si se lo dices a ese tipo, los dos moriréis*». Nunca olvidaré el miedo que pasé. Estaba convencida de que me mataría. Y a ti también.

—Pero no lo hizo —le recordó Mace.

No había querido revivir aquellos momentos, pero se trataba de recuerdos imposibles de borrar.

—Mató a Joey, en vez de a mí.

Mace la abrazó con ternura.

—Has sufrido mucho.

—¿Sabes? Me alegro de no haber tenido que soportar todo esto yo sola. Si no hubiera sido por ti, ahora mismo estaría destrozada.

—No me lo creo. Eres más fuerte de lo que pareces.

—Hay algo que necesito decirte, Mace... —le acunó el rostro entre las manos—. Esta noche quiero que hagamos el amor. Y quiero que sepas que si estoy haciendo todo esto es por las razones apropiadas.

—¿Qué razones son esas?

—Pues porque siento... —vaciló, intentando encontrar la palabra adecuada. ¿Era amor? De alguna manera, aquel no le parecía el momento adecuado para pronunciar la palabra. Entre ellos todavía quedaban algunas barreras levantadas—. Porque siento un profundo afecto por ti.

—De acuerdo, princesa —le tomó las manos entre las suyas—. A mí me pasa igual. Las mentiras quedaron atrás.

—Cierto.

– Puestos a hacer confesiones, yo también tengo que decirte algo...  
– pronunció, mirándola con una ternura conmovedora –. Desde la primera vez que te vi, hubo una cosa que me fascinó tanto... Nicole, ¿podrías soltarte el cabello para mí?

– Será un placer.

Se levantó y rodeó la mesa para colocarse frente a él. Sin dejar de mirarlo a los ojos, se quitó las horquillas con que se había sujetado el moño. Mace seguía cada uno de sus movimientos, con los labios entreabiertos y la respiración acelerada.

Finalmente la melena dorada quedó libre, cayendo en cascada hasta la cintura, como una cortina de seda.

– Vuélvete – le pidió él, con voz ronca.

Nicole dio una rápida vuelta sobre sí misma.

– Más despacio.

Así lo hizo, mirándolo coqueta por encima de un hombro. Le encantaba seducirlo.

– Ven aquí.

Sentándola sobre sus rodillas, enterró los dedos en su pelo mientras la besaba. Fue un beso lento, meticulosamente sensual. Luego empezó a acariciarla por encima de la ropa. A pesar de que hacía mucho tiempo que había perdido la virginidad, Nicole tuvo la sensación de que aquella era la primera vez que hacía el amor.

Cuando llegó el servicio de habitaciones, Mace metió el carrito y pagó al camarero. Volviéndose hacia Nicole, le tendió la mano.

– Vamos al dormitorio.

– Pero se nos enfriará la cena...

– Estoy hambriento de ti.

¿Cómo podía negarse? Aceptó su mano y se dejó guiar a la habitación.

Se desabrochó la camisa con movimientos rápidos y seguros, revelando su poderoso torso bronceado. Pero al ver que ella intentaba desvestirse con la misma diligencia, se lo impidió:

– Déjame a mí.

Le subió lentamente el suéter y se lo sacó por la cabeza. Acto seguido, le quitó la falda, la braga, el sujetador. Luego, finalmente, se quitó los pantalones y la ropa interior. Quedaron completamente desnudos frente a frente. Mace solamente llevaba su collar indio, cuyo oso de plata brillaba débilmente en la penumbra.

Nicole le puso una mano en el pecho. Su piel cremosa contrastaba con el tono cobrizo del torso de él. Ofrecían un contraste perfecto. El equilibrio de los contrarios. La llevó a la cama y se tumbó a su lado.

– Quiero tocarte por todas partes... – musitó.

Primero las caricias fueron leves, como el aliento de una brisa fresca. Luego se profundizaron, amasando su cuerpo, febriles.

– Eres tan suave... Tu piel... Es puro satén.

Capturó sus pezones con dos dedos. Nicole sintió un estallido de placer extendiéndose por todo su cuerpo. Minutos después se dedicó a acariciarlo a su vez, arrancándole un gemido de gozo.

– No te detengas.

Pero su expresión al borde del éxtasis era tan fascinante, que se detuvo para observarlo mejor. Le maravillaban sus ojos negros, el contraste de sus blancos dientes en su rostro bronceado, la perfección de su cuerpo, fuerte y esbelto...

– Hazme el amor, Mace. Ahora.

Delicadamente le separó los muslos. Sus miradas se encontraron mientras la preparaba debidamente, asegurándose de que estuviera húmeda y dispuesta para él.

– Ahora –exigió–. ¡Ya!

– Primero esto...

Estirándose sobre ella, localizó sus pantalones y sacó un preservativo.

—Por supuesto —murmuró Nicole.

A ella se le había olvidado, pero a él no. Podía confiar en Mace para todo. Jamás le haría ningún daño. Al contrario.

Se apoyó sobre los codos para no aplastarla con su peso. Nunca había habido un amante más tierno y considerado. Cuando entró en ella, Nicole estalló en una espiral de gozo, ardiente como lava de volcán. Tras el primer embate, poderoso y fluido, continuó empujando una y otra vez.

Hacer el amor con Mace era todo lo que había esperado y más. No podía creerlo. Su asombro crecía por momentos. Antes siempre se había contenido, temerosa de perder el control. Pero con Mace abandonó todo freno, toda precaución, para entregarse completamente. Gritó su nombre, fuera de sí, consumida de deseo.

Finalmente, cuando su pasión quedó saciada, se derrumbaron agotados en la cama.

La cena se estaba enfriando en la otra habitación, pero no le importaba. Nada le importaba, excepto el hombre que estaba tendido a su lado.

Giró la cabeza hacia ella. Toda tensión había abandonado su rostro. Parecía absolutamente relajado.

—Yo diría que sólo por esto ha merecido la pena el viaje hasta Denver.

—¡Oh, desde luego que sí!

Se sorprendió del apetito que le entró. La cena le supo a gloria. Comieron desnudos. Otras veces que había hecho el amor, se había apresurado a vestirse. Con Mace permanecer desnuda le parecía lo lógico, lo natural.

—Mañana —le dijo él—, comeremos con Blake Wentworth a la

una del mediodía.

– A eso lo llamo yo una receta indigesta – esbozó una mueca –. ¿Tengo que acompañarte?

– No pienso perderte de vista. Sobretudo mientras estemos en Denver.

– ¿Sabes? Eres tan diferente de los hombres que he conocido...

– Yo puedo decir lo mismo.

Rió entre dientes.

– ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

– Siempre me divirtió la manera que tienes de comer. Tan correcta, tan formal... Y es especialmente cómico cuando estás desnuda.

Nicole arqueó una ceja.

– ¿Quieres que me vista?

– ¡Diablos, no!

Tan pronto como terminaron el postre, volvieron a hacer el amor. Hasta que cayeron en un profundo y reparador sueño...

A la mañana siguiente, cuando se despertó, lo sorprendió mirándola. Sonrió, soñolienta.

– ¿Qué hora es?

– Casi las once. Creo que tenemos tiempo para volver a hacer el amor en la ducha antes de ir a comer con Blake.

– Me parece un buen plan – se estiró, desperezándose –. ¿Sabes? Anoche fui la mujer más feliz del mundo.

Mace la abrazó tiernamente. Luego, sentándose en la cama, se desabrochó su collar indio.

– Quiero que lleves esto.

Nicole se frotó los ojos, sorprendida.



– ¿No es ese el regalo que te hizo Tata Charlie?

– Sí, mi más preciosa posesión. Como tú, es algo que nunca pienso perder de vista.

Sus palabras le parecían importantes, pero no entendía su sentido.

– ¿Qué quieres decir?

– Que deseo quedarme contigo para siempre, Nicole. ¿Quieres casarte conmigo?

– No puedo –repuso, estremecida–. No puedo casarme contigo, Mace... Porque aún sigo casada con Derek.

## Capítulo 16

Mace cerró los dedos con fuerza sobre su amuleto, sintiendo el frío contacto de las cuentas de turquesa. Había estado a punto de entregar su corazón a una mujer que le había mentido una vez, y que todavía seguía mintiéndole. Había traicionado su confianza de la peor manera posible. Aún seguía casada.

No tenía ningún derecho a estar en la cama con ella. Ni a pensar en ella como su compañera.

–Tú me hiciste creer... –le dijo, acusador—. Que estabas divorciada.

–Tuve que escapar de Derek. Temía que pudiera localizarme si solicitaba el divorcio.

–Me mentiste.

Nicole se sentó en la cama, cubriéndose con las sábanas.

–Yo nunca te dije que estuviera divorciada.

–Quizá no con todas las palabras, pero...

–No te lo dije de ninguna manera.

Sus fascinantes ojos azules le suplicaban comprensión. Se habían esforzado tanto ambos, por construir un clima de confianza... Ella no era una mentirosa, pero tampoco había sido sincera con él. No podía serlo. Había secretos que siempre llevaría escondidos en su corazón.

–Debiste habérmelo dicho.

–Ahora ya lo sabes.

Sacudió la cabeza, echándose la melena sobre un hombro. «*Qué hermosa es*», pensó Mace. La noche que había pasado con ella había

sido la culminación de todos sus sueños. El placer físico había sido sencillamente inefable.

Pero una relación exigía algo más que sexo, y dudaba que Nicole pudiera entregársele completamente, sin reservas. Siempre había algo que se guardaba por culpa de su miedo, o de su pasado... O por simple costumbre.

– Por favor... – le pidió ella –. Tienes que confiar en mí.

– Tú eres la que no puede confiar en nadie, Nicole. Tus secretos se interponen entre nosotros.

Bajó la mirada al collar que todavía sostenía en la mano. Tata Charlie se lo había regalado cuando entró en la adolescencia. Era el símbolo de su masculinidad. Un hombre fuerte, un hombre confiado y de confianza, la habría perdonado. Pero él no era perfecto. Abrió la mano y el collar cayó en la cama, entre ellos.

Aquel collar, habría debido ser símbolo de una promesa que siempre estaría a su lado, con ella. Que siempre la protegería. ¡Qué esfuerzo tan fútil!

– No puedo salvarte de tu pasado, Nicole.

– Pregúntame algo – se apresuró a decirle –. Por favor, Mace, pregúntame algo, cualquier cosa. Te lo diré todo.

– Debemos irnos ya – se levantó de la cama para dirigirse al cuarto de baño –. Tenemos que comer con Blake a la una.

– Espera... – se puso de pie, cubriéndose con las sábanas –. Esto no es justo. Tú no me respetas por la persona que fui, ni por la que soy ahora...

Había pasado al ataque. Aquella frase era como un dardo lanzado contra su corazón.

– ¿Qué estás diciendo?

– Que tú eres como los demás – añadió, con un tono venenoso que reflejaba todo su resentimiento –. Me odias.

—Nicole, yo no te odio...

—Piensas que todas las personas que sufren maltrato son débiles y patéticas. Piensas que a mí me gustaba ejercer de esposa trofeo, pero te diré una cosa: Jamás podrás ni imaginar todo lo que he llegado a sufrir —se enjugó una lágrima—. Sí, yo me dejaba humillar por mi marido. Pero no porque me gustara, sino porque me sentía atrapada. No tenía escapatoria.

—Te creo. Pero tienes que superarlo, dejarlo atrás. No quiero pasarme el resto de mi vida salvándote.

—Yo creía que querías protegerme.

—Primero tienes que salvarte de ti misma —repuso él—. Tienes que encontrar en ti misma la fuerza necesaria para vencer tu miedo.

Hasta que no llegara ese momento, Mace estaba seguro de que no tenían ninguna posibilidad de mantener una relación sincera, real. Mientras no se sintiera segura consigo misma, siempre persistirían las mentiras y las manipulaciones.

Se giró en redondo y entró en el cuarto de baño, cerrando la puerta a su espalda. Maldijo entre dientes. ¿Cómo podía haberle ocultado que aún seguía casada? Había tenido decenas de oportunidades para decírselo. Por ejemplo, cuando Daisy estuvo haciendo bromas acerca de que se encargaría del catering de la boda.

Se metió bajo el chorro de la ducha. La amaba, y eso no cambiaría. Pero ese amor nunca podría crecer por su culpa. Volvió a maldecir. Ahora estaba furioso. Y eso era exactamente lo que Nicole había esperado. Según su manual, todos los hombres eran unos malvados. Todos eran unos maltratadores como su ex marido. O mejor dicho, su marido actual.

Terminó de ducharse, se secó y limpió el espejo de vaho para afeitarse. Por lo que a él se refería, era Nicole quien tenía que hacer el primer movimiento. Si estaba preparada para intentar una relación con él, tenía que dar el primer paso haciendo gala de una absoluta

sinceridad, sin ocultarle nada. Hasta entonces, no serían más que amigos.

Además, él era *sheriff*. Y tenía un trabajo que hacer mientras estuvieran en Denver. Necesitaba arrancar algunas respuestas a Blake Wentworth. Suspiró. Su cerebro ya había empezado a trabajar en otra teoría sobre el secuestro y asesinato de Joey.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, los dos se dirigían a pie hacia un restaurante del centro de Denver.

Nicole se sentía asustada, alterada. Y furiosa.

—Ya conoces mi teoría acerca de la participación de Blake en el secuestro —dijo Mace—. Probablemente contrató a un par de profesionales para secuestrar y matar a su sobrino.

—Ya.

No habían vuelto a hablar de la discusión que habían tenido en el hotel. Ninguno de los dos se había disculpado. Y ahora Mace le estaba exponiendo otra de sus teorías... Como si no hubiese pasado absolutamente nada.

—Pero atribuirle el papel de cerebro de la operación no explica nada. Primero, está el destrozo de la cabaña...

—Y el robo de mi dinero —le recordó ella, pese a que no tenía ninguna gana de hablar del crimen.

—El único que pudo haber hecho eso era Joey. Los federales hicieron un concienzudo barrido de huellas y no encontraron ninguna. Tampoco había barro de pisadas, ni fibras, ni cabellos. Nada. Además, unos ladrones profesionales jamás habrían roto la ventana del cuarto de baño desde dentro.

—De acuerdo —repuso fríamente. Si Mace pretendía ignorar la pasión que compartían, allá él. Era su problema, no el suyo—. Joey destrozó la cabaña. ¿Y qué?

—Sigamos. Durante todo el transcurso del secuestro, hasta la

entrega del dinero e incluso después, los secuestradores se concentraron en ti. Pero supuestamente ellos no te conocían. Ni a Blake tampoco. La única persona que puso haber insistido en que te involucraras en los acontecimientos era Joey.

Nicole se detuvo de pronto, volviéndose hacia él.

—De modo que sigues pensando que Joey planificó su propio secuestro.

—Preparó los detalles con su tío, que a su vez contrató a los profesionales. El móvil de ambos no era otro que quedarse con el dinero del rescate.

—Lamento destrozar tu teoría, pero... Joey murió. ¿Planificó también su propia muerte?

—Algo salió mal. Y tuvieron que desembarazarse de él.

Aunque estaba frente a ella, no la estaba mirando. Su actitud era distante, seca, desapasionada. Y Nicole no sabía cómo reaccionar a ese comportamiento. Según su experiencia, una discusión derivaba necesariamente en violencia, seguida de una torpe disculpa.

Pero Mace no le había gritado, ni amenazado, ni golpeado. En lugar de responder a su furia con la suya, la había rehuído, esquivándola. Muy bien. Ella era la experta en fugas. Tan pronto como recogiera sus cosas en Elkhorn, se marcharía para siempre.

Mace empezó a caminar de nuevo, obligándola a que lo alcanzara. No tardaron en llegar al lujoso restaurante italiano donde habían quedado citados.

Pidió una mesa cerca de la ventana, para poder ver llegar a Blake. Nicole leyó el menú y se decidió por unos fettuccini. Para beber, pidió vino, y Mace una soda de naranja.

—¿No tomas vino?

—No. Estoy de servicio.

Nicole colocó cuidadosamente su servilleta sobre el regazo.

—Supongo que eso quiere decir que nuestras vacaciones han terminado.

—No me estoy oponiendo a que conversemos.

Así que hablaron del tiempo, de los Broncos y de lo mucho que Denver había crecido. Era el tipo de charla impersonal que habría tenido con cualquiera. Aunque ansiaba internarse en temas más personales, Nicole se contuvo.

No le daría esa satisfacción. Después de todo, era él quien la había rechazado. La había acusado de haberle mentado. No la consideraba lo suficientemente buena, pura y perfecta...

A mitad de la comida, Mace se disculpó para llamar a Blake por su móvil. Mientras hablaba, Nicole lo observó de reojo, esperando ver en su rostro alguna señal de arrepentimiento por lo que había sucedido entre ellos. Nada.

Desconectó la llamada.

—Al final Blake no vendrá a comer. Quiere que nos veamos en su casa, a las cinco.

—Entonces supongo que tendremos que pasar otra noche en Denver.

Sus miradas se encontraron. Nicole sabía que ambos estaban recordando lo mismo. La noche de pasión que habían compartido. Sus cuerpos desnudos fundiéndose en uno solo.

—Regresaremos esta noche —dijo Mace—. Alquilaré un coche.

—A mí no me importa quedarme.

Sabía que si le concedía otra noche, sus diferencias podrían quedar resueltas.

—Esa no es la respuesta —repuso con tono seco, apretando la mandíbula.

—¿Qué quieres decir? ¿Cuál era la pregunta?

– Piensa, Nicole.

– ¿Por qué tiene que ser tan complicado todo esto? ¿Por qué no podemos divertirnos sin más y luego...?

– ¿Huir? ¿Escapar? – sacudió la cabeza—. Yo quiero más de ti. Una vida entera de compromisos y de confianza. Quiero que confíes en ti misma tanto, como en mí o en cualquier otra persona. Sólo entonces podrás responder a la pregunta que te hice esta mañana.

«¿Quieres casarte conmigo?» La frase, no pronunciada, parecía flotar en el ambiente.

Nicole sabía que si la contestaba afirmativamente, lo traicionaría a él y también a sí misma. Antes de prometerle su amor, tendría que vencer su propio miedo. Lo cual no era nada fácil.

– No puedo resolver esto en unos pocos minutos.

Mace le tomó una mano por encima de la mesa, apretándosela levemente.

– Soy un hombre paciente.

– Mi madre solía decir que las cosas buenas nunca eran fáciles.

Ya había tomado una decisión. No podía perderlo. Durante toda su vida había esperado a un hombre como Mace. Se esforzaría por conservarlo a su lado.

Después de la comida, disponían de un rato libre antes de la cita con Blake. Como estaban en el centro, Nicole sugirió:

– En esta zona hay una galería de arte donde estuvo exponiendo Joey. Vamos a buscarla.

Por fin la localizaron. En el escaparate central había un paisaje de mesetas y montañas que Nicole reconoció al instante.

– Eso es de Joey.

Cuando entraron, la propietaria se quedó mirando fijamente a Nicole.



— ¡Oh, vaya! Usted es la musa de Joey.

— ¿Yo?

— He tenido en mis manos cuatro pinturas en las que usted aparecía como tema central. Y otra que le fue encargada al autor — acercándosele, le preguntó —: ¿No tendrá por causalidad alguna otra pintura suya? Desde su asesinato, sus obras están muy revalorizadas...

Nicole pensó en su estudio de la cabaña, lleno de obras. Joey había estado trabajando durante años, deseoso de darse a conocer. Ahora, muerto, había conseguido el éxito al que tanto aspiró en vida.

— ¿Qué puede decirnos de ese cuadro encargado? — quiso saber Mace.

— Fue pagado hace un mes. A un precio irrisorio, me avergüenza decírselo. Era una petición muy detallada.

— Continúe — le pidió Nicole.

— Era un retrato suyo — respondió—. No muy halagador, por cierto. El paisaje de fondo era un cementerio. Y se suponía que usted era un monstruo de corazón negro...

Nicole se quedó impresionada. El retrato que había pintado Joey no había sido un reflejo de sus sentimientos por ella. Él no la había odiado. Pero al parecer, otra persona sí.

— ¿Quién lo encargó?

— Me temo que no puedo decírselo.

Mace sacó entonces su placa.

— Tendrá que hacerlo.

El hombre alzó los ojos al cielo.

— Supongo que ahora ya no tiene importancia, toda vez que Joey está muerto — inclinándose hacia ellos, añadió con tono confidencial —: Fue el tío de Joey, Blake Wentworth.

Nicole no entendía nada. Blake ni siquiera la conocía en aquel entonces.

— ¿Sabía Joey que fue Blake quien le encargó la pintura?

— No. Su tío me hizo prometer que no se lo diría. Creo que Blake quería ayudar económicamente a su sobrino y animarlo a la vez a que siguiera pintando.

Nicole abandonó la galería mucho más confundida que cuando entraron. De camino a la casa de Blake, empezó a sacar algunas conclusiones ciertamente aterradoras.

— ¿Y si Blake le encargó aquella pintura de parte de alguna otra persona?

Mace asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

Sólo había una persona que la odiara tanto. Y que quisiera que la pintaran como un monstruo de corazón frío, muerto, negro...

Mace revisó dos veces la dirección antes de aparcar frente a la casa de Blake: Un modesto edificio de dos pisos en un barrio residencial relativamente nuevo. Tratándose de un ejecutivo de una compañía petrolífera, había esperado algo bastante más lujoso.

— ¿Qué te parece? —le preguntó a Nicole—. Tú estás acostumbrada a los ambientes de la gente rica y famosa. ¿Te parece que esta puede ser la casa de Blake Wentworth?

— En absoluto. Sé que Blake mantiene económicamente a su familia, que vive en una casa vecina, pero yo esperaba algo muy distinto.

— Sus problemas monetarios deben de ser bastante más importantes de lo que pensaba.

Mientras avanzaba con ella por el sendero de entrada, Mace experimentó una sensación de peligro. Miró a su alrededor. Todo parecía tranquilo. Aun así, intuía algo. Si hubiera estado en Elkhorn, habría llamado a Barry para pedir refuerzos.

Sacó el móvil. Si llamaba a la policía de Denver y al final todo resultaba una falsa alarma, quedaría como un estúpido.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó ella.

—Ser un buen poli.

La estupidez mayor habría sido ignorar un peligro potencial. Habló con la comisaría y les pidió ayuda.

—No hay ninguna amenaza inmediata, pero preferiría que me enviaseis un coche patrulla. Y nada de sirenas —cortó la llamada y se volvió hacia Nicole—: Quizá deberías quedarte en el coche.

—Ni hablar. No pienso dejarme vencer por el miedo.

Mace pensó que por fin estaba empezando a seguir su consejo.

—Te pido, eso sí, que seas prudente.

Por toda respuesta, Nicole subió los escalones de entrada y tocó el timbre. Abrió la puerta un joven de aspecto pulcro y arreglado.

—Adelante. Los están esperando.

—¿Quién es usted? —inquirió Mace.

—Llámeme Jimbo.

—Muy bien, Jimbo.

Era uno de los nombres que Joey había apuntado en su cuaderno de dibujos. Cuando rastreó aquel número, Jimbo le había contestado desde un teléfono público del aeropuerto. Se preguntó si se trataría de un delincuente profesional de fuera de la ciudad.

—Por aquí.

Aquello no le gustaba nada a Mace. Deslizó una mano bajo la chaqueta y soltó el botón de su cartuchera por si necesitaba desenfundar con rapidez.

Jimbo lo hizo pasar a un despacho y cerró la puerta. Había un hombre esperando de pie y un tercero sentado en un sillón, detrás de un gran escritorio de madera de roble.

— ¡Derek! — exclamó Nicole, aterrada.

— Sorpresa, sorpresa...

Derek Brewer, el marido de Nicole, se levantó del sillón. Era un hombre alto, elegantemente vestido, de pelo castaño que ya empezaba a escasear. A Mace no le pasaron desapercibidos sus fríos ojos azules, completamente carentes de expresión, de calor. Eran los ojos de un asesino.

— ¿Dónde está Blake?

— En este mismo momento, atado de pies y manos.

Derek soltó una carcajada antes de ordenar a Jimbo que lo desarmara.

Mace no se resistió. Sabía que los refuerzos estaban en camino. Lo único que tenía que hacer era ganar tiempo. Y conseguir que Derek siguiera hablando.

— Así que fue usted quien estaba detrás del secuestro y de la extorsión... ¿Cómo lo consiguió?

— ¿Por qué no me lo explica usted mismo, *sheriff*? Por lo que tengo entendido, tiene una especial debilidad por las teorías.

— En alguna parte debió de ver alguno de los retratos que Joey hizo de Nicole... ¿En el despacho de Blake, quizá?

— Bien adivinado. Blake no pertenece precisamente a mi ambiente — se quedó mirando a Nicole —. ¿Te acuerdas, verdad? Los tipos como Blake Wentworth no estaban a mi altura.

Nicole no dijo nada, y Derek continuó:

— Mi bufete de abogados estaba detrás de Petróleos Wentworth por incumplimiento de pagos. Cuando vi la pintura, Blake me lo contó todo sobre su estúpido sobrino y la chica que vivía con él en Elkhorn — volvió a mirarla —. Es decir, tú.

— ¿Por qué involucraste a la gente? — se atrevió a preguntarle Nicole, con voz temblorosa —. Pudiste haber ido tú solo a buscarme.

—Sí, pero entonces no habría sido tan divertido. Dado que tanto Blake como Joey necesitaban dinero, les sugerí la idea del secuestro. Se quedaron encantados con el plan. ¿Y sabe usted por qué, *sheriff*?

—Me hago una idea. Tanto si conseguían el dinero del fondo de Joey como si lo cobraban de la compañía de seguros, consideraban que el dinero era suyo. Creían tener derecho a esa fortuna —afirmó—: No eran unos canallas.

—Por eso precisamente ninguno de los dos quiso subir la cantidad. Realmente creían que compartiría el dinero del rescate con ellos —Derek sacudió la cabeza, maravillado—. La verdad, no entiendo por qué. Yo contraté a los profesionales y financié toda la logística, incluso aquel jeep Wagoneer que incendiábamos adrede. ¿Por qué tenía yo que regalarles dinero a los Wentworth?

—Por eso mató a Joey, ¿verdad? —adivinó Mace—. Para quedarse con su parte.

—Fue una decisión de negocios. Y pensé que Blake se dejaría consolar por la indemnización del seguro de vida de su sobrino. Por desgracia, en el último momento, el tío Blake sufrió un ataque de mala conciencia.

—Fue a usted a quien llamó Blake desde Elkhorn... Al teléfono ilocalizable.

—Ese imbécil fue tan estúpido como para llamarme.

—Y discutieron —añadió Mace.

Miró de reojo por la ventana, esperando ver aparecer el coche patrulla de un momento a otro.

—Los dos, tío y sobrino, eran unos flojos. Los eslabones más débiles de una cadena.

Juntó los puños y los separó de golpe, como cortando una cadena invisible.

Nicole se había quedado paralizada de miedo, pero de repente

encontró la fuerza y la voz para protestar:

—No te saldrás con la tuya.

—Yo estoy por encima de las leyes, Nicole. Quiero que comprendas esto —rodeó rápidamente el escritorio y se plantó frente a ella—. Los hombres como yo pueden hacer lo que les guste. Nadie puede impedírmelo.

—No la toques —le ordenó Mace.

—Tú no puedes detenerme —se volvió hacia él, sacando pecho—. Ella es mi mujer. Mi propiedad. Puedo hacer con ella lo que quiera.

—Ya no —se le enfrentó Nicole, con un tono que a ella misma la sorprendió—. Ya no puedes hacerme daño. Eso se ha acabado.

—¡Cállate! Bueno, amigos, os diré lo que vamos a hacer —se dirigió a sus esbirros—. Traeremos a Blake aquí y haremos que parezca que disparó a Mace y luego se suicidó. Los federales y los polis darán por sentado que Blake preparó el secuestro. Y todo habrá terminado.

Hizo una seña a Jimbo, que abandonó la habitación, supuestamente para buscar a Wentworth. Mace miró al otro hombre que permanecía cerca de la puerta, observándolo todo con aparente desinterés. Aunque por fuerza tenía que estar armado, no había sacado la pistola.

—¿Qué me pasará a mí? —inquirió Nicole.

—Tú volverás a los brazos de tu amante esposo, o sea yo. Y harás lo que te diga durante el resto de tu existencia. O hasta que yo me aburra de ti.

—Preferiría morir...

—Eso también lo podemos arreglar. Una muerte lenta y dolorosa, que lleve semanas, meses. Ya sabes cómo castigo yo la desobediencia, Nicole. No me provoques.

—No te obedeceré.

Aunque Mace aplaudía una reacción tan valiente, no la juzgaba muy adecuada en aquel momento. Los refuerzos estaban en camino. El tiempo jugaba a su favor.

– Tranquilízate – le pidió.

– Tenías razón, Mace. No volveré a dejar que el miedo gobierne mi vida. Jamás huiré de nuevo. Por supuesto que estoy asustada. Terriblemente asustada. Pero el miedo no me dirá lo que debo hacer. Porque creo y tengo confianza en mí misma.

El fuego de aquel coraje asomaba a sus ojos. Mace se sintió orgulloso de ella. Nicole continuó hablando en un tono tan sereno como firme:

– La respuesta a tu pregunta es sí, Mace. Quiero comprometerme contigo por las razones adecuadas. Porque te quiero.

Sus palabras resonaron en la habitación. La fortaleza de su convicción lo llenó de ánimo. No morirían. Todavía no. Ambos tenían toda la vida por delante.

– Yo también.

Pero Derek se interpuso entre ellos.

– ¡Qué bonito! El *sheriff* y la camarera – se echó a reír –. Ríndete, Nicole. Esta vez tu héroe no puede salvarte.

– No tiene ninguna necesidad de hacerlo.

– ¿De veras? – inquirió, resoplando de furia.

– No, porque puedo salvarme a mí misma.

Derek echó una mano hacia atrás, dispuesto a pegarle. Soltando un grito de furia, Nicole se lanzó contra él.

Mace aprovechó la ocasión para abalanzarse contra el tipo de la puerta y quitarle el arma. Rápidamente se giró en redondo, con el revólver en la mano.

Para entonces, Derek estaba agarrando a Nicole por el cuello.

– Te estrangularé...

Mace disparó dos veces. Derek no llegó a terminar la frase. Una bala impactó en su hombro, y la otra en la rodilla. La soltó, cayendo al suelo.

Levantándose rápidamente, Nicole voló a los brazos de Mace justo en el momento en que la policía entraba por la puerta.

Mace apenas se fijó en la detención de Derek y sus hombres. Su campo entero de visión estaba ocupado por el encantador rostro de Nicole.

Vio que se apartaba de él para recoger su bolso. Sacó su collar indio y se lo enseñó.

– Ahora sí que podré llevar esto.

– Date la vuelta.

Le apartó la trenza y le abrochó el collar. Y supo, en aquel preciso instante, que ya nunca más volvería a perderla de vista.

*Fin*